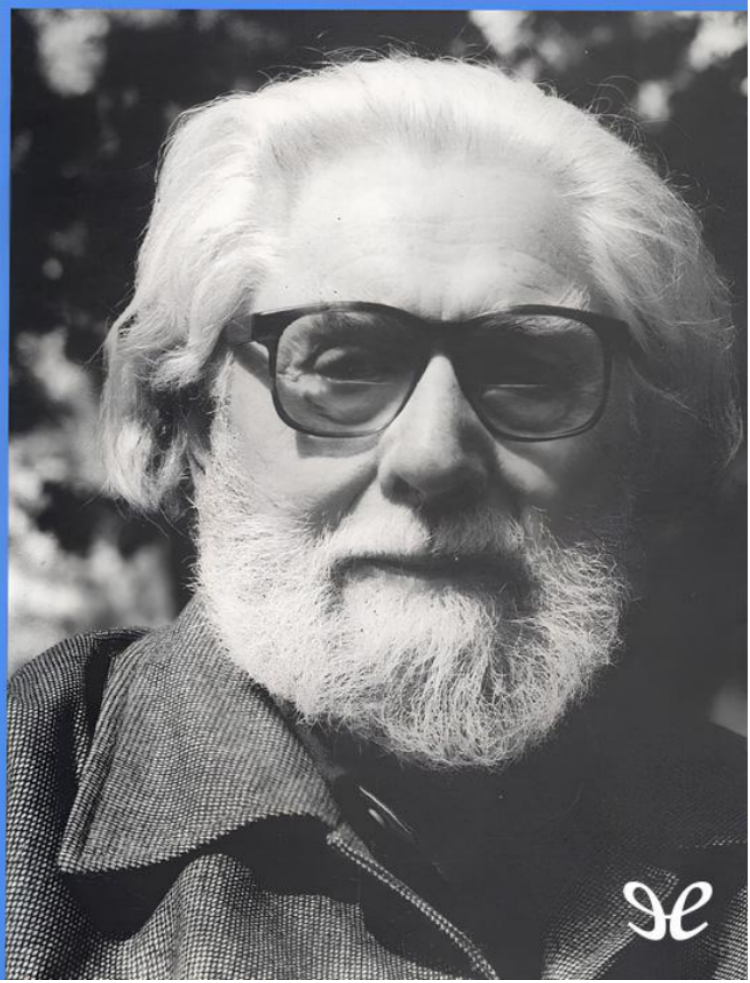
FRANCISCO COLOANE

Velero Anclado



Coloane fue reportero, corresponsal, cronista, columnista. Recorrió todos los escalafones de un oficio al que ingresó antes de escribir sus primeros relatos. Varias de las crónicas incluidas en este volumen son magistrales en su género y trascienden la condición volandera que se le atribuye al periodismo.

Encontramos un testigo estremecido y mágico de las regiones mas deslumbrantes, misteriosas y legendarias de la geografía chilena.

Es probable que este libro tenga «gusto a poco». Coloane dice en una de estas crónicas que una vieja Iglesia de Recoleta se parece a un «navío anclado». Y cree que el mismo al cumplir 85 años no es un navío sino un velero amarrado al oleaje de su existencia. La verdad es que la frontera de los sueños y de la realidad maravillosa no existe en su creación de valores humanistas eternos. Es un velero anclado dispuesto a zarpar siempre.

Francisco Coloane

Velero anclado

ePub r1.0
Titivillus 02.12.2024

Título original: *Velero anclado*
Francisco Coloane, 1995
Prólogo: Luis Alberto Mansilla
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Prólogo

COLOANE CRONISTA

El destino de los cronistas periodísticos es ingrato. El más grande de ellos en Chile, Joaquín Edwards Bello, decía que el eco de una buena crónica no dura tres días o una semana, a lo más. Y que, en cambio, el más mediocre y banal de los libros tiene larga vida. Ellos se integran a los catálogos de las bibliotecas; pueden ingresar a un estante y estar allí hasta ser devorados por el tiempo o las ratas. Sirven, además, para que sus autores cumplan con el lugar común que manda tener un hijo, plantar un árbol y también escribir un libro.

En la prensa chilena han escrito ayer y hoy brillantes cronistas. De notable prosa, de admirable erudición algunos, de minuciosa documentación, dinamismo, ingenio y dominio de los hechos y las ideas. No obstante, son pocos los nombres que se recuerdan. Tal vez habría que mencionar a Jotabeche, Joaquín Díaz Garcés, Jenaro Prieto, Carlos Silva Vildosola, el incomparable Edwards Bello, Daniel de la Vega, Tito Mundt, Lenka Franulic y otros tan notables como ellos que fueron tragados por el olvido y por los designios perecederos, fugaces e inmediatos de los medios de comunicación.

Algunos de los mas talentosos escritores nacionales fueron en sus comienzos o a lo largo de toda su existencia reporteros, cronistas, editorialistas, columnistas. En la prensa hicieron su aprendizaje y perfeccionaron el arte de no ser aburridos; cosa difícil que requiere una claridad de ideas y exposición que sólo se adquiere con la madurez y la práctica de la escritura. A menudo Alone decía que no

era un crítico literario sino un cronista de libros que comunicaba sus impresiones, su placer o su disgusto en el ejercicio de la lectura, un vicio placentero como todos los vicios.

Y otros nombres más importantes, Hemingway, Camus, García Márquez, Vargas Llosa han reconocido que su mejor escuela fue el periodismo que nunca dejaron de ejercer.

Con este volumen antológico pretendemos rescatar a un brillante cronista que es uno de los maestros indiscutibles de la literatura chilena de este siglo y que igual que los citados, no ha abandonado jamás ese oficio sin gloria que se ejerce en las páginas de diarios y revistas.

Francisco Coloane fue primero periodista y más bien escribió sus cuentos iniciales por necesidad de ganarse la vida con los magros honorarios que los diarios le ofrecían a quienes en otros tiempos entregaban material para las inevitables páginas de relatos originales que, entonces, eran habituales en secciones destinadas a tales fines.

Debutó en el periodismo a los 14 años. Por sí y ante sí empezó a publicar en Punta Arenas dos hojas que se llamaban «Semanario Teatral» en las que se reseñaban las películas y las actividades escénicas, más bien escasas, de una ciudad en los confines del mundo austral. Su único premio eran las entradas libres que le entregaba el empresario italiano Romeo Mationi, dueño de las dos salas de cine de Punta Arenas.

A esa edad adolescente Coloane ya había abandonado Quemchi, el lugar chilote en que nació en 1910. Conocía los canales de Chiloé que navegó en compañía de su padre un capitán de cabotaje que viajaba hacia el Estrecho de Magallanes en medio de la lluvia y el frío de las regiones del fin del mundo.

La primera experiencia periodística no prosperó tanto como para convertirlo en un profesional de la prensa. Su oficio más próximo fue, después, cuidar rebaños en la estancia Sara de la rica latifundista Sara Braun que, entre muchas de sus posesiones, era dueña de criaderos de zorros de fina piel.

Fue también domador de potros lo que le permitió conocer a fondo la vida en extinción de los indios yamanes o de los últimos alacalufes liquidados como animales dañinos por los dueños de la Patagonia. Su avance en la vida continuó vistiendo el uniforme de

cabo primero de la Armada, encargado del remolcador «El Intrépido» que abastecía de víveres a los buques en la región de Magallanes.

Tales ocupaciones no consiguieron desanimar su vocación de cronista. Logró convencer al director de «El Magallanes» de que era necesario en el diario glosar los acontecimientos locales, Empezó a escribir allí una columna que tituló «Desde el Minarete» que firmaba como Hugo del Mar. Hacía consideraciones sobre problemas municipales y oceánicos; elogiaba o criticaba a los personajes públicos.

Un día partió hacia la conquista de la capital con el sueño impreciso de trabajar en algunos de esos periódicos que llegaban a Punta Arenas y que competían deslealmente con «El Magallanes». No conocía nadie. Se alojó en el Hotel Castilla en las proximidades de la Estación Central cuya especialidad era ser refugio de parejas obreras en el natural ejercicio del amor.

A la mañana siguiente leyó en «El Mercurio», en la sección «ocupaciones ofrecen»", un aviso de la compañía de gas y alumbrado que requería jóvenes robustos para la venta de carbón coke. Se encontró con otros treinta postulantes que hacían fila. Los puestos de trabajo eran sólo cinco pero fue elegido a primera vista. Cargaba sacos de carbón por las calles y ahorraba en su beneficio el dinero que la empresa entregaba para transportar los pedidos en la locomoción pública.

Conoció en la calle Bandera a José Boch reportero de «La Nación» un personaje bohemio, amigo de periodistas y poetas. Había sido oficial de la Fuerza Aérea y fue expulsado de allí por pegarle a uno de sus superiores. Un día Boch visitó a Coloane en la pensión en que vivía y le encontró agripado y en calamitosa situación económica. Le dijo ¿Por qué no te escribes un cuento sobre Magallanes, se lo llevo a Prenafeta de «El Mercurio» y te consigo 250 pesos?

El joven famélico le hizo caso. Escribió en unas cuantas horas «Lobo de un Pelo» y ante su propio asombro el cuento fue publicado a los pocos días con unas bellas ilustraciones de un talentoso dibujante conocido como «el cucaracha Álvarez». Es el mismo relato al que después su autor le cambió nombre y se llamó «Cabo de Hornos».

El excelente amigo Boch le propuso que trabajara como reportero. El oficio de periodista entonces no estaba sujeto a títulos universitarios. Era una profesión aventurera y mal pagada que desempeñaban escritores y poetas inéditos, estudiantes universitarios fracasados, ovejas negras de familias respetables.

Coloane fue acogido en «Las Ultimas Noticias», que dirigía Byron Gigoux, donde le pusieron a prueba como reportero policial. El jefe de crónica, Armando Lazcano, le envió a reportear un crimen ocurrido en Vitacura que entonces era un campo verde y florido. Debía regresar con fotos del cadáver del asesinado que yacía en la hierba. Cuando llegó el muerto ya había sido retirado. ¿Qué hacer? No quedó otra solución que improvisar una representación. Se tendió en el suelo con la chaqueta al revés y al día siguiente la fotografiá que apareció del cadáver fue la suya.

Fue su bautismo. Siguió contando con estilo de folletín, los crímenes de la ciudad. Conoció el mundo de la policía y los delincuentes que era más sorprendente que el de las novelas policiales.

Trabajó después en «La Nación», en «El Mercurio», en la revista «Zig-Zag». En «La Nación» se encontraba a menudo con Edwards Bello que era un hombre caprichoso y de reacciones inesperadas. Se entendieron bien. Cuando en 1939 ocurrió el terremoto de Chillán con sus treinta mil muertos y su enorme destrucción de las ciudades del Sur le habían encargado en «La Nación» un recuadro de primera página a Edwards Bello pero éste le dijo al director: «es mejor que lo haga Coloane. Sera muy superior a lo que yo escriba».

«Me impresionó la generosidad de Edwards Bello» dice Coloane. «Yo era entonces un joven provinciano y el gesto de abrirme camino me impresionó».

No permanecía mucho tiempo en la planta de las redacciones. «Los diarios, dice, eran para mi como un buque. Me embarcaba en uno y después me desembarcaba. Donde me presentara tenía trabajo. Siempre lo que escribía me salvaba de las deudas y me daba el sustento mínimo que necesitaba».

La formación periodística de Coloane fue espontanea: “«Nunca pensé ser periodista o escritor. De pronto me encontré en alta mar remando en esos oficios y no me quedó otro remedio que seguir adelante hasta encontrar tierra firme». Y esa «tierra firme» era la

vida en la que siempre participó como un hombre de acción; como un protagonista de sus relatos o de las millares de crónicas escritas a lo largo de sus ocho y media décadas de vida.

Fue presidente del primitivo Círculo de Periodistas que en la década del 50 fue reformado y modernizado por Juan Emilio Pacull. Dejó el cargo por que recibió presiones para recibir una coima en una oscura situación de juegos de azar. Prefirió huir de tales tentaciones y conservar su prestigio de hombre insobornable. Seguía las pautas de uno de sus maestros, Julio Arriagada Herrera, que trabajó durante largo tiempo en «El Mercurio» y redactaba unas notas de memoria histórica con el seudónimo de «archivero». A menudo decía Arriagada «el único negocio de un periodista es ser honrado». Siguió sus consejos y consideró que tan importante como escribir bien era ser intransigente en los valores éticos de la profesión.

El escritor fue dejando en segundo plano al periodista. El gran éxito de «El Ultimo Grumete de la Baquedano» de «Los Conquistadores de la Antártida», de «Cabo de Hornos» le convirtieron en una de las principales figuras de la generación del 38'. Pero ni la literatura ni el periodismo producían entradas como para financiar una vida decorosa. Por eso se transformó después en educador sanitario, sin abandonar su máquina de escribir.

Publicó innumerables artículos en los diarios «El Siglo» y «Ultima Hora», en la revista «En Viaje» y en «Ercilla». En diarios de provincias y en revistas culturales de breve existencia.

No obstante, nunca su trabajo periodístico había sido recopilado. Y no es que sus crónicas desmerezcan ante su gran literatura coronada en 1964 con el Premio Nacional de Literatura, traducida a varios idiomas, convertida en la actualidad en un *best-seller* espectacular en Francia.

En sus trabajos periodísticos se advierte a un gran prosista, a un testigo estremecido y mágico de las regiones más deslumbrantes, misteriosas y legendarias de la geografía chilena. Varios de los artículos recogidos en este volumen son tanto o más impactantes que sus conocidos relatos literarios.

No fue fácil hacer una selección que mostrara, por lo menos, la punta del iceberg de la enorme producción diarística de Coloane. El propio autor no se ha preocupado de archivar y ordenar su

caudaloso trabajo. Su esposa, Eliana Rojas, ha reunido recortes amarillentos por el tiempo, trozos de diarios y revistas, manuscritos corregidos rápidamente por el cronista, carillas que fueron despachadas para las imprentas. Y gracias a ella es posible tener por lo menos algunas muestras a mano. Es necesario todavía buscar en los archivos de bibliotecas que hayan guardado y catalogado las publicaciones de todo el país que alguna vez contaron con la colaboración de Coloane. Es una tarea a realizar.

Hemos dividido en tres partes este puñado de crónicas. Primero están las que se refieren a las regiones que son los escenarios más frecuentes del transito del autor y de sus personajes literarios. Rescatamos una bella historia sobre mitos indígenas de la Patagonia, una imagen de «Nuestro Sur», un relato sobre un albatros llamado Alvarito, una deliciosa estampa sobre una falsa bruja, un viaje a Magallanes con el poeta Juvencio Valle, una historia sobre el pirata Morgan que adorna como un mascarón de proa la casa de Neruda en Isla Negra.

Las crónicas de Coloane viajero por otros mundos son el material de la segunda parte. Viajamos con el autor hacia el exotismo de Bujará y Samarcanda, hacia la India, hacia las Islas Galápagos.

La tercera parte está dedicada a los amigos a cuyas semblanzas, obras, proyección, legados Coloane se refiere con ternura y desbordada emoción: Neruda, Matilde, Edwards Bello, Yerko Moretic, los doctores Asenjo y Noé, el historiador Hernán Ramírez Necochea, el ingeniero Enrique Kirberg.

Es probable que este libro tenga «gusto a poco». Coloane dice en una de estas crónicas que una vieja Iglesia de Recoleta se parece a un «navío anclado». Y cree que el mismo al cumplir 85 años no es un navío sino un velero amarrado al oleaje de su existencia. La verdad es que la frontera de los sueños y de la realidad maravillosa no existe en su creación de valores humanistas eternos. Es un velero anclado dispuesto a zarpar siempre.

LUIS ALBERTO MANSILLA

Primera Parte:

En Tierras Propias

El Relato de Miukiol Kausel

Origen de los Onas: leyenda de Tierra del Fuego

«¡Capitán Bueno, Capitán Bueno, no te vayas!» profirieron las tres indias onas cuando vieron que el misionero salesiano se disponía a partir en su caballo.

Lo llamaban así porque era el único blanco que no llevaba armas de fuego para atacarlos o exterminar sus guanacos, bajo cuya protección habían desarrollado su primitiva cultura. En efecto, el cuadrúpedo les había proporcionado por milenios su piel para vestimenta, sus tendones para las cuerdas de sus arcos y, sobre todo, su sabrosa carne para subsistir en la hostil y desolada intemperie del Onasín.

Sin hacer caso, el sacerdote, hombre tan moreno casi como ellos, de mediana edad y estatura, vigoroso y enérgico, montó a caballo para partir, pero las indias se aferraron a la cola del animal y, por algunos momentos, hubo una grotesca pugna entre el salesiano, su bestia y las tres mujeres onas. Entonces apareció por entre los toldos de la aldea india el jefe de la tribu Miukiol Kausel, y se acercó sonriendo para que el viajero desistiera de su propósito.

A menudo, el salesiano pasaba hasta una semana entre los onas tratando de catequizarlos; pero ahora había permanecido tres días y ya debía partir. Conocía perfectamente la lengua aborigen y ante la insistencia del jefe de la tribu accedió por fin a quedarse, sobre todo porque Miukiol Kausel le prometió hacerle un relato sobre los orígenes de sus antepasados y otras cosas ocurridas en el lejano Onasín.

Después que hubieron comido un asado de carne de guanaco toda la tribu, una veintena de personas, se reunió en torno a su jefe para escuchar también lo que iba a narrar al salesiano. El campamento estaba situado en un pequeño claro de pampa cerca de

la orilla de Kahín-cuen (lago largo). La Keren-kani o aldea de toldos de cuero de foca, zorro o guanaco, en forma de cono, estaba distribuida por entre los bosquecillos de robles que en esa parte de la isla se vuelven aparragados, formando sólo pequeños manchones que van extinguiéndose después totalmente en la infinitud de la estepa fueguina.

El sol empieza a ocultarse detrás de las boscosas montañas que marginaban la otra orilla del lago, y el perfil de una luna nueva se asomaba con su borde diamantino por el cielo de la inacabable tarde del verano austral.

—Kausel, mi padre, enseñaba a todos los indios; él sabía las cosas, las tenía en la cabeza y nada más; yo sé muchas palabras que ha dicho mi padre —empezó hablando despaciosamente Miukiol Kausel y, sentándose sobre una piel de guanaco, prosiguió:

—Nuestros antepasados provienen de dos puñados de tierra que tomó Kenós de un pantano a orillas del lago Kahín-cuen. Antes no existía mas que Timaukel, el que ha sido siempre espíritu y por eso es inmortal. El que no se nombra, el que esta más arriba de las estrellas, lo ve todo y lee el pensamiento. Él creó la tierra sin forma y el cielo sin estrellas. Sólo después ordeno a Kenós, su ayudante, que organizara el mundo actual. Cuando Kenós vio que la tierra de Onasín estaba sola, tomó un puñado de barro con raíces y lo apretó estrujándolo hasta formar un órgano genital masculino. Luego hizo otro femenino, y los colocó uno al lado del otro y se fue. En la noche se juntaron estos puñados de tierra y formaron el primer antepasado. Noche a noche hicieron un hombre o una mujer. La tierra era oscura y por eso los onas somos de ese color; pero Kenós, tomó tierra blanca en otras playas y creó más hombres de otro color. Enseñó a hablar a los antepasados y les dio a conocer el fundamento de la familia, de la tribu y de todo el Onasín. Ya anciano se envolvió en su capa de guanaco y con otros tres hombres se aletargaron y después resucitaron. Marcharon hacia el norte. Se tiraban como muertos y volvían a vivir algunos días después. El que era lavado por Kenós, si estaba muerto, también resucitaba. «Kenós, lávalo» le decían. Éste los lavaba, desaparecía el mal olor del cadáver y el resucitado volvía al seno de la familia. Él mismo lavó en el norte a sus compañeros y revivieron. Se hacían lavar por Kenós hasta que no querían vivir más y entonces se transformaban

en monte, páramo, roca, sol, luna o estrella. Todas las estrellas que hay en el cielo son familias de los antepasados. Cuando Kenós volvió al cielo encomendó a Cénuke la operación del lavado; pero como éste no quisiera lavar a su hermano mayor, no volvió a despertar y sobrevino entonces la muerte verdadera. Desde entonces, el hombre se muere realmente, no se levanta más ni se transforma en nada. Con esto concluye la época de los antepasados.

«Kren, por ejemplo, fue un antepasado que se convirtió en Sol para perseguir a su mujer Kra, la Luna. Kren era el mejor cazador de Onasín. Un día sorprendió a las hijas de Kra dando pasos de danza para engañar a los hombres. Entonces dijo: "Mujeres falsas ¿con qué así habéis engañado a los hombres?" "¡Ya lo sé todo!" Furioso, el Sol echó su guanaco a la espalda y les gritó: "Os aconsejo que os escondáis bien porque os va a ir muy mal". Ka Ken, la perdiz porotera, fue el pájaro que metiéndose por debajo de la carpa de las mujeres vio cómo ellas engañaban con sus falsos espíritus y asustaban a los hombres. Sat el pájaro ostrero, dio la señal para la matanza. El Sol le pegó a su poderosa mujer con un tizón ardiendo. Al primer golpe tembló la bóveda celeste. Al segundo y tercero se hizo más terrible la situación. Dejó de maltratarla temiendo que se le viniera abajo el firmamento. Huyó la Luna al cielo, hacia donde la siguió su esposo hasta hoy, que no ha podido alcanzarla. Se ven todavía en la cara de Kra las quemaduras y cicatrices causadas por los tizonazos que le propino su esposo Kren. Después arrasaron con el Kókleten, la carpa grande de cuero de siete estacas, donde las mujeres celebraban sus engañosas danzas. Los hombres mataron a todas las mujeres mayores de 12 años y organizaron su propio Kókleten, que es el que gobierna hasta hoy día.

»Los vientos norte, sur, este y oeste, también fueron antepasados nuestros. En esa época eran hombres y un día se pusieron a luchar entre sí, venciendo para siempre el viento del oeste…

»¿Sabes por qué las hojas del roble se vuelven rojas en otoño? Antiguamente no era así, sino que todos los árboles conservaban las hojas verdes. Sucedió que un joven Canschoat se encaminó hacia el norte, lejos, muy lejos, donde hace más calor y volvió diciendo que en aquellos países muchos de los árboles grandes eran verdes en

verano y rojos en otoño. Los onas no quisieron creerle, por lo cual el joven partió otra vez para el norte; y después volvió convertido en Keanken, la cotorra, cargado de hojas encarnadas para enseñárselas a los incrédulos. Cuando llegó, posóse en los árboles, los cuales, al acercarse, se volvieron encarnados. Y así como la cotorra es muy parlera, creen que todavía se burla, diciéndoles cuando habla: "¡Creíais que yo era un embustero!".

»Otros antepasados se convirtieron en pájaros, como el búho, la lechuza, el albatros, el águila ratonera, el ganso salvaje; y otros en animales como el océn, la ballena, que se casó con Schiuno, el viento, y de ellos nació Schunoktau, el picaflor…

»¿Quieres saber cómo se desarrollaba en sí dicha transformación? —dijo Miukiol Kausel, tomando una rama de roble donde se veía un diminuto capullo blanco tornasolado que abrió extrayéndole como un gusano violeta entre los dedos— ¿Ves este animalito? —prosiguió, acercándose a su huésped—: Aquí se halla envuelto en su caparazón y en el verano sale a volar en forma de mariposa…

»Así les pasaba también a nuestros antepasados. Cada uno era como un hombre, como este gusano, se cubría con su capa de guanaco y yacía inmóvil; después salía de su capa y se convertía en pájaro, animal de tierra, de agua, en cerro, en falda de montaña o también en una estrella como ésa —dijo, señalando la estrella más roja de la constelación de Orión, que ya empezaba a precisarse en la semioscuridad del cielo austral.

»Ése es Kuanip —prosiguió—. Fue engendrado en la tierra y nació precisamente de una montaña roja, que fue su madre, y del cabo Kayet, que fue su padre. Cuando nació dijeron los indios: "¿Quién es éste? ¿Quién lo ha engendrado? ¿De dónde viene?" Algunos respondieron: "Hijo de la piedra". Según iba creciendo parecía tan extraño e incomprensible que algunos indios intentaron matarlo dos veces, pero en vano. Lo intentaron por tercera vez y entonces se dieron cuenta, por propia experiencia, de que era un héroe. En efecto, cuando quisieron sorprenderle y matarle, disparando flechas sobre sus espaldas, él lo advirtió, miró atrás, los vio y dijo: "No os mováis". Así fue, los indios quedaron con el arco extendido hasta que murieron. Sin embargo, una vez comenzadas sus empresas heroicas, Kuanip no paró jamás. La más importante de

todas fue la que hizo contra Ciaskels. Éste era un hombre malo que vivía en una montaña del interior del Onasín y se alimentaba con carne humana. Se vestía también con piel humana y adornaba su cinturón con el pubis de las mujeres que sacrificaba.

»Kuanip fue a la choza de Ciaskels. El amo estaba cazando guanacos, pero dos niños, los hermanos Sasán, estaban en la choza. "¿Qué come este hombre?", preguntó a uno de los dos. "Come estiércol y gente durante todo el año", respondió el niño.

»Kuanip, airado, entonces dijo: "Traedme el pedernal". Lo cogió y, frotándolo con las manos, lo arrojó al suelo, y añadió: "Yo mando a todas las cosas: no salga jamás fuego de esa piedra y muera así este pérfido", y así fue como aquel pedernal no dio más fuego; porque Kuanip fue el que trajo el primer fuego al Onasín, enseñó a guardar el pedernal en una bolsita impermeable de cuero de foca, a fabricar el primer arco con los tendones del guanaco y a lavar al niño en el arroyo, untándole su cuerpecito con grasa de foca y arena para que no se muriera de frío. Cuando Kuanip se disponía a partir, los niños le rogaron llorando que los llevase consigo, pero no quiso, diciéndoles: "No conviene que vengáis ahora; pero seguid mi consejo: cuando os mande a buscar leña, id en seguida, procurando alejaros cada vez más. Yo estaré sobre aquella colina llamada Ciaxis. A la cuarta vez tiráis la leña y os venís conmigo".

»Y la cosa sucedió así: un día los dos niños tiraron la leña y se escaparon a la colina. Ciaskels se dio cuenta y los siguió con el más famoso de sus perros, y ya tenía seguridad de alcanzarlos porque los dos fugitivos debían vadear un río muy ancho, cuando Kuanip, que lo podía todo, hizo que se acercaran las dos orillas y los niños pasaron y se reunieron con él. Ciaskels, creyendo poder aprovecharse de aquel prodigio, dio un salto, y mientras estaba en el aire, Kuanip volvió las orillas del río a su sitio, y éste cayó en el centro, donde era más profundo. Estuvo mucho tiempo en el agua y ya le dolían las espaldas, por lo cual gritó: "¿Quién es el que quiere matarme en el agua?". Desde lejos Kuanip le preguntó: "¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?". "Yo soy Ciaskels, adoro mi tierra; no me aplastes más, me duelen las espaldas". Entonces los hermanos Sasán con sus hondas le reventaron los ojos. Repentinamente desapareció el agua. Kuanip se acercó por la espalda y le rompió el espinazo. De los ojos del moribundo salieron dos mosquitos, uno llamado

zi-i-i
y el otro
doi-doi.
Pero los ojos de Ciaskels, vaciados por los hondonazos, se vertieron en las aguas y se convirtieron en ese líquido gris verdoso que hay a veces en la superficie de las lagunas, donde está el agua estancada…

»Okricen era el más guapo, fuerte y diestro de los cazadores de guanacos. Oklta era a su vez la más hermosa de las mujeres. Ni el uno ni el otro querían formar familia porque Okricen no encontraba ninguna mujer tan hermosa como su hermana, y Oklta no encontraba un hombre tan hermoso y fuerte como su hermano: así que vivieron por mucho tiempo contentos del cariño fraternal que se profesaban.

»Pero Kuanip apareció y comenzaron las riñas; porque Kuanip se enamoró de Oklta, y a ésta no le disgustaba Kuanip. "Yo no quiero casarme contigo porque el Sol y la Luna me están mirando", díjole cierta vez. Entonces Kuanip cantó una canción muy bella, con la cual ordenó al Sol y a la Luna que se ocultaran, y así lo hicieron. Luego aparecieron. Luego se ocultaron. Vendrá un tiempo en que no aparecerán más y será la noche perpetua…

»Pero la verdad era que Okricen no podía ver aquel matrimonio y decía a su hermana: "No te cases con Kuanips porque tiene otras mujeres, pronto te olvidará y serás esclava de otras, no tendrás carne de guanaco para comer, ni pieles para abrigarte, ni matizadas plumas de pájaros para adornarte". Cuando llegaron a oídos de Kuanip estas exhortaciones, montó en cólera y cambió a Okricen en un pájaro de mal agüero, esto es, la lechuza. Entonces Oklta no quiso ser mujer de Kuanip, por lo cual fue convertida en un bruto alado y de mal agüero también: el murciélago. Para llevar a cabo las dos transformaciones Kuanip dijo al primero: "Y bien, no podrás cazar guanacos de día, pero cazarás ratones durante la noche, no podrás resistir la luz del día, porque tendrás los ojos muy débiles". A la segunda dijo: "Serás más fea que tu hermano, no podrás ver la luz del día: tendrás que esconderte durante el día. Hasta tu sombra será peligrosa: comerás gusanos y no carne de guanaco".

»Pero Kuanip no se recuperó más de su infortunado amor. Vagó durante un tiempo, muy triste, por los bosques, acompañándose de

una melodía que arrancaba a un instrumento hecho con el cuero de cogote de un cormorán, hasta que se perdió por las brumas del sur y subió a la isla blanca del cielo donde se convirtió en aquella estrella roja que brilla de noche —terminó Miukiol Kausel, levantando una vez más su índice hacia la constelación de Orión, que ya había avanzado bastante hacia el oeste, y bajándolo luego en una parábola hacia el sur, concluyó—: ¡Allá, al final del Onasín, todavía están las dos hondonadas que hicieron sus pies en la tierra al tomar impulso para emprender ese vuelo!».

Aquella noche el Capitán Bueno no durmió tan apaciblemente como acostumbraba hacerlo a las orillas del lago Kahín-cuen.

Por la abertura superior del toldo de cuero de guanaco en forma de cono, que los indios dejaban para que saliera el humo, Kuanip le titilaba desde «la isla blanca del cielo», mientras su mente religiosa iba y venía desde aquel primitivo jefe de tribu que por entre sus mitos de transformaciones materiales y espirituales había alcanzado en el aislado Onasín la idea más elevada de su propio dios.

(Diciembre de 1963)

Viaje Moderno a una Tierra Antigua

El hombre es como su paisaje, con los mismos altibajos, las mismas zarzas y rincones, tempestuosas horas y plácidos días. Recorriendo los senderos de nuestro paisaje, encontraremos la piedra que enmudeció nuestro corazón, la fuente clara que dejó la huella de luz en nuestros ojos.

Por eso, cuando recibimos la invitación cordial de incorporarnos al reportaje que la popular revista «Vea» iba a efectuar a la lejana provincia de Chiloé, nos sacudimos un poco al pensar en el encuentro que íbamos a tener con el paisaje que acuño nuestra también ya lejana infancia.

El sacudimiento provenía de que por primera vez íbamos a ver nuestra tierra como tal vez la vean los ojos de Dios desde el aire, y no como lo habíamos hecho antes, de gusano terrestre, o de fantasma arrancado de los cuadros de Dalí, cuando el alma se desprende en el sueño y se larga a recorrer los caminos del pasado, intrincados de extrañas fantasías y familiares realidades.

A las 9.45 de la mañana del miércoles antepasado, despegamos del puerto aéreo de Los Cerrillos, en un avión Douglas, que por gentileza del Adicto Aéreo norteamericano coronel Robert Coffey, asesorado por el capitán de nuestra Fuerza Aérea Enrique Byers, hacía posible esta misión periodística relámpago. Iban en ella Raúl Aldunate, vicepresidente de la Empresa Zig-Zag: Tito Mundt, redactor de «Vea»; Mario Vargas Rosas, el conocido artista del lente: Silverio Brañas, de esta misma casa, y los sólidos sargentos Kramer y Miller de la F. A. estadounidense.

Para los que volamos muy de tarde en tarde, el desprendimiento de la madre tierra tiene siempre la emoción del corte de un cordón umbilical; sólo después de algunos largos minutos fuera de nuestro elemento terrestre, empezamos a sentir esa plenitud gozosa que produce el vuelo en un avión. Es la alegría de sentirse más allá de las cumbres: es la emoción del espíritu que grita: «¡aún más alto!»; y el llamado de la tierra que nos tira de la sangre como una madre

olvidada; en realidad somos apenas un pájaro que tiene que volver a la tierra, y nada más.

Volamos hacia el Sur con una pincelada de nubes a la derecha que nos tapa la cordillera de la Costa: a la izquierda, la nevada Cordillera de Los Andes se perfila igual que una agrietada moraina de un ventisquero colosal; el valle central, despejado, es como una huerta cercada por esas dos cordilleras.

Pasado Chillan, poco a poco vamos entrando en otra huerta o potrero arado de nubes; en la placidez pastoril del valle central sólo se entrevén los intersticios de los cadejos de nube, y ya pasado Temuco, el potrero blanco se hace gris, los cadejos de algodón lana oscura, y empiezan a sentirse ciertos vaivenes causados por el puño del viento que sacude, pulseando, el pecho del avión.

El temerario visitante del espacio ruge un poco más y acalla los aullidos del viento; pero cuando el lago Llanquihue aparece bajo el desgarrado techo de nubes, los cimbrones del viento se hacen más recios y por los rostros de los compañeros de expedición pasa una leve sombra de emoción, como si de la «Pastoral» de Beethoven hubieran pasado a la grandiosidad de la Quinta Sinfonía de ese genio musical.

Llevamos cerca de tres horas de vuelo, y abajo, el valle central se ha hundido en el mar, y toda la tierra, hecha trizas, parece haber sido despedazada por esa fuerza iracunda que arriba en las nubes sacude al avión.

La lucha entre el pájaro mecánico y los desatados elementos de la naturaleza se hace imponente. Los que hemos visto arrodillarse un caballo frente al vendaval, detenerse un coche y volar íntegramente el techo de una casa en esas regiones, admiramos la majestuosa potencia de esa máquina alada, cuyas alas de pronto se inclinan y agacha la trompa para capear las ráfagas del temporal (Después supimos que era el comienzo de un temporal de viento y agua de una intensidad que hacía años no se había registrado en esa zona de por si tempestuosa).

Los minutos que pusimos de Puerto Montt a Ancud se hicieron más largos que las horas de vuelo de Santiago a ese punto. Parece que Dios tampoco va mucho a Chiloé; la visibilidad no era muy buena a causa del temporal, y así sólo pudimos darnos cuenta de refilón del canal de Chacao, del río Maullín y contornos

noroccidentales de la isla. Cuando el piloto empezó a buscar la minúscula cancha de aterrizaje entre la quebrada geográfica, azotado constantemente por el viento y los chubascos, se nos hizo una confusión de tierra, agua, aire y cielo, de la cual salimos sólo cuando sentimos tocar tierra en el brevísimo aeródromo del Club Aéreo de Ancud, que por primera vez recibía en su húmedo suelo un aparato de las dimensiones del Douglas. La sensación de paz era infinita; había terminado el «crescendo» beethoveniano. Daba la impresión de que en realidad no habíamos aterrizado, sino que habíamos sido arrojados desde las nubes por la tempestad. El viaje había durado tres horas diez minutos, desde Santiago a Ancud.

Pero la tempestad continuó sobre la tierra; ese día y al día siguiente las casas de madera se estremecían tal como se había estremecido el fuselaje del avión en las nubes, y el aguacero era tan intenso, que parecía llover tanto de abajo como de arriba. A pesar del huracán (el viento alcanzó a fuerza diez) recorrimos algo de la ciudad bajo la lluvia. Su pequeña poza para el resguardo de embarcaciones menores, sus casas colindantes con el mar donde se confunden el verde musgo de los techos con el verde y azafrán de algunas algas; su plaza de tipo español, con su hermosa catedral al fondo, de un majestuoso y sólido estilo romano.

Por un azar del destino, nuestros compañeros de viaje continuaron la ruta que nos habíamos trazado en Santiago, hasta Castro y Quellón, en el otro extremo de la isla, y nos quedamos solos en Ancud: alguien dijo que las ciudades son como las mujeres y que para conocerlas hay que vivir mucho tiempo en ellas. Efectivamente, Ancud no entrega así no más sus secretos.

Es una de las ciudades con más vida interior que hay en el país, oculta a los ojos del visitante de paso. Su edificación de madera y techo rojo de cinc o verde musgo de alerce, le da un aire alegre sin carecer de distinción. El paisaje que la rodea parece haber salido de los juegos de un niño soñador.

Después de dos días de lluvia y viento vino la calma, esa calma característica que sigue a la tempestad: sobre las tranquilas aguas, de frondosa vegetación, y los pescadores de ostras surgiendo por centenares con sus escafandras o arrastrando sus redes a golpe de remo en sus chalupas. La paz era tan grande, la transparencia del aire tan cristalina, la realidad de las cosas tan pura y el recuerdo de

la tormenta tan reciente, que semejaba uno de los siete días de la creación, cuando todas las cosas estaban aún nuevas y acababan de salir de las tinieblas de la nada.

Paseando por la costa nos parecía que de un momento a otro iba a surgir en la superficie espejeante del mar el «Caleuche», el «buque de arte», leyenda de origen nórdico trasplantada a Chiloé y que tan manoseada ha sido por los profanos. El buque de artificio que una abuela nuestra asegura haber visto en una noche de luna, con sus cubiertas resplandecientes, donde danzaban sirenas y apuestos marinos. Contaba que lo vio llegar cerca de la playa donde ella se encontraba, largar su ancla de oro en las profundidades del mar, acallarse la música de los violines de la orquesta de a bordo, descender una chalupa plateada y fina como un delfín, avanzar con sus seis remeros y un oficial al timón, invitarla a su bordo, cuando ella iba a descender de las rocas al esquife, desaparecer éste hacia el barco, tan rápido como había venido. En la mañana siguiente, los pobladores encontraron en esa misma playa siete toninas muertas.

O bien, penetrando en la humedad del bosque, encontrarnos de pronto con el «Trauco», ese geniecillo chilote de no más de un metro de estatura que guarda sus diminutas jaurías de «perros» entre los bosques de helecho y que cambia de traje, de acuerdo con las estaciones, porque va vestido con esa fina liana denominada «quilineja», un hilo zaino que crece a lo largo de los troncos y que en la primavera se cubre de lozanas florecillas blancas y en el estío de frutos como cascabeles rojos. Así va el «Trauco» con su sombrerito puntiagudo, riéndose con sus carcajadas estridentes, apareciendo y desapareciendo como una llamarada roja o blanca por entre la fronda del «avellano eléctrico» que cantó nuestro poeta Pablo Neruda, o del ciruelillo glauco, o de aquel mañío tan enorme que permitió a don Alonso de Ercilla y Zuñiga grabar con su cuchillo de monte la famosa estrofa:

Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado
con sólo diez pasó el desaguadero;
el ano cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos por febrero
a las dos de la tarde, el primer día

volviendo a la dejada compañía.

Decíamos que Ancud es uno de los pueblos con más vida interior que hay en Chile; pues bien, a través de toda la costa del Pacífico, a excepción de California, es también el único mar interior que existe en la desolada costa batida por ese océano.

Desde su fundación en 1768 con el nombre de «Villa de San Carlos de Chiloé», cambiando más tarde por el de Ancud en recuerdo de un cacique aborigen que seguramente habitó ese lugar, fue, después de Valparaíso, el principal puerto de Chile y uno de los principales de toda la costa americana del Pacífico.

La época de oro de Ancud es la época de oro de la navegación a vela. Docenas de barcos de todas partes del mundo se encontraban a menudo fondeados en su bahía, y en el puerto se hablaban todos los idiomas.

Las piraterías de Cavendish en su «Golden Hind», Drake y otros, desolaron otras partes de la isla; pero Ancud, con sus fuertes artillados mantenía a raya a los piratas y filibusteros, y daba abrigo, seguridad y civilización a los marinos de todas las latitudes.

En las pocas casas antiguas que quedan en la ciudad pueden encontrarse aún hoy vestigios de ese cosmopolitismo, en instrumentos musicales, cuadros y otros objetos que recuerdan los saraos y fiestas que se dieron en ese lugar, antaño.

Fue el último reducto español que le quedo a la corona en América del Sur, y tal vez por eso conservó más que otras partes de la isla la pureza de la raza hispana y cierto retraimiento aristocrático que aun hoy puede verse en los hombres y mujeres de viejas familias.

Siendo, como decíamos, el único mar interior, ha sido como una especie de vientre fecundo para crear marinos que surten barcos nuestros y extranjeros. En la costa del Pacífico, el mar con su constante furia aleja al hombre hacia tierra adentro, no crea marinos; en cambio, en Chiloé el hombre empieza a gatear desde la «dalca» aborigen hasta el velero transoceánico, hoy el vapor.

El destino de Chiloé, y especialmente de Ancud, es un destino seguro; cuando veamos a nuestro país superpoblado u organizado como debiera estar, Chiloé no sólo será el emporio sudamericano de la papa, producto que hoy se pudre allí por falta de medios de transporte; no sólo será el paraíso de la ostra, el choro y otros

mariscos, sino que será una tierra de turismo inigualada.

Allí estuvieron un Pierre Mac Orlan, un Pablo Neruda, un Richon Brunet y otros artistas atraídos por el color de esos pastos, de esas aguas y de esos cielos. Allí estuvimos dos días, impregnándonos en un viaje que hubiéramos deseado sin regreso.

Témpanos como buques fantasmas
(Agosto, 1962)

Arica, cóndores, «guacaches» y ballenas

No conocía Arica, y a mediados de julio estuve gozando unos días de su clima primaveral en pleno invierno y de su resplandor luminoso. Porque Arica resplandece entre el mar y la cordillera como la punta de una brújula imantada hacia el corazón de Latinoamérica, y si alguna integración nos espera con nuestros vecinos del norte ésta ya ha comenzado con la mujer boliviana que vende naranjas peruanas en el mercado de Arica.

Uno de esos días resplandecientes yo me encontraba en las afueras de la ciudad cuando entre los gallinazos, apareció en lo alto de una colina un ave poderosa de cuello blanco. Su vuelo era tan recto como el de los *jets*, y cuando pasó planeando por sobre nuestras cabezas sentimos el rumor metálico del viento entre el plumaje que sonaba como un aluminio negro. Luego vinieron otros, y otros, y se perdieron por la grisácea inmensidad del desierto.

Alfredo Wormald Cruz en su obra *El mestizo en el departamento de Arica*, cuenta lo siguiente:

«Ocurrió en el Altiplano. Era media tarde. A fin de comer algo nos instalamos mi acompañante y yo, en la oquedad de una especie de farallón, para protegernos del gélido viento que azotaba la puna. No habíamos reparado que a poca distancia, unos 20 o 30 metros yacía entre los matorrales de tola un llamo muerto.

»De pronto vimos descender un cóndor que se posó cerca del animal; en seguida otro, después un tercero, y por último dos más. Ocultos en el hueco de la roca, les éramos invisibles. Y allí permanecían los cóndores, quietos uno al lado del otro, como a la espera de algo.

»Súbitamente alzaron las cabezas. Una sombra se proyectó breves instantes sobre ellos, y un cóndor enorme, de gruesa gorguera blanca descendió. Era el cóndor jefe, el cóndor "mayco". Los otros, totalmente inmóviles, seguían con la vista, sin perder uno todos sus movimientos en actitud más que de respeto, de sumisión.

»El "mayco", sin considerar siquiera la presencia de los que allí

estaban, calmado, soberbio, con magnifica dignidad, la que corresponde a un jefe, se acercó al llamo. Lo abrió a picotazos. Hieráticos, con la vista clavada en él, los cóndores seguían, expectantes, en la espera.

»Comió con lentitud hasta saciar su apetito. Solamente entonces, y nada más que entonces, miró a los súbditos que lo contemplaban. Y a continuación, apartándose unos metros emprendió el vuelo.

»En el acto los cinco cóndores se precipitaron sobre el llamo, a disputarse en medio de una baraúnda de aletazos, plebe, al fin, los restos que el jefe había dejado.

»Es bien difícil describir lo que en esa ocasión sentí. Cinco hambrientas aves de rapiña, y ¡caramba que son hambrientos y de rapina los cóndores! Encuentran comida, justamente la que más apetecen. Ninguno osa tocarla, porque en ese sitio hay un jefe. Es él quien debe disfrutar, antes que nadie, del banquete. Y vasallos insignificantes de una majestad enorme, reprimen el hambre, esperan, y sólo se atreven a comer lo que el "mayco" les dejó, cuando éste se aleja.

»Y si tal cosa impresiona al hombre civilizado es fácil deducir como repercute en el espíritu del indio, siempre dispuesto a empequeñecerse ante lo que, en cualquier forma, le resulte incomprensible. Por eso, el cóndor es el tótem por excelencia».

Conversando con su autor Alfredo Wormald una tarde en «La lisera» me dice que no es un cuento, que lo escribió tal cual lo vio. «A mí me dejó helado», me agrega. «Antes se cubría el Morro de cóndores, a menudo planeaban de 30 a 40. Después, con los dinamitazos de las obras del puerto se ahuyentaron».

Wormald es nacido en Talca en 1903, estudió tres años en la Escuela de Medicina, y en sus trotonerías estuvo 4 años explotando unas minas de asbesto en la selva boliviana de Cochabamba. «Ésa sí que es selva virgen —me dice—, probablemente la más tupida de América, con una floresta tropical en que se dan en abundancia el banano, la vainilla y el cacao. Las condiciones de vida son infernales. Había que vivir sobre pilotes para evitar las víboras y en "pahuiches" cabañas construidas y otras alimañas que abundan a ras de suelo. En noviembre, cuando llegan las lluvias, hay que desalojar estos "pahuiches". Las mulas teníamos que alimentarlas con plátanos, pues no hay pasto, ya que el sol no penetra en la

umbría. Para poder transitar en la selva se necesitan cuatro macheteros, dos delante de las mulas y dos atrás; después de algunos días, para volver, ya no encontrábamos el camino, la lujuria selvática lo había vuelto a cubrir».

Alfredo Wormald se convierte para mi en un documento viviente. Conversamos en un restaurante frente a «La lisera», una especie de laguna formada por el mar que penetra por una estrecha garganta entre escolleras rocosas. A menudo las lisas saltan fuera del mar a la luz tardecina del sol; semejan pequeños delfines espejeantes. Sobre las rocas permanecen solemnes los «guacaches», enormes alcatraces que una vez hecha la digestión vuelven a zambullirse en «la lisera» en busca de más peces.

Yo creía que «La lisera» derivaba su nombre de ese pez que en ella abunda, la lisa; pero don Alfredo me rectifica: «Se llama lisera —me dice— desde los primeros años de la Colonia. Yo pensaba también que era por las lisas, pero nunca las comieron. Tengo las descripciones de las comidas de Arica a través de 400 años y en ellas se menciona el tomollo, el congrio, otros peces, pero nunca la lisa. En 1607 ya se designaba a este sitio como «La lisera» y mi opinión es que era debido a que aquí abundaba una planta que después fue destruida por las dunas. Era una especie de pita, cuyo vástago de 10 o 12 pies florecía de blanco una sola vez en la vida, este vástago se llama lisera y de allí viene el nombre de este trozo de mar.

Don Alfredo tiene archivos de Arica desde 1605 a 1814. Son los únicos que existen, pues un maremoto en 1604 arrasó con toda la documentación anterior.

«En el valle de Lluta —me cuenta— había criaderos de negros. Gentes que tenían sólo las hembras y se pasaban los reproductores de unas a otras. Como en la crianza de animales. No hay negro que no tenga un apellido español, como marca de fábrica. Se vendían bautizados y sin bautizar. Los sin bautizar valían más, porque podían ponerle un nombre nuevo».

Yo le refiero a don Alfredo las bestialidades que cometió el hombre blanco en el sur de Chile con el exterminio del indio ona a bala y arsénico en la Tierra del Fuego: esto lo oye uno de los empleados que sirve en el restaurante, un joven alto, de cara redonda y blanca y ojos grises. «Yo soy de Porvenir», me dice, «mis

apellidos son Oyarzún Martinovic». Conoció a Rauff un alemán nazi absuelto por las leyes chilenas, que regenta una industria conservera en el Estrecho de Magallanes. «Vive muy bien —me dice — yo le he servido muchas veces en Punta Arenas, es simpático, y cuando alguien le pregunta por su pasado nazi, dice que todo eso son nada más que cuentos».

Llega una amiga común, Nelly Willanueva, y la conversación se hace menos cruda. Don Alfredo recuerdo su selva de Cochabamba y yo le dialogo con las pampas patagónicas, y ambos recordamos una frase de Darwin, en que el sabio al final de su libro *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, confiesa que no sabe porqué de todos los paisajes que ha visto se le vienen siempre a la memoria los de la Patagonia. Cuento ademas, que en la Tierra del Fuego conocí a un escocés que juntó dinero durante 40 años para regresar a su tierra, y cuando regresó sólo duro un tiempo en ella, pues volvió a aparecer en un caballejo blanco por las pampas fueguinas.

Don Alfredo me habla del «Cementerio de los ingleses», que está en Teliviche, un lugar cerca de Arica, a donde han vuelto los ingleses que allí vivieron, para enterrarse. El mismo lleva un Wormald inglés mezclado a un Cruz chileno. Es un hombre fornido, de hablar franco y con una frase breve y cortante que casi siempre se encuentra en los hombres de acción. Actualmente es funcionario de la Universidad del Norte y se dedica a investigaciones antropológicas.

Comentando el por qué de la atracción de algunas tierras y paisajes, don Alfredo mira los ojos claros de su amiga Nelly y dice: «¿No será el amor una especie de luz que destaca en otro ser o paisaje relieves que no ve el que los mira sin amor…» De pronto, el joven Oyarzún Martinovic, excelente integración de chilote y yugoslava, nos llama la atención en dirección al mar, donde una ballena deja ver sus surtidores, de vapor como si fuera una fuente de agua en medio del océano espejeante. Luego, al zambullirse, levanta sus dos grandes aletas caudales que hacen un esguince en el horizonte, y se pierde bajo el mar; pero como al cuarto de hora reaparece, vuelve a lanzar su chorro de vapor y nuevamente el escarceo de su gran cola cubre el horizonte marino. Por la largura de su cola, plomiza y blanca, sospecho que se trata de una «ballena aleta» y no de un tosco cachalote.

En el cielo diáfano en el mar de azoge, en los cantiles metálicos que dan comienzo al desierto más grande del mundo, pues dicen que empieza en el Ecuador y termina en las alturas de Coquimbo, hay una luz de la especie de la que nos ha hablado don Alfredo, y por un momento veo a Chile como un largo cetáceo regalándose entre las dos más grandes inmensidades del planeta, la Cordillera de los Andes y el Océano Pacifico.

(Julio de 1967)

Nuestro Sur

El Sur de Chile comienza cuando las aguas del océano Pacifico penetran en el Valle Central y éste se hunde dejando en la superficie islas que semejan jardines flotantes entre golfos, canales y canalizos horadados por los dedos milenarios de los ventisqueros desaparecidos.

Pero más al sur estos ventisqueros permanecen en pie aún, como el de San Rafael, de cuyos altos paredones hemos visto desprenderse los témpanos que salen por las corrientes marinas hacia alta mar entre el archipiélago de las Guaitecas. Y después, más al sur, ya no es un valle el que se ha hundido en el mar, sino la propia cordillera de los Andes la que avanza despedazada en su borde occidental por otros fiordos y ventisqueros.

El Golfo de Penas hace su entrada tempestuosa entre la península de Taitao y el Canal Messier. En el borde de esta península Charles Darwin desembarcó en su viaje alrededor del mundo, y cuenta cuán grande fue su emoción al ver por primera vez sobre la superficie del mar el tipo de roca mas profundo que existe en el corazón de la tierra. ¿Qué tempestades geológicas llevaron a esa roca a aflorar en la superficie oceánica? ¡No lo sabemos! ¡Lo que sabemos sí son las tempestades del golfo que de vez en cuando se lleva uno que otro barco al fondo de sus abismos, sin dejar rastros! Sólo hace poco fue el metalero «Santa Fe», con diez mil toneladas de hierro y treinta y un hombres de tripulación a bordo. Hace varios años fue el carguero «San Martin», de bandera argentina, desaparecido mientras navegaba hacia el norte cargado de trigo. No se sabe si el Golfo de Penas «los pasa por ojo» o los «da vuelta de campana», que son las dos maneras clásicas de naufragar un barco en tempestad. No ha salido un rastro ni un vestigio de ellos.

Yo he surcado muchas veces ese golfo, incluso tengo un cuento con ese nombre, trascrito de la realidad; pero la impresión más soberbia que tengo de su paso fue a bordo del buque madre de submarinos «Araucano», de la Armada Nacional. Fui uno de los

pocos que se mantuvieron en pie durante esa travesía. Verdaderas montañas de agua eran las que enfrentaban al «Araucano» que, como un gran pez, se deslizaba soslayando las olas. Con los balances se desapernaron las sillas y las mesas de los salones y comedores, accidentándose algunas personas. Yo subí a lo que se llama «el púlpito», el último puente de mando a la intemperie, desde donde se gozaba de un espectáculo grandioso en medio de la tempestad: el barco resbalando como una brizna por los faldeos de las montañas de agua, hundiendo su proa en las profundidades y volviendo a emerger en la cresta de la ola siguiente coronado de cendales de espuma. «¡Agárrate viejito!» oí que dijo de pronto un marinero como dándole valor al barco que durante un día entero afrontó la tempestad.

Después del Golfo de Penas vienen los tranquilos canales de la Patagonia Occidental que se abren con el Canal Messier, una imponente avenida de agua entre altos paredones cordilleranos. Así se navega durante varios días hacia el Estrecho de Magallanes, por lugares de nombres tan elocuentes como «El Paso del Abismo». En realidad este paso es un verdadero abismo, pues el canal es tan estrecho que lo alto de las cumbres andinas se parecen juntar sin dejar pasar el sol. Toda esa navegación podría compararse con un tajo abierto en el corazón de la cordillera de los Andes, por donde entró el Océano Pacífico, para dar curso a las rutas navegables más extrañas del mundo, pues esas dos inmensidades, Andes y Pacifico, parecen haberse dado cita para mezclar sus grandes dimensiones en un juego de niños cósmico.

E] dédalo de canales patagónicos tiene su culminación en «E] Paso del Kirk», una estrecha vía de agua que hay que surcar sólo cuando la marea esta detenida, pues su corriente sube y baja a diez millas por hora, la que se lleva los barcos a la deriva a pesar de la fuerza de sus máquinas. Por eso hay siempre allí un remolcador cuyo pitazo anuncia el momento en que debe pasar el barco. Parece que es un tajo profundo en los abismos el que hace que el océano suba y baje con tanta furia en cada marea. Estas aguas del Pacífico llegan en este sector casi hasta la pampa patagónica, pues sólo se detienen en el Seno de Última Esperanza, al cual le sigue el Lago Toro, como otro Estrecho de Magallanes que no salió al Atlántico.

Los geólogos dicen que este Estrecho de Magallanes, fue todo un

gran glaciar que horadó el paso de las aguas del Atlántico al Pacífico, y que descubriera en 1520 el gran navegante Hernando de Magallanes, cuya estatua se levanta en la plaza de la hermosa Punta Arenas. Pedro Sarmiento de Gamboa fue el otro gran navegante que intentó colonizar el Estrecho con la instalación de la población del rey Felipe, conocida después por el «Puerto del Hambre», debido a que todos sus habitantes perecieron de inanición. Sarmiento de Gamboa descubrió el extremo más austral del continente y le puso por nombre «Cabo Santa Agueda»; pero tiempo después surcó esa ruta el corsario inglés Francis Drake y le puso «Cabo Forward» que es el nombre que conserva en las cartas marinas. Ojalá un día se restituya el nombre primitivo de Santa Agueda, como una justicia histórica.

Al sur del Estrecho sigue la Tierra del Fuego, la gran isla de 48 000 kilómetros cuadrados, desgranada en su parte occidental por numerosos canales, fiordos y ventisqueros y por su parte oriental, de una sola linea baja, con una planicie que es la continuación de la pampa patagónica. Más allá del Cabo de Hornos, se levantan los últimos peñones del despedazado continente: las islas Diego Ramírez, ya en pleno Mar de Drake. Atravesando este mar hemos avistado una tarde las tierras antárticas. Fue un espectáculo inolvidable ver aparecer en el horizonte marino una fantasmagoría de islas iridiscentes, como una tierra blanca y encantada. Eran las Shetlands del Sur, por cuyos canales entramos un día en el transporte de la Armada «Angamos», para seguir por entre canales y golfos de fantástica conformación hasta Bahía Margarita, que es el punto más cercano al Polo Sur al que se llega por mar.

La Antártica blanca es la glorificación del hielo, la nieve y la tempestad. Por allí anduvimos durante dos meses, entre focas, ballenas, orcas y pingüinos, siempre entre las fantasmagorías de los témpanos que adquieren todas las formas, desde cisnes flotantes hasta de barcos con velas de cuchillas, en cuyo bordo descansan las manadas de focas cangrejeras, leones, leopardos y elefantes marinos.

Éste es a grandes rasgos nuestro sur. Desde Chiloé hasta el Cabo de Hornos estuvo poblado milenariamente por huilliches, chonos, alacalufes, onas y yaganes. Las costumbres y mitos de estos pueblos aborígenes se han perdido en su mayor parte con su extinción; pero

debo rendir especialmente mi homenaje a la epopeya de los alacalufes y yaganes que les tocó vivir en los lugares más inhóspitos del planeta. ¡Cómo pudieron sobrevivir y reproducirse entre esos riscos donde no crece un fruto! Sólo con peces y mariscos, cubiertos de pieles de nutria y foca, se mantuvieron por siglos hasta que llegó el hombre blanco y los aniquiló con el fusil, el alcohol y sus enfermedades. Digo que es una epopeya porque después de los alacalufes ningún ser humano ha podido vivir en esas regiones. Sólo ellos, de los cuales aún quedan algunos ejemplares muy bien estudiados por el etnólogo francés Joseph Emperaire en su magnifico libro *Los Nómades del Mar*. Ayayema era el dios de estos nómades, una especie de espíritu del mal, que vivía bajo las aguas desde donde les daba vuelta sus canoas. He aquí a Dios identificado con una naturaleza despiadada. Emperaire cuenta que cuando un alacalufe muere, su cadáver es cosido en un gran cuero de foca colocado en su canoa, con dos grandes piedras en el pecho y lanzada la canoa al mar, la que va a la deriva y es llevada por el tempestuoso espíritu de Ayayema hacia lo desconocido. Hermosos funerales estos donde el cuerpo es llevado al azar del viento y las corrientes del Sur, y que nos hace recordar aquel profundo pensamiento de Goethe: «Alma del hombre, eres como el agua, sino del hombre, eres como el viento».

Los yaganes del Cabo de Hornos llamaban a su dios Wollapatuch, que quería decir «el gran asesino», otra manera de identificar a Dios con las crueles tempestades del famoso cabo, donde dicen que el Diablo está fondeado con cadenas que arrastra y hace retumbar en las noches de tempestades, a nuestro dramático y fantástico Sur.

(Octubre de 1967)

La Loca de Rolecha

Rolecha es una plataforma andina que emerge desde lejos como una isla más larga junto a otras que van a dar al golfo de Ancud.

Amanecía cuando en la lancha «Sirena» llegamos hasta allí. Es una playa árida, de piedrezuela, con buen fondeadero. Al echar el ancla, divisamos una mujer que nos hacía extrañas señales con la mano, como si nos llamara o nos indicara que nos fuéramos, que siguiéramos de largo. —Es la loca de Rolecha— me dijo Hermenegildo Barría, un viejo que a bordo nos servía de contramaestre, cocinero y marinero, porque era el que más sabía de todo eso; pues, el patrón y el dueño de la lancha, un tal Andrade, era un simple comerciante de Puerto Montt que salia a pilotear su embarcación sin saber mucho de navegación. Barría, un hombre alto, fornido, de bigotes semejantes a un escobillón donde a veces se le quedaba ensartada una cholga o un poroto, lo hacía todo a bordo. Yo trabajaba en una fábrica de conservas de Calbuco, que arrendaba la lancha para ir recogiendo los mariscos desconchados de isla en isla por todo el archipiélago de Chiloé.

—¿Es loca o loquita? —pregunté maliciosamente.

—No; es loca de verdad. No es de las que se ríen en las filas —intervino el patrón Andrade, refiriéndose a las mujeres fáciles, a las «tentadas de la risa».

—No es tan loca, a veces nomas le viene la locura… dicen que con la luna —me agregó Barría, cuando ya remaba en la chalana para llevarme a la costa, donde yo debía recibir los mariscos desconchados, como cholgas, piures, almejas y choritos.

A medida que nos acercábamos, la silueta de la mujer se fue destacando como una piedra más oscura y viva en el fondo del pedregal, pues su vestido negro estaba desteñido por la intemperie. Permanecía sentada en cuclillas y desde su regazo tomaba unas piedrecillas que de vez en cuando lanzaba al mar con un gesto infantil y ambiguo, que nos hizo confundirlo como de llamada o despedida. También parecía un ama de casa, campesina dándole

trigo a sus polluelos.

—Está dándole de comer al mar… —profirió Barría.

—¿Cómo? ¿No está jugando con piedrecillas?

—No; son migas de pan que viene a echar al agua todas las mañanas porque cree que le esta dando desayuno a su marido…

Por un momento creí que Barría me estaba tomando el pelo, o era medio poeta, o loco…

—Una mujer casada con el mar… —le repliqué, para devolverle en la misma forma su broma.

Los ojos oscuros de Barría bailaron un instante cual deben hacerlo los mentados brujos chilotes, pero luego me dijo con gravedad:

—No, patrón; esta mujer perdió el juicio cuando se le murió el marido debajo del agua. Él era un buzo y trabajaba con ella y su hijo, un muchachito de doce años. Estaban frente a la isla Nao, mar afuera, en el golfo; allí los pescó una braveza de mar que casi les dio vuelta la chalupa. El chico estaba levantando el chinguillo con cholgas que había mariscado su padre y con el peso cayó al agua.

Por tratar de salvar al niño, la mujer abandonó la bomba de aire y el buzo murió abajo.

—¿Y salvó al muchacho?

—Tampoco. Se ahogó también. Dios debe haberla castigado. Ella sabía bien cual era la ley del buzo; porque buceaba de vez en cuando y el marido le daba el aire.

—¿Dé qué ley se trata?

—De la ley de los buzos en el mar: «primero el de abajo». Por ningún motivo se debe abandonar el volante de la bomba con que se le está dando aire.

Los bigotes cerdudos de Barría escondieron su sonrisa socarrona y se dio vuelta a mirar la proa de la chalana como buscando un rumbo.

Sus remadas se hicieron más vigorosas, cual si tratara de empujar algo bajo el agua.

Atracamos a la playa y me dirigía a la mujer en busca de datos sobre los mariscos desconchados, pero después de las palabras y de las remadas de Barría, ya no era la misma silueta de mujer que divisara desde a bordo, ni yo era él mismo.

Se levantó presurosa cuando me acerqué a hablarle, limpiándose

el regazo como si hubiera puesto fin a su faena. Era una mujer morena, alta y espigada, de unos treinta años. Sus ojos también tenían un reflejo como el oscuro color de las piedras.

—Eulalia Argel para servirle —me dijo, extendiéndome la mano.

—Ruperto Córdoba, a sus órdenes —le contesté, y agregué—: ¿Sabe usted si me tendrán los mariscos desconchados?

—No todos —me respondió, y agregó muy cuerdamente—: Pero luego vamos hacer el curanto con los que faltan por desconchar. No esperábamos que la lancha pasara tan temprano; iré a avisarle a los vecinos para que empecemos a hacer el curanto. Pase un rato por la casa a descansar.

La seguí, mientras Barría regresaba con los mismos vigorosos remazos a la «Sirena».

Entramos a una modesta casa de tejuelas de alerce que tenían el mismo color de oscura intemperie de la mujer; como sus ojos, su rostro, sus vestidos, de agua y piedra y cielo tormentoso.

—¿No habría donde comprar un cordero y algo de chicha de manzana? Hace días que no probamos un pedazo de carne, sólo puro marisco… —le dije.

—Donde el cura Müller puede haber, su casa está al otro lado de la punta; pero más tarde veremos eso, ahora descanse un rato aquí mientras yo voy a reunir la gente para el curanto.

Me quedé solo en la pequeña casa, pensando que esta mujer no estaba tan loca como decían. A lo mejor, aquello de tirarle migas de pan al mar no era más que un símbolo de ternura, igual que cuando se lleva flores a una tumba o como esos turistas que lanzan migas a los gaviotines para que las pesquen al vuelo o en los trópicos tiran monedas al mar para que los negritos bajen a recogerlas buceando.

Pero la realidad responde también a veces con locuras a nuestros pensamientos más cuerdos. Permanecí sentado solo un rato breve, y me levanté a mirar por la ventana una bien cuidada huerta de altas coles, nabos, zanahorias y grosellas bajo dos o tres manzanos floridos. Estábamos en noviembre y la primavera chilota había estallado con todo su esplendor. Después me entretuve en observar las paredes, muebles y distribución de las piezas; una que servía de cocina, dos dormitorios y un saloncito. Entré a la que debió ser dormitorio del niño y no pude menos que asombrarme cuando vi sobre el velador, junto al catre cubierto con albas frazadas chilotas

decoradas con dibujos de colores solferinos, verdes y amarillentos, una calavera sobre una tablilla de mañío, con dos velas como dos altas lágrimas de cera derretida. En la pared, sobre la calavera una oleografía religiosa daba al rincón un aire de pequeño santuario: Era Dios, con blancas barbas semejantes a espumosas olas o nubes, y un ojo grande y luminoso como un sol que le atravesaba el pecho cual si fuera un extraño corazón. Abajo, desde matices alegres hasta sombríos, viñetas en colores con el transito del hombre desde su nacimiento hasta su muerte, volando al cielo, al final, si había sido justo, o cayendo al infierno, si perverso. «La omnipresencia de Dios», «O la cruz en este mundo o en el infierno en el otro». «Dios te ve, tu delito será castigado». Las leyendas al pie de las viñetas resultaban pueriles ante los dibujos de una señora con gran sombrero y un caballero con bastón depositando una limosna en el sombrero que les tendía un mendigo cojo. Otro muriendo encadenado por el cuello, con dos demonios a su lado, dos culebras y un pajarraco negro. Los colores azules, morados y rojos se parecían a los de las guardas de las frazadas chilotas y algunas rosas y blancos a la matizada huerta bajo los manzanos.

Los mariscadores se reunieron en un pequeño prado, junto a unos quiscales, cerca de la playa. Eran dos matrimonios con tres niños, que encendieron una fogata sobre un hoyo con piedras de bolones. Mientras se calentaban las piedras para cocer los mariscos, nos dirigimos con Eulalia a donde el cura Müller a comprar el cordero y la chicha, que debíamos asar en el mismo curanto. Durante el camino hablamos poco. Cuando llegamos a una cerca ella la saltó tomándose de una estaca y pasando en vilo su cuerpo. Yo tuve que pasarla a horcajadas, como si montara penosamente un caballo.

—Yo soy como el aire —me dijo, sonriendo orgullosa de su proeza. Así era Eulalia Argel, la loca de Rolecha, y como el aire de las islas mi memoria recoge hoy retazos de su tragedia expresada a través de su extraña charla, cuando le pregunté el origen de esa calavera…

—Es el niño —me dijo, cuando veníamos de vuelta, y agregó con un gesto vago—: Quizá qué corriente me lo trajo del golfo, porque una mañana encontré el huesito en la playa frente a nuestra casa. Las jaibas ya lo habían dejado blanco y rosado como una flor de

manzano.

Lo traje y lo puse allí, pero creo que mi Luchito vino para acompañarme… Algunas noches de temporal, lo sentía trajinar tanto en su pieza, como si continuamente saliera y regresara del mar… Dejó de penarme desde el día en que encontré su huesito en la playa y lo puse en su altar prendiéndole esas velas en descanso de su animita… Ramón, mi viejo, ése sí que no ha vuelto y por eso le llevo su desayuno todas las mañanas… ¿No ha visto como la isla Nao tiene la forma de un barco y un arrayán en el medio como si fueran sus velas blancas cuando florece? Bueno, hasta allí dicen que van a dar los huesos de los que se ahogan en el golfo y por eso creció el árbol allí, como con las cenizas de las conchas de nuestros curantos crecen las papas en los papales…; pero los huesos de mi viejo, no han ido a parar a la isla Nao… Con su cabeza de cobre y sus zapatos de plomo seguramente se ha quedado pegado al barranco de mar donde estaba cuando yo tuve que soltar la bomba para salvar a mi Luchito… Después, se habrá llenado de colpas… quedan como las ramas de un coral blanco, y si con los huesos de los muertos ha salido el arrayán de la isla Nao ¿por qué no ha de vivir mi viejo como un árbol de corales y de colpas, en su barranco de mar?… la gente dice que estoy loca porque tiro el pan al agua; pero es que ellos no saben lo que éramos Ramón y yo. Muchas veces bajé también a sacar choros en esos lugares, choros grandes como zapatos. Ellos no conocen la ley del mar: «primero el de abajo». Así fue, yo no cumplí con esa ley por salvar al Luchito… Pero ¿sabe? no es pan lo que le llevo sino «milcao», nuestro pan chilote, de papas con chicharrones. Le gustaba tanto al pobrecito… Las corrientes se lo llevaran hasta el barranco de mar así como a mi me trajeron a mi Luchito.

La otra gente de Rolecha nos esperaba ya con las piedras enrojecidas por el fuego. Aquello parecía una boca abierta del infierno a donde iban a parar los pecadores. Vaciaron los sacos de mariscos, pusieron grandes hojas de pangue y helechos y sobre ellas milcaos y chapaleles, el cordero despresado y algunos pescados, cubriéndolo todo con «tepes», grandes champones desprendidos a «hualato» del mismo prado.

Junto con el cordero, el cura Müller nos había mandado en su lancha a motor dos damajuanas de chichas de guarda, y mientras el

curanto se cocía, nos pusimos a beber. Poco a poco toda la gente se fue volviendo dicharachera en torno a los humitos que salían del montículo de mariscos, carnes, papas, pescados, asándose sobre las piedras calientes como un latente volcán bajo la tierra. La charla de Eulalia no se diferenciaba de la de sus conterráneos Algunos contaban haber visto volar a los brujos en sus «chayancos», chalecos hechos con la piel de una mujer. A los caballos marinos atravesar a nado las islas con siete brujos en sus lomos y después verlos amarrados a una cerca y en vez de cascos, afirmados sobre sus cuatro aletas de foca. Si hay lobos de mar, leones y elefantes, ¿por qué no han de haber caballos de mar?, dijo alguien.

El curanto se destapó con agitada ceremonia. Los hombres empezaron a quitar los tepes de tierra grumosa, humeante del vaho de los mariscos; las mujeres, los helechos y hojas de pangue, entre cuyas envolturas se habían cocido los chapaleles, el pescado y el cordero. Más abajo se abrían suculentos todos los mariscos de las islas para desconcharlos con destino a la fabrica de conservas de Calbuco.

Después de lo opípara comida uno extrajo de un saco harinero a manera de funda una pequeña acordeón, de la que arrancó valses y cuecas marineras. Yo me puse a bailar con Eulalia. Ésta no levantaba la vista, bailaba siempre con la cabeza gacha mirando fijamente al suelo, como si el piso no fuera tierra y buscara algo bajo la misteriosa profundidad. Ni una vez la vi mirar hacia el mar…

—Ayer usted anduvo perdiendo la cabeza —me dijo al día siguiente el contramaestre Barría, cuando navegábamos a la cuadra de la isla Nao, y agregó socarronamente—: No se quería venir por nada a bordo, hasta que yo le dije: ¡Mire, sino me hace caso yo le voy a pegar un remazo para terminar de atontarlo, lo amarro al borde de la chalana y lo traigo a nado a bordo, como se hace con los caballos mañosos!

Y los bigotes del contramaestre Barría se movían como los de una foca que se hubiera encontrado con un caballo marino.

Al fin de ese viaje dejé mi trabajo en la fábrica de conservas de Calbuco y me vine al norte. Regresé al sur algunos años después. En una ocasión al pasar a la cuadra de Rolecha pregunté por «la loca»; pero me dijeron que ya nadie la llamaba así. Se había casado, no

con un buzo, sino con un agricultor del mismo lugar; pero éste le había obligado a enterrar la calavera en el cementerio de Rolecha, por influencia del cura Müller. En cambio, también me informaron que le había hecho tres chicuelos.

(Agosto 1968)

El Albatros Alvarito

¿Ha visto cómo se tambalea un marinero borracho en tierra?

—Nunca me he mirado a mi mismo en ese estado…

—le respondí a don Pancho, mi tocayo de la ciudad de Castro.

Él es un hombre más joven que yo. Ambos hicimos guantes en otros tiempos en el «Caupolican Boxing Club», de Punta Arenas, bajo la dirección del negro Barrington, un ex campeón norteamericano que llegó con los restos de su fama a Magallanes en aquel entonces.

—Vamos hacer un poco de *footing* como en esos buenos tiempos, y atravesamos el río Cucao donde verá algo como un marinero en tierra…

—¡Vamos! —le dije— y salimos a caminar esa mañana de domingo.

En el mapa levantado por la comisión hidrográfica al mando del capitán de corbeta Roberto Maldonado en 1895, de tonos violáceos, amarillentos y azules, para configurar los relieves de fondos de aguas, veriles y alturas boscosas, los lagos de Huillinco, Cucao y su río homónimo que desemboca en el Pacífico, semejan en conjunto una guitarra con sus cordajes atravesada en la cintura más estrecha de la Isla Grande de Chiloé. Un sábado temprano los habíamos navegado en la lancha a vela y motor «Rosario del Carmen», al mando de su patrón Víctor Atlas, con paseantes castrenses que iban a pasar el fin de semana en esa costa occidental.

La angostura que une a los lagos Huillinco y Cucao es donde el viento ulula con más fuerza entre perfumados muermos, oscuros tepuales, cipreses y mañíos, por donde trepan las quilinejas, voquis y otras lianas parásitas en esta boca de la guitarra lacustre, donde las travesías en los madereros sonoros tamborilean cuecas chilotas como esta que empieza así:

«En la torre de Huillinco cayó la luna,
se hizo diez mil pedazos, muerte ninguna»…

En verdad la muerte no puede durar mucho entre esos frondosos barrancos donde las abejas silvestres liban todavía sus mieles de ulmo, y uno que otro alerce centenario o milenario levanta su monumento vegetal hasta las más altas cumbres. Con diez millas de andar y con la corriente a favor, pronto entramos por el mango de la guitarra, el río Cucao, que atraviesa grandes dunas hasta su desembocadura.

Allí fue donde al siguiente día nos dejó un balsero con su bote, en la ribera norte, entre matorrales de fucsias, lumas y arrayanes. Atravesándolos, llegamos a un claro de pampa donde se levanta una vieja casa de gruesa tablazón tinglada para resistir los temporales más despiadados del suroeste de Chiloé. El techo de tejuelas de alerce cubierto de musgos renovaba sonrisas verdes entre viejas muecas amarillentas. En el patio trasero de la casa nos recibió un gran pájaro blanco, de largo y curvado pico marfileño, con alas ribeteadas de añil en las remeras. Ojos de una profundidad sombría y tierna dando un toque fascinante a la belleza y albura del plumaje. No había visto ave marina más delicada y de tan flexible elegancia. Era un ejemplar del «Diomedea Exulans», el albatros más grande del más grande de los océanos, pues se alimenta de pececillos, sardinas, corvinillas y anchovetas, en largas singladuras que van desde nuestro Cabo de Hornos hasta las Galápagos ecuatorianas. Una especie de dios alado exuberante de la ubérrima corriente de Humboldt. Ojos redondos cuajados en blancura de espuma y nieve, brillaban como los frutos de la luma, el cauchao, una baya dulce de la cual mis coterráneos hacen una chicha noble que no embriaga. El albatros no estaba como marinero borracho.

Todo en él era hermoso y digno, hasta sus patas de escamosa piel anaranjada que terminaban en tridentes de largos y finos dedos que extendían sus membranas natatorias en abanicos transparentes, como si unieran al Sol con la profundidad oceánica. Sin embargo, una estaca de la misma luma, como si fuera del árbol del bien y del mal, aprisionaba su pata izquierda con una cadenilla de junquillo, con las que hacía sus canastos de pesca la abuela de René Nain, el cazador de trece años del albatros gigante.

—¿Cómo se lo trajo su nieto? —le preguntó mi tocayo cuando la veterana salió de su casa a nuestro encuentro.

—Renecito andaba pescando en su bote cuando lo vio, estaría

enfermo, no sé, quizás… Me dijo que cuando trató de volar lo pescó de un ala y lo metió dentro de su bote. Lo amarró de las patas de su bote. Lo amarró de las patas y me lo trajo. Lo cuidó y ahora lo está criando. Se encaprichó en criarlo porque otro le dijo que ese pajarraco no era más que un pollo. Lo midieron y vieron que tenía dos metros ochenta de largo de alas. El otro le dijo que un albatros verdadero tenia cuatro metros…

—¿Y no lo vende? Yo se lo compraba para llevárselo al Museo Regional de Castro —le propuso mi tocayo.

—¡Da más trabajo ese pájaro, cuesta mantenerlo, come tanto que no se llena nunca! No deja que se le acerquen las gallinas y menos el gallo que lo agarra a picotazos… ¡A ver, a ver, niño, tráiganle una chunga de corvinillas para que los caballeros vean cómo come ese condenao!…

La abuela Naín nos miraba con el brillo chispeante del oro que los Naínes y Chodiles aborígenes, por generaciones, han lavado en las playas de Cucao. Chispitas áureas entre el fierrillo de la arena negra que dejan el oleaje y sus resacas; chispitas de oro puro incrustadas en el corazón rocalloso entre conchas de molusco mineralizados desde la edad terciaria de las playas y cantiles de Cucao…

Otro nieto que estaba al aguaite dentro de la casa salió corriendo con uno de esos baldes de madera que se hacen cavando un grueso tronco de muermo o ulmo, que con el tiempo adquiere un color negro como de ébano. Corvinillas plateadas brincaban dentro del agua de mar.

—¿Tu eres René Naín?

—No; Renecito anda pescando en su bote… —intervino la veterana.

—¿No sabes tú si me vendería el albatros?

—No sé señor… mi abuelita es la que dispone aquí de todo. Esta vez mis ojos de chilote quemchino se midieron de igual a igual con los de la cucahuana. El albatros se agitó con voracidad estirando al máximo su cadena de junquillo estanqueada en la luma. El muchacho de la chunga tuvo que soltarla dando un paso atrás, temeroso de un picotazo. Luego con su misma elegancia y dignidad, el hermoso pájaro marino tomó delicadamente con la punta de su pico, en forma ganchuda de anzuelo, una de las plateadas

corvinillas y aprisionándola, empezó a darle vueltas acomodándola en sentido de que las escamas no pasaran rascándole la garganta y se la tragó de cabeza adentro. Sé de monarcas que han muerto en la historia de la aventura humana con una espina de pescado atravesada en la garganta, pero después de ver la habilidad con que un albatros gigante de nuestro Pacífico Sur se traga corvinillas de ríspidas escamas, atravesando ventiscas, nieves y tempestades, no creo que se atarante con un simple pez ni muera con una espina atravesada. Nos quedamos abismados y silenciosos mirando la forma en que el albatros seguía comiendo los peces de tamaño de una cuarta, achatados y saltarines, mientras la abuela Naín lo contemplaba sonriendo de medio lado y volvía sus chispitas fulgurantes hacia nuestro silencio, ubicada entre medio, en un espacio infinitesimal donde oscila lo racional con lo instintivo.

Sin hablarnos, proseguimos nuestra caminata por los senderos arenosos entre matorrales costeros que llevan a la desembocadura de otro lago profundo y emboscado, el Huelde. De regreso, el balsero nos cuenta que a veces René Naín echa de nuevo su albatros al bote, cuando los cardúmenes entran con la corriente del océano, y deja el pájaro sobre las aguas para que pesque solo; pero no le quita la estaca de luma que, como un ancla, lo ata a la superficie. Este último verano, nuevamente llegué hasta las playas de Cucao, viajando en la «Rosario del Carmen» con el secreto propósito de averiguar si René Naín había logrado medir un metro más en las alas de su albatros errante, o si la codicia de su abuela aurífera le había deparado otro destino. Me embarqué sólo con el botero hacia la misma orilla. Mientras bogaba, los remolinos de sus remos se me subían a la cabeza.

Cuando uno llega a viejo las palabras le entran por un oído y salen muy rápidas por el otro. Me había olvidado que la abuela Naín nos dijo que el albatros se llamaba Alvarito y que le había puesto ese nombre por otro nieto que había volado muy lejos, porque estaba en Punta Arenas, en la orilla del Estrecho de Magallanes…

Casualmente en este domingo que llegué a Cucao, otro domingo de otro febrero, me encontré con Soledad Oyarzún, joven amiga que me regaló una quijada de foca con un solo colmillo delantero. Le retribuí su obsequio con un ejemplar de mis *Conquistadores de la*

Antártida. Entre chilotes siempre damos y nos proponemos a charlar sobre lo que acabo de ver. Me dice que la osamenta es de un cachalote nuevo. Le digo que así será porque el ballenato de una ballena azul tiene siete metros. Me habla con orgullo y seguridad de su «Museo de Cucao» y que conoce todos los «animales del agua» que están allí. Guardo respetuoso silencio ante la nueva generación de «sabios». Tengo que apretar los dientes para no decirle que a la osamenta del cachalote le faltan todas las muelas de abajo que envainan los estuches córneos de arriba. Que más que un cachalote, me parece el hijo de una ballena blanca, de lomo gris perla, que mide un poco más que un cachalote, y que yo he ayudado a cazar al chilote Humberto Olavarría en medio de la corriente de Humboldt a cien millas de la costa. Él la llamaba «ballena franca o de aleta», por sus inmensos caudales que despliega sobre el horizonte cuando se hunde. Pero en Cucao todo puede ser… hasta Dios puede llamarse Cucao en sus tempestuosas playas, lagos y ríos, porque como dijo el obispo Berckeley hace doscientos años: «en la naturaleza existe parte de la divinidad». ¿Y quién la va a discutir más allá de Cucao? Entonces le espeto la pregunta:

—¿Y qué fue del albatros Alvarito de René Naín?

—René lo encontró en la playa con las alas malas —me replica textualmente, porque anoté en mi libreta sus palabras—: «Los Naín lo curaron y lo hicieron revivir. Oí decir que se lo llevaron a Castro o Santiago, no sé; pero habría sido lindo verlo aquí…»

—No importa —le digo—, por algo se empieza y cuiden su museo —pero le agrego maliciosamente—: ¡Imaginate cómo tendrán que agrandarlo cuando tengan allí una ballena azul que mide treinta metros!

Durante el balseo, el botero Gómez me cuenta que hace dos años llegaron esos grandes pájaros a la desembocadura del río Cucao, pero que no se les ha visto más. René Naín encontró su albatros Alvarito sin poder volar entre las rompientes y que ahora se fue a Punta Arenas para encontrarse con su hermano Álvaro.

Luego de contárselo a un veraneante de Castro, éste me informa que el albatros fue llevado a esa ciudad, capital de la provincia, y a otras partes; pero que se llenó de piojos y no quiso comer lo que le daban. Lo embalsamaron, pero lo dejaron en una bodega del Museo Regional de Castro, donde se encuentra actualmente sin ser

exhibido…

El albatros errante Alvarito no alcanzó a medir su envergadura de cuatro metros de alas oceánicas.

(Marzo de 1978)

Mito y Realidad de las Ballenas

Hay dos mitos que se confunden y nos confunden con la realidad y la fantasía de los hombres prehistóricos que no alcanzaron a dejar sus testimonios escritos; pero si el oral, recogido uno por el sacerdote Martín Gusinde en nuestra Tierra del Fuego, y el otro citado por Mircea Eliade en su clásica obra sobre «Mitología, ontología, historia».

En *Hombres Primitivos de la Tierra del Fuego* encontramos en la época del matriarcado durante los ritos de iniciación de los adolescentes para la vida adulta de las tribus, a Hálpen, una mujer de cuerpo informe, tan grande como una ballena, que habitaba debajo de la tierra, alimentándose de carne humana, devorando a todos los que se le acercaran. Era sensual, una fiera para hacer el amor. No se saciaba nunca. Agotaba la virilidad de todos los hombres que cogía, y luego los devoraba. Inermes, exhaustos, quedaban los que tenían relaciones con ella. Para saciar su hambre después de hacer el amor, la única manera de aplacarla, era entregarle grandes cantidades de carne de guanacos. Sólo entonces dejaba de perseguir a los hombres. El espíritu de Hálpen —según decían sus sacerdotisas— se manifestaba por un espantoso ruido. La tierra temblaba. Un fuego sulfuroso, hediondo, empezaba a lanzar chispas fuera del gigantesco toldo llamado «jaind». Era una misteriosa fuerza demoníaca incontrolable, un eje de herejías de la tierra.

Un día Kren, el sol, antepasado mítico de los indios onas, que entonces habitaba en la Tierra del Fuego con Kra, su mujer, la luna, descubrió que era una superchería de las mujeres comandadas por su propia esposa, y la agarró a tizonazos de tal manera que el cielo y la tierra temblaron. Kra huyó al cielo, y Kren, echándose su último guanaco a la espalda la siguió al firmamento. Desde entonces desaparece unos días; pero vuelve a asomar su perfil para observar a su marido, y cuando su cara está llena, como la panza del Hálpen, la subterránea, Kren también permanece con su piel de

guanaco dorado y blanco, observándola un rato antes de desaparecer.

He aquí el mito de Australia: Lumaluma, un gigante antropomorfo, que era al mismo tiempo una ballena, llegó a la costa y, dirigiéndose hacia el Oeste, se comió a cuantos hombres se encontró en su camino. Los supervivientes se preguntaban por qué disminuía su número. Se pusieron a espiar y descubrieron la playa de la ballena con el estómago lleno. Dada la alarma, se reunieron, y en la mañana siguiente atacaron a la ballena con lanzas. Le abrieron el vientre y sacaron los esqueletos. La ballena les dijo: «No me matéis y antes de mi muerte os mostraré todos los rituales iniciáticos que conozco». La ballena efectuó el ritual «ma raiin», mostrando a los hombres cómo hay que bailar y otras cosas más. «Hacemos esto —le dijo—, y vosotros hacéis esto: todo esto yo os lo doy y os muestro todo esto». Después de haberles enseñado, se retiró al mar, y les dijo: «No me llaméis mas Lumaluma, cambio de nombre. Me llamaréis "nauwulnauwul", porque actualmente vivo en el agua salada».

El gigante antropomorfo-ballena tragaba a los hombres para iniciarlos. Los hombres no lo sabían y la mataron, pero antes de «morir» (es decir, antes de cambiarse definitivamente en ballena), Lumaluma les reveló los rituales iniciáticos.

En la tribu australiana Karadjeri, los dos hermanos Bagadjimbiri corrieron una suerte similar. En los «Tiempos del sueño» emergieron del suelo bajo las formas de dingos, el perro salvaje de Australia, pero se convirtieron a continuación en dos gigantes humanos. Modificaron el paisaje y civilizaron a los Karadjeri, revelándoles los rituales iniciáticos. Pero un antepasado mítico los mató con una lanza. Resucitados por la leche de su madre, los Bagadjimbiri se transformaron en serpientes de agua, mientras que sus espíritus se elevaban al cielo y se convertían en lo que los europeos llaman «las nubes de Magallanes», desde que el descubridor de Chile por los pies, don Hernando de Magallanes, por estos días de noviembre de 1520, las observara con su telescopio desde el alcázar de su nave capitana.

Científicamente, se ha comprobado que son dos nebulosas gemelas, que se desplazan como gaseosas o polvo cósmico luminoso

en la proa austral de nuestra galaxia.

Nuestros indios onas que se escaparon del vientre de la ballena Hálpen, pero no así de su exterminio por los poderosos ganaderos, habían evolucionado en sus creencias míticas y religiosas hasta la certeza de que el espíritu de los onas iba a morar en «la isla blanca que esta dentro del cielo», conjeturo que podrían ser esas nubes o nebulosas de Magallanes que hasta hoy preocupan a los sabios y científicos que van descorriendo algunas puntas del infinito velo del universo.

Pero volvamos a poner los pies en la realidad de nuestra admirada y querida tierra valdiviana.

Yo conocí por primera vez estas playas en 1933 cuando fondeamos en el puerto de Corral con el buque escuela corbeta «General Baquedano». Una licencia de varios días me llevó de Corral a este puerto fluvial, y con el suboficial mecánico Burgos a visitar sus familiares en Osorno. De paso para nuestro buque, bailamos algunas cuecas en la calle Carampagne, que en ese tiempo estaba pavimentada a orillas del río con gruesos tablones que a la luz de la luna o de un farol de bote resonaban como cajas de guitarra con el zapateo. Recuerdo haber dejado empeñado mi impermeable azul marino por no haber pagado a tiempo una cueca larga sobre unos grandes ojos negros. Pero la corbeta zarpó al mar libre con su velamen desplegado que le daba un andar de más de diez millas con la corriente de Humboldt a su favor.

Hace dos años, cuando la factoría estaba en su apogeo, participé en una cacería de ballenas desde Quintay, a bordo del Indus II, al mando del capitán Humberto Olavarría, conterráneo de la Isla Grande de Chiloé, ya que nació en Chonchi, y desde los catorce años no abandonó las resbaladizas cubiertas de los balleneros.

Olavarría era comodoro de la flota. Tuve que esperar el arribo de su barco. Quintay, al sur de Valparaíso y del cerro Curauma, de más o menos 500 metros de altura, es una caleta resguardada de los vientos de travesía

—Demora más una dueña de casa en hacer una cazuela de gallina que nosotros en descuartizar una ballena y derretir el aceite en los cocinadores— me dice el contramaestre de la rampa Carlos Aravena, un hombre alto y corpulento.

Como un Neptuno, dirige con los gestos de su mano derecha las maniobras de los balleneros, y con su izquierda la faena de los trabajadores de tierra. Se remolcan las ballenas desde los barcos hasta el borde de la rampa. Allí la aprehende la «jaiba», artefacto de acero llamado vulgarmente así por las tenazas que cogen la cola del cetáceo. Un cable accionado por un winche la arrastra hasta el lugar donde sera destazada. Treinta y seis años trabaja en ballenas. Primero en la isla de Guafo, al sur de la isla grande de Chiloé. Después en Corral, lo que me trae la evocación de mi progenitor, Juan Coloane Muñoz, patrón de chalupa ballenera que cazara en arpón de mano en punta Calvario.

—Dicen que la pesca abunda cuando hay luna —me informa Aravena con humor—: no porque las ballenas sean lunáticas, sino que al aumentar las mareas, las jibias que comen los cachalotes y el hormiguillo o camarón que come la ballena de barba salen más hacia la costa y los grandes cetáceos se acercan en busca de su alimento.

A la mañana siguiente arriba el «Indus 8» con cuatro cachalotes a remolque abarloado, a dos por banda. Humberto Olavarría capitán del «Indus 11», en el que voy a embarcar con autorización especial de la Compañía Ballenera, ya ha comunicado por radio que navega lentamente con diez ballenas al remolque, desde el Norte. Aravena me calcula que llegaran por lo menos veinte ballenas.

Durante aquel día me dedico a observar el destazamiento e industrialización de los cetáceos, de los cuales, hasta los grandes dientes del cachalote serán exportados a Europa, especialmente a Alemania, donde se convertirán en finos marfiles de «elefantes».

Evaristo González es el de más edad entre los faenadores. En un descanso a la orilla de la rampa, charlamos sobre la forma en que se cazaban las ballenas en su juventud. Empezó también a trabajar en punta Calvario, al sur de Valdivia. La enseñanza del hombre de trabajo siempre es muy objetiva y práctica: Toma una astilla y dibuja un arpón entre la sangre de las ballenas mezclada a las arenas de Quintay. Materiales que hubiera envidiado Picasso para sus pinturas maestras, y que aprovechó nuestro Pablo Neruda para escribir sus grandioso poema «La Ballenera de Quintay». Yo apenas me arrastro entre sol, luna, sangre y arena, como un aprendiz de torero o ballenero prosaico.

—El arpón tenía un metro o dos, de acero, como una lanza con mango de más de dos metros— continua Evaristo González. No mataba a la ballena. Sólo la sujetaba. Había que darle muchos lanzazos para que muriera. Solamente cuando se le atravesaba los pulmones o el corazón moría vertiendo su gran chorro de sangre. Al principio trataba de desprenderse de la soga amarrada al arpón. La chalupa salía al remolque de la ballena. Había que maniobrar con los remos y la bayona para que no se revolcara y pasáramos todos a mejor vida. La chalupa se acercaba en el momento mas conveniente y a veces la mataba al primer lanzazo cuando era bien dado. Otras recibían hasta veinte y no morían. El carrete largaba hasta quinientos metros de línea cuando el animal se iba a las profundidades. Había que tener mucho cuidado al creer que había muerto, porque a veces volvía a salir y si daba un coletazo a la chalupa podía hacerla pedazos con nosotros adentro. Eso era nomás así. Cosa brava. En el ballenero «Tioga» llegábamos hasta la Antártica. En un temporal que nos pescó, naufragamos con todo el aceite de ballena que traíamos; pero nos salvamos en el «Fitz». Yo tenía veinte años por aquel entonces.

Mientras conversamos, la poderosa mano de otro hombre, manipula un cincel y una maza de madera desmolando una gigantesca quijada con más de treinta dientes de cachalote. La musculatura de aquel dentista playero no la emplearía para los arreglos de mis prótesis. Prefiero las delicadas manos de la doctora Mazardo, que me espera en Santiago…

En el «Indus 11» cazamos de las ballenas de barba, llamadas «finback». Tienen más de veinte metros de largo, y son las mas hermosas y veloces. Infladas con aire después de muertas semejan nacarados islotes flotantes, pues sus vientres son enteramente blancos, espejeantes, con repliegues que parecen los de grandes acordeones donde el viento marino modula sus canciones de olas, a pesar de la muerte muerta.

Esta sinfonía la oyó por última vez el capitán chilote Humberto Olavarría que falleció hace unos cuantos años de un ataque al corazón cuando regresaba en su buque después de arponear su ultima ballena.

Me parece verlo con su gorra azul y el sextante bajo la visera,

esa vez que cazamos nuestra ultima «finback» a cien millas de Quintay, en medio de la corriente de Humboldt. Bajó el sol hasta su propio horizonte, y nos dio la situación planetaria de su barco.

Su apellido chilote era de origen vasco, y hace poco, a mi paso por España, en este septiembre de 1979, compré una revista, *Historia y Vida*, donde me encuentro con un excelente articulo de J. M. Moreno Echeverría, sobre «Los balleneros vascos», que ya cazaban ballenas en el siglo XII.

Así lo testimonia el documento más antiguo existente, de fecha 13 de diciembre del año 1200, por Alfonso VIII, por el cual Motrico hacía donación anualmente de una ballena a Orden de Santiago. En Guetaria, a mediados del siglo XIII, la primera ballena que se capturase era para el Rey, o sea para el Estado.

Las embarcaciones que por entonces utilizaban los pescadores vascos eran pinazas grandes que podían llegar hasta Irlanda, con una tripulación de diez hombres. Las pequeñas que pescaban en el litoral cantábrico llevaban de 6 a 8, y las chalupas que no se alejaban de la costa 4 o 5 tripulantes.

Conscientes de los peligros que corrían, los pescadores no sólo eran religiosos, sino que supersticiosos. Los de Lequeito, por ejemplo, iban al convento de los Dominicos a pedir un pedacito del manto de la Virgen para coserlo en sus redes. Bendecían sus embarcaciones con agua bendita, había que recogerla mientras daban las doce campanadas en el reloj de la torre de la parroquia.

En cambio, los gallegos no pescaban ballenas. Estuve en Galicia una semana, y recorrí sus playas en lo que ellos llaman «Las Rías Baxas», desde Vigo hasta Villa Gaecía de Arosa. Entre los pescadores que conocí, y en la biblioteca de Pontevedra, que dirige una nuera de don Ramón del valle Inclán, no encontré mitos o leyendas sobre ballenas. La hermosura de estas «Rías Bajas» me hicieron comprender por qué a mi Chiloé natal le pusieron Nueva Galicia los españoles de nuestra época colonial. El mismo fenómeno geológico que formara nuestro archipiélago en la época terciaria, socavando fiordos andinos, dejando los glaciares sus morrenas en forma de islas con piedra de cancagua, sedimentación terciaria, y abriera nuestro canal de Chacao y las Bocas de Guafo, se observa en esa costa gallega donde dicen que hasta Julio César se dio el gusto de respirar el aire marino del Atlántico en el Cabo Finisterre.

Los vascos, como mi recordado amigo Humberto Olavarría, decidieron ir a buscar ballenas a Galicia, llegando a un curioso y poco conocido acuerdo con los gallegos, de arrendar puertos en la época en que las ballenas costeaban en busca de su comida. Se conocen algunos arrendamientos, como la ría de Camariñas, nombre proveniente posiblemente de los camaroncillos que gustan las de barba. En San Vicente de la Barquera talvez costeaban los cachalotes dentados tras los grandiosos pulpos; así como en Malpica y San Ciprián.

Joanes de Gorriarán, en 1612, arrendó el puerto de Uriambre para la caza de la ballena, por 25 ducados y una barrica de grasa al ano.

La leyenda de que los balleneros vascos habían descubierto Terranova cien años antes que Colón descubriera América llegó a extenderse; pero Ciriquiain Gaiztarro deshace el mito con objetividad concluyente dice Moreno Echeverría: «No hay que admitir verdades, por gratas que sean, si no resisten al más ligero análisis». El descubrimiento de Terranova es bastante nebuloso, y lo mas probable es que fuera descubierta por el portugués Gaspar de Corterreal el año de 1500. Incluso no se supo que era isla hasta que la circunnavegó en 1534 Cartier en toda su extensión.

Con motivo de un pleito se llega a la conclusión de que los primeros balleneros vascos tocaron Terranova entre 1526 y 1530, algo más de 30 años que Colón anclara en nuestro continente.

Sin embargo, todavía pueden verse tumbas con nombres vascos en el cementerio Placencia. En documentos de la época pueden leerse «Echaide-Portu», «Burca Andia», «Ochoa-Portu», etc. Como si los nombres puestos en las tumbas no sólo fuera un respeto para los muertos, sino una mayor para los vivos venideros.

Sus actividades se extendieron hasta Canadá, en la costa sur de la península de Labrador, donde se encontraron con aborígenes que habían amaestrado un perro de aguas lanudo que hasta hoy lleva el nombre de raza Labrador. Ayudaba a sus amos a sacar los peces de sus redes cuando los halaban. En nuestro Chiloé lo hacían los «aguateros», hombres especializados en tirar el halar de fibra de quilineja. Según la canadiense Selma Huxley, por el estrecho de Belle Isle pasaban todos los años cantidades de ballenas migratorias para entrar y salir del golfo de San Lorenzo. Hallazgos de tejas

ibéricas, entre otros documentos, han permitido conocer los rastros de esos balleneros. En barcos de 200 a 700 toneladas se puede calcular que la población flotante de Labrador era de unos 2000 vascos durante la temporada de la ballena.

De corsarios califica Felipe II en su Real Cédula de 23 de marzo de 1587, por la que ordenaba que los barcos que saliesen de Guipúzcoa para Terranova fuesen bien armados, «porque iban a aquellos mares corsarios ingleses y franceses». Los gupuzcoanos ya habían tomado sus medidas. Las naos grandes ya llevaban piezas de artillería, lombardas y culebrinas, picas y rodelas, como lo demuestra plásticamente un gran cuadro pintado por Backuysen, cuyo tema es «La pesca de la ballena», del Museo de Bellas Artes de Nancy. Allí flamean banderas holandesas y francesas en carabelas de siete y nueve cañones empotrados en portalones de obra muerta por banda, mientras los balleneros se disputan un cetáceo a arponazos, otras han caído al mar, y otros destazan una ballena en una estrecha plataforma como la que encontráramos en el archipiélago de Melchior, cuando viajamos en la primera expedición antártica del transporte «Angamos» capitaneado por el «duro» Rojas Parker.

Pero todo tiene su arreglo, menos la guerra y la muerte. Desde 1597 los ingleses empezaron a llevar arponeros vascos para la caza del cetáceo en Spitzberg, que los balleneros vascos llamaban «viaje a Noruega». En 1611, el barco «Jonas Poole», que llevaba 6 marineros vascos, capturó 13 ballenas. Los holandeses llevaban en cada pareja de barcos 12 marineros vascos, 3 contramaestres de chalupa y 6 trinchadores y desengrasadores. Desde 1620 se fueron abandonando las factorías del Labrador. Por el tratado de Utrecht, Terranova pasó a poder de Inglaterra en el siglo XVII. Los ingleses habían navegado mucho por aquellos mares empeñados en descubrir el famoso Paso del Noroeste, que les permitiese llegar por allí a la India y a la China. Fracasaron porque no existía el paso. Sus penalidades fueron tantas como las de las escuadras de Anson y Pizarro, que entre naufragios y salvatajes desde el Cabo de Hornos hasta las costas occidentales de nuestros archipiélagos no se dispararon un solo cañonazo entre si. Los elementos desatados de nuestra naturaleza permitieron que sólo volviera uno y otro con un único barco para contar el cuento a la corona británica y a la

española.

Textualmente Moreno Echeverría termina su narración: «Todavía en 1789 se creó la Real Compañía Marítima para la pesca de ballenas, bacalao, etc. Como no se podía ir a los mares del norte, se decidió ir al sur, a la Patagonia, que entonces pertenecía a España. Se enviaron dos fragatas y a finales de 1791 se habían capturado algo más de una docena de ballenas… Y así terminaron definitivamente las gloriosas gestas de los balleneros vascos. Cierto que de vez en cuando se capturaba alguna ballena, de las que se aventuraban por el litoral vasco. Una, incluso, en 1834, llegó a entrar en el mismo puerto de Pasajes. Pero eran casos excepcionales y se trataba, sin duda, de ballenas despistadas».

Ser o andar despistado no sólo es fatal para las ballenas sino también para los balleneros.

Si he traído este tema predilecto desde que escribí mi primera novela juvenil, «El último grumete de la Baquedano», hasta la de mi madurez, "«El camino de la ballena»", no es para promover mis libros, sino que, en el umbral de mis setenta, pido a los escritores jóvenes de nuestros mares del sur, que retomen el mito y la realidad sobre nuestro destino de tierra de balleneros, con mayor responsabilidad y talento que los míos. Sobre todo, porque estamos en el «Año Internacional del niño», que aún nace con siete metros de eslora entre los senos de su madre, a la cual debe confundir con una isla dentro del mar, por ser ella el mamífero más grande que se ha dado en todos los tiempos.

E] hijo de la ballena azul, que con la fuerza de su naturaleza, constituya un símbolo real para la preservación de la humanidad, que tanto lo necesita.

(Noviembre de 1979)

Mascarones de Año Nuevo en Isla Negra

«En Chile hace falta el partido de los sentidos», solía decirnos Pablo Neruda, refiriéndose a ese dicho común en nuestro pueblo: «estoy sentido con usted» o «le voy a cobrar sentimientos», cuando uno no ha saludado como corresponde a una persona en año nuevo.

En éste de 1977 al 78 lo pasé entre los mascarones de proa de los buques fantasmas de Pablo Neruda en su Isla Negra. Solo, con una soledad de piedra, con cierto remezón de jarcias en temporal cuando Matilde me dejó en esos entrepuentes, «porque la casa del poeta es como un barco». Después llegaron otras personas a bordo y todo cambió, como ocurre en los naufragios y salvatajes.

La cena de año nuevo se sirvió sobre una gran mesa redonda de «avellano eléctrico», que Pablo mandara a hacer en la época en que trajo desde Londres el mascarón de Henry Morgan, que representa en la piratería la genuina Sociedad de «Los Hermanos de la Costa». La escultura de madera está empotrada entre grandes piedras de la pared, con un gancho como para abarloar una ballena. Pesa toneladas, y el navío que lo llevó bajo el bauprés debe haber sido de cinco mástiles. Ciertas maderas se vuelven mas duras con el agua de mar. Una tabla de eucalipto se pone tan pesada como el fierro y el mascarón parece hecho de roble o teca. Asistí a la inauguración de Henry Morgan cuando Neruda lo trajo hace años. Él se sentó bajo su inclinación de 45.º. Matilde nos cuenta ahora que cierto día en que salieron de Isla Negra, cuando volvieron encontraron el mascarón caído en el suelo al que había roto las tablas. Ahora lo sostiene un grueso cable de acero y un garfio cementado entre graníticas piedras de bolones, como el que una vez encontramos bajo una ceja de hielo donde antiguos balleneros faenaban el cetáceo en el archipiélago de Melchior, en el Mar de Bellinghausen, de la Antártica que da al Pacifico. Matilde sigue sentándose bajo la efigie de Morgan. Éste tenía gran admiración por Francisco Drake, el corsario cuyo «Paso» continua uniendo al Atlántico con el Pacífico. Nuestro albatros gigante, el «diomedeas exulans», vuela asimismo

con sus singladuras de cuarenta leguas uniendo a los dos más grandes mares.

Haciendo Historia

Henry Morgan nació en Glamorganshire. De su llegada al Caribe, dice el historiador Antonio Martin en su obra *Piratas del Pacifico*, profesor adjunto de la Universidad de Sevilla, no hay más noticias que la de haber sido raptado de niño en Bristol y vendido para servir en las plantaciones de Barbados. Cuando ascendió a Almirante demandó al editor que le había atribuido ese origen. Ganó el juicio, le dieron excusas y doscientas libras esterlinas. Pero la versión de la venta del pequeño Morgan, según el historiador sevillano, tiene una variante, al futuro pirata y almirante lo vendieron sus propios padres. Lo que sí consta y nadie lo discute es que su extraordinaria vida de hombre de mar empieza en la isla de la Tortuga, y sus proezas de saqueo, matanzas, incendios y bombardeos de ciudades de Costa Rica, Honduras, Granada, Portobelo, hasta culminar con la toma y destrucción de Panamá.

Dignas de recordar son las maneras de pelear entre ingleses y españoles por este Nuevo Mundo que nos dio Colón. El 8 de abril de 1666, Mansfield y Morgan, con 650 expedicionarios, atraviesan a nado el Reventazón, deteniendo a todos los pobladores que encontraban en su avance a Costa Rica; pero el indio Esteban Yapiri consiguió evadirse informando del hecho a Fray Juan de Luna. El religioso comunicóse con el gobernador Juan López de la Flor, quien dispuso el alistamiento de 300 milicianos. Mansfield y Morgan acamparon en el poblado indígena de Turrialba, donde, sorprendidos por un centenar de arcabuceros que enviara el gobernador español desde su guarnición de Quebrada Honda, apresaron a doce piratas y los demás se volvieron a sus naves. Pero en ese mismo año Mansfield y Morgan vuelven contra Curazao. Después de conquistar Santa Clara sufren nueva derrota. Preso y muerto Mansfield, los bucaneros eligieron a Morgan como a su nuevo Almirante. El destino acababa de decidir la suerte de un hombre y la de varias ciudades españolas, sobre todo la de Panamá.

«Desde el Aire Panamá» es un poema de otro español, Rafael Alberti, que relata piraterías contemporáneas; pero el pirata Morgan, el de Salgari y el nuestro, nos demuestra que fueron los hombres de mar los que empezaron a hacer la historia del Nuevo Mundo. Cuando quedó como gobernador interino en Jamaica, con el título honorifico de caballero, persiguió a sus antiguos camaradas de fechorías con ensañamiento y crueldad. «Pero al traicionar a sus antiguos compañeros —dice textualmente el historiador Martin— traicionó también a su destino. El paso de la anarquía a la legalidad no le dio acceso a la admiración y los honores, entre ellos la dignidad de Par, a que aspiraba. Su vida quedó inconclusa: anarquista a medias y a medias gentil-hombre, no terminó ni en el patíbulo, ni en el tormento de la rueda, ni en la paja húmeda de la Torre de Londres: falleció tranquilamente en su lecho de Jamaica en el mes de agosto de 1668.

El Rostro de Jenny

Cenamos cinco personas esa noche del 77 al 78 bajo los grandes bigotes de Henry Morgan, que pudo haber aplastado a un Neruda con su peso. Su rostro esculpido semeja mas el retrato del dueño de una gran carnicería que el de un romántico marino dominando las olas; pero en la pared del frente se levanta el dulce rostro de porcelana de Jenny Lynn, una famosa cantante, acorsetada de negro, que navegó bajo otro bauprés en la época en que un artista esculpió su mascaron. Cuando los circundantes nos dimos el abrazo de año nuevo en torno de la mesa de avellano, di una mirada eléctrica al rostro de Jenny y sus ojos de ágatas se alegraron, esbozando una sonrisa como la de la Gioconda, que contemplada, según la luz, sus finos labios van retorciendo una sonrisa de izquierda a derecha, semejante a los bigotes del pirata Morgan. Es posible que nunca se hayan encontrado esos antiguos veleros en alta mar; pero ahora estaban sobre las rocas de Isla Negra matrimoniados morganáticamente por el eterno navegante de esta isla, que no es isla ni es negra. Las grandes marejadas del Pacifico que allí resuenan, cortaron en otra época una piedra de basalto

entre las de granito y cuarzo, dejándola aislada de la costa. De cumbre plana y oscura, en sus cantiles las matas de cochayuyo semejan circunvoluciones de gran cerebro azotado por tempestades contra las piedras. En los atardeceres, a veces asoma un rayo verde cuando el sol se esconde en el horizonte. Al empezar a hundirse el astro adquiere formas y colores chinescos. O bien semeja un témpano radiante, montaña de música y color que va diluyéndose hasta dejarnos sus resplandores y resonancias. Casi siempre sobre esta pequeña isla negra planea algún albatros cuando llega el ala de la noche. A veces, es nuestro blanco y gigante hijo del Pacifico, cuya envergadura de alas alcanza hasta cuatro metros. Es la más noble y pura de las aves marinas. Se alimenta generalmente de sardinas y corvinillas; pero otras veces el que planea es nuestro «pájaro carnero», que llamamos los chilotes. Su plumaje es pardo oscuro, que se mimetiza con la tarde y con la noche. Tiene pico corvo y acerado. Cuando encuentra algún náufrago errante le picotea la mollera succionándole los sesos, su manjar predilecto. Cuando se reúnen por millares en bandadas, sus graznidos semejan el de una multitud ululante.

Museo Único

Los mascarones de proa de Isla Negra se balancean entre jarcias y eslabones negros y blancos. Allí está, por ejemplo, un gigantesco indio norteamericano que hace recordar al Queequeg de *La Ballena Blanca*, la novela de Melville. De cuerpo entero, como el Caupolicán que está sobre nuestro cerro Santa Lucia, en vez de doblar una pica con sus biceps empuña un hermoso arpón de chonta, madera veteada de ébano y marfil, con finas estrías negras y blancas. Madera que por desgracia está casi extinguida en Juan Fernández, nuestra isla, donde vivió realmente Robinson Crusoe.

La estiba de docenas de mascarones de proa y barcos de diferentes tamaños y formas hacen de Isla Negra un museo único en el mundo. Pablo Neruda los conservaba en su memoria, y «en mi corazón lleno de barcos», como dice en un poema. Las verdaderas historias y leyendas que fosforecen tras sus estelas nos aplastan

como la «Elegía a una estatua de proa», recogida en las arenas del Estrecho de Magallanes. Yo tomé estas notas en un cuaderno escolar en la torre de piedra redonda techada de tablones de pino al natural, sostenidos por cinco gruesas vigas de eucaliptos. En vida del poeta, me hacia alojarme en esa especie de faro o minarete enclavado sobre el cantil de su Isla Negra. Su viuda me honró con la misma tradición. Un ventanal circular da al Pacifico y sobre la cúpula un pez nerudiano dentro de una esfera armilar otea los cuatro vientos; pero generalmente está con su cola hacia la cordillera de los Andes y con su trompa apuntando a los cuadrantes del Oeste Infinito, de donde saltan sorpresivamente los vientos de Sur a Norte, y los contrarios, que vienen a converger como si trajeran el espíritu del poeta para que continúe en sus navegaciones silenciosas con su flota de navíos de alto bordo, bergantines y goletas y una que otra chilota, de panzudas cuadernas, para almacenar robalos ahumados, cholgas, almejas, navajuelas, piures y choros zapatos, y algunas ostras verdes en media caña de vino marinero. Una de ellas cuelga bajo el puente que lleva a la torre. De obra viva roja, obra muerta verdosa y regada de albatros blanco, me recuerda la infancia de mi archipiélago. Lleva vela mayor, trinquetilla y foque, navegando «del aire al aire», semejante a las iglesias isleñas de alerce, o capillas de mañío, donde siempre se escucha el rumor del mar como los pasos de alguien que nunca llega. Sobre un grueso tronco a manera de plinto se encorva un dios del mar griego, y en la trompa de la locomotora verdinegra del jardín, espera un atado de cochayuyo que han cuajado su fotosíntesis en miradas que me hacen volver atrás. En la viga de la plataforma leo en grandes letras pirograbadas por la mano de Pablo: «Regresé de mis viajes. Navegué construyendo la alegría». 1958. P. N. La primera letra se incrusta como un mástil con su bandera sobre el barranco de mar de la segunda.

(Enero de 1977)

Segunda Parte:

En Tierras Ajenas

En las Mesetas del Asia Central

Bujará y Samarcanda

Las mesetas del Asia Central…, nombre lleno de sugestión desde que escuché la música del compositor ruso Borodín «En las mesetas del Asia Central», una música como lenguas extendidas sobre horizontes infinitos, o gravitar cósmico del sol en llanuras de inmensidad angustiante. Después supe que Ptolomeo llamaba a los pueblos desconocidos y primitivos que habitaban en esas llanuras con el solo nombre de «los pueblos que están detrás del monte Imaus». Y nada más. En aquella época lejana no se sabía más de lo que allí había. Bertrand Russell tiene una teoría: que cuando se desecaron los desiertos del Asia Central la mayoría de los pueblos que allí habitaban se desplazaron por los cuatro puntos cardinales de la tierra. Algunas veces pienso que algunas gotas de ellos debieron cruzar por el istmo de Behering y se vinieron a aconchar en los rostros de los araucanos, cuyos pómulos y tez cobriza, vozarrón y dotes oratorias me hacen recordar a los uzbekos, uno de los pocos pueblos autóctonos que permanecieron en el Asia Central y de cuyo origen nadie sabe nada.

Por eso, cuando en la Unión de Escritores de Moscú me preguntaron que parte de la Unión Soviética quería conocer, contesté inmediatamente «Samarcanda y Bujará».

Volamos de Moscú a Tashkent, la capital de Uzbekistán, una de las repúblicas socialistas que componen el conglomerado de la Unión Soviética. En los alrededores de Moscú había lluvia, algo de nieve aún mezclada al barro, y árboles sin hojas, aunque la primavera ya estaba encima. En un Iliuchin 18, de cuatro motores pusimos cuatro horas y cincuenta minutos de Moscú a Tashkent, a donde llegamos a las cuatro y cuarto; pero en la capital uzbeka eran las 7 y cuarto, pues hay tres horas de diferencia. Así es la Unión Soviética, en su inmenso territorio no se pone el sol, pues cuando en

Vladivostok amanece, en el Pacifico, al otro extremo del oeste esta anocheciendo.

En Tashkent también la primavera había estallado con los árboles cubiertos de retoños, tenues bozos verdes de sus hojas como esos que asoman en los labios de los adolescentes cuando empiezan a ser hombres. Viajamos con Elina, nuestra intérprete, una mujer rubia, de ojos claros y con esa macicez que caracteriza a la mayoría de las rusas. El otoño todavía no se había dejado caer en su belleza.

Hacía un año, el 26 de abril de 1966, un terremoto de
7 ½
grados había asolado la región. El epicentro fue esta misma ciudad de Tashkent, donde a pesar de los derrumbes de casas sólo murieron 5 o 6 personas. El informante de la Unión de Escritores Uzbekos, que nos recibe, el escritor Ramz Babján, un hombre alto y moreno, de unos cuarenta años, nos relata que aproximadamente el 40 % de la población quedo sin casas. Tashkent tiene un poco más de un millón de habitantes. Pero junto con el terremoto, ocurrió el milagro de la solidaridad de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: todas concurrieron en ayuda de la hermana damnificada, y, como una tarea ante la celebración del aniversario patrio, antes del 7 de Noviembre había desaparecido la ultima carpa donde se alojaban los que habían perdido sus casas. Pero yo vi una carpa, una gran carpa verde apuntalada con dos grandes mástiles, se levantaba detrás del hotel en que me hospedé. Esta carpa había sido regalada por Moscú para el circo uzbeko, cuya función, por supuesto, no me perdí. En otras partes de la ciudad se levantaban grandes edificios recién construidos y otros construyéndose aún. En sus frontis se veían letreros que informaban que ese edificio o población se había levantado por la solidaridad de la República de Ucrania, Arzebajana o Georgia. Así como en la guerra patria, en la construcción del socialismo, en la catástrofe de los elementos naturales, la gran fuerza solidaria de los pueblos de la Unión Soviética se manifestaba objetivamente en restañar las heridas del terremoto de 1966.

La hospitalidad, la solidaridad, es una característica del pueblo uzbeko. Hay una película uzbeka, titulada *Tu no eres un huérfano*, cuyo argumento esta basado en un hecho real: Después de la última guerra contra los nazis, un herrero casado y con un solo hijo,

albergó en su casa a 14 niños de diferentes nacionalidades cuyos padres habían muerto a consecuencia de la guerra. Los criaron y los educaron, claro que en las condiciones sociales de la Unión Soviética donde materialmente nadie es un huérfano. Hoy, esos niños son médicos, ingenieros, profesores, obreros técnicos, etc. Aunque su mujer había tenido un solo niño, fue condecorada como «la madre heroica».

Después del terremoto un anciano cuya casa era grande y quedó intacta, llevó a más de diez niñas y las condicionó para que siguieran sus estudios. Y no fue un caso aislado de solidaridad humana de este pueblo autóctono de Asia Central cuyas fronteras colindan con Afganistán, Pakistán, India, y dentro de la Unión Soviética con Turkmenia, Kazajtán, y Tadzhikia, y cuya población es de 9 700 000.

El uzbeko antiguo viste generalmente una bata azul y un gorro negro con flores blancas, bordadas. En el hotel vimos a una mujer con su traje típico: una bata de colores blanco, negro y verde, con grecas que hacían recordar a nuestro poncho araucano, pañuelo de azul intenso a la cabeza, con flores rojas, blusa verde y una chaqueta beige. Aquellos colores eran una extraña alegría para la vista, para mí con una reminiscencia infantil profundamente humana y popular. En su pecho se destacaba refulgiendo la medalla de oro de la condecoración de héroe del trabajo. Esto es lo más notable en Uzbekistán: el pueblo, obreros y campesinos por todas partes, en los mejores hoteles, con una dignidad serena, como si fueran dueños del hotel, sin inhibiciones, pero al mismo tiempo sin prepotencia. En realidad se respira en la atmósfera una igualdad de costumbres y confort que sorprende a los que hemos sido criados en una sociedad con clases.

Pero, a pesar de que Tashkent me atraía profundamente, mi cabeza volaba hacia Bujará y Samarcanda. Por fin despegamos al mediodía del día subsiguiente, a las 11.55 rumbo a Bujará, en un avión de dos motores, con campesinos, sus mujeres y niños a bordo. En la Unión Soviética el pueblo toma los aviones como nosotros los autobuses. A través de la ruta divisamos tramos de prados, siembras, y grandes trechos áridos de un amarillo ocre. Volábamos sobre las mesetas del Asia Central… nuestra emoción subjetiva, Borodín, Ptolomeo, Bertrand Russell, la emigración de las razas que

poblaron el mundo, era más fuerte que la de la realidad… A alguien le oí decir en una ocasión que el amor era imaginación y deseo… Allí estaba volando sobre una tierra que había imaginado tanto y que posiblemente ahora, tal vez, pudiera amar en la realidad…

Aterrizamos a la una y cinco en un aeródromo rodeado de tierra gredosa, con matices ocres y grisáceos, a lo lejos con blancuras como salitrales; pero al entrar a la ciudad surgió en mi memoria los exteriores de una película vista hace muchos años, *El Burlador de Bockara*. Pregunté por ella y Slava, un hombre ruso, alto y rubio que nos fue a buscar en auto, también la había visto. Exactamente era una película hecha en Bujará, cuya traducción al castellano se hizo por «bockhara». Incluso después me mostró hasta los lugares en que había sido filmada. ¿Cuando iba a soñarme que algún día iba ver los lugares de una película vista en años de juventud? Milagros del tiempo, y también milagro del gran arte que es el cine, cuya misión universal debiera ser no sólo el cine por el cine o el drama psicológico interno sino darnos a conocer la naturaleza de los paisajes y el alma de los hombres que los habitan. Tengo que agradecer a la Unión de Escritores Soviéticos el haberme dado esta oportunidad, y a los creadores de esa vieja película, el haberme anticipado una realidad que dormía en mi memoria. Allí supe que el cuento estaba basado en un personaje popular del folklore antiguo. Cuando después vi a los uzbekos entrando por las calles en sus pequeños burros, no pude menos que sacudirme de emoción al ver al «burlador de bockhara»", entrando en su burrillo gris, gordo y resplandeciendo como un Sancho Panza, burlando a la muerte y a la vida, con todo sus avatares. El personaje es conocido por el pueblo como Jodja Nazredin, y es universalmente conocido en la URSS por sus ingeniosas bromas y chistes.

En Bujará me recibió y atendió el poeta y presidente de la Unión de Escritores local, Tashpolat Jamida, es también dramaturgo. Un hombre de regular estatura, moreno, de cabello negro y ondulado. La traducción se hacía del uzbeco al ruso y del ruso al castellano a través de Lazis Kayumov, un crítico literario que me había acompañado desde Tashkent, y Elina, que hablaba perfectamente el español.

Con Jamida nos contamos mutuamente anécdotas pintorescas de nuestros mutuos terremotos. Yo le conté el caso del terremoto de

Chillan a donde llegué al otro día del sismo: un hombre que arrancó en ropas menores se había escondido en un subterráneo donde había un depósito de licores. Parece que se trataba de un hotel. Allí encontró un traje de arlequín usado en algún baile de disfraces. Se vistió con él, y también se emborracho. Al día siguiente salió a las calles vestido de arlequín y borracho. El pueblo, creyendo, que se burlaba, lo apedreó, y creo que lo llevaron preso. También le conté lo del buzo de la bahía de Ancud en nuestro último maremoto: estaba pescando ostras en el fondo del mar y la gran ola lo arrastró mar afuera y luego lo depositó en la copa de un árbol. Buen tema para un pintor surrealista: el buzo colgando de la rama de un árbol, pero por suerte, vivo.

Jamida me dijo que en el día del terremoto de Tashkent había una fiesta de la literatura bielorusa, y allí los forasteros preguntaron por qué las casas de Tashkent eran sólo de uno o dos pisos. Les contestaron que porque había temblores. Preguntaron cómo era un temblor, y la noche les contestó con uno del grado
7 ½.
En los diarios salían avisos como éste: «permuto departamento de 3 piezas por una carpa». La calle de las carpas le llamaban «la calle alegre».

Bujará es una ciudad de casas blancas, de adobe y cemento, generalmente de un piso, con calles estrechas y polvorientas. A medida que la recorremos en automóvil, Slava, me va dando algunos pormenores de ella y también «por mayores», pues Bujará tiene una historia milenaria.

En efecto, las primeras menciones históricas de ella se remontan al siglo II a. C. Le llamaban «el sitio malo», porque era un lugar de pantanos donde no se podía casi vivir. Sin embargo, en este lugar se unían la mayor parte de los caminos que seguían las caravanas de camellos que transportaban productos y mercaderías de una a otra parte en las mesetas de Asia. La religión islámica, que hoy todavía impera, llegó en el año 709; pero antes existió allí el budismo y aún la antiquísima religión de Zoroastro. También la de los hebreos de Persia y de cristianos de Grecia.

Bujará, que en la antigüedad tenía unos 11 000 habitantes, tuvo periodos de florecimiento y de decadencia, a medida que pasaban las dinastías o las invasiones como la de Gengis Khan, el

conquistador mongol que casi no hubo lugar del mundo antiguo que no cayera bajo su bárbara influencia.

Mientras vamos dando barquinazos en los baches de las calles, trato de tomar nota de lo que Slava, desde el volante me comunica a retazos. Retazos que son traducidos al ruso y luego Elina me los pasa al castellano. Hoy, cuando abro la libreta de apuntes sólo veo a trechos unos garabatos incomprensibles. Mi memoria no ha podido retener tanto dato disperso. Podría buscar en una enciclopedia la historia de la ciudad, pero no es lo mismo… Así es el trabajo del escritor y periodista, y así también debe ser seguramente el de un mal charlista. Perdonadme sino les he traído una cosa mas juiciosa y completa. Ustedes completaran su juicio o a lo mejor ya lo tienen completo con su propia información y estudio. Es tan hermoso viajar, pero después al narrar lo visto, más de la mitad del paisaje, de la vida y de las emociones se nos ha quedado adentro.

En el siglo XVI una muralla de 12 kms circundaba a la ciudad, que tenía 11 puertas, por donde entraban y salían las caravanas hacia diferentes puntos. La muralla hoy casi no existe, sólo a trechos se levantan sus ruinas, y una puerta, sí, ha quedado intacta.

Entramos a un palacio que fue residencia del emir Seid Alim Jan, último representante de la dinastía Manguid, que gobernó desde la mitad del siglo XVIII hasta el siglo XX. En la sala principal cada columna tiene su propio decorado de grecas blancas sobre fondo de espejo. No hay una sola columna que lo repita. En las vitrinas se exponen adornos y collares de piedras preciosas y metales esmaltados. Una alfombra de color azul se refleja en el espejo que cubre todo el cielo raso y sus dibujos reflejados dan la impresión de un cielo estrellado. Al encender una lampara colgante la ilusión se hace más mágica, y nos viene a la memoria «Las Mil y una Noche», los cuentos de Sherezada, que debemos confesar que no hemos leído…

En otra sala vemos los aperos de los caballos cubiertos con piedras preciosas, oro y plata, que dan la medida del boato de los emires. La faja de la estafeta del correo del Emir, con una bolsa que era entregada a otro estafeta cada 20 km. Un plato con grabado en letras uzbekas que dicen que «fue hecho en la ciudad santa de Bujará en el siglo XIV». Cofre de maravillosa orfebrería. Otro de la India ordenado hacer a artesanos de Tula por Catalina II. Grandes

platos de mármol negro y jaspeado. La sala del ajedrez con mesas para jugar. El comedor con cúpula y paredes de colores que el Emir cambiaba con las cuatro estaciones del año. Un refrigerador de la época, con depósito para poner el hielo arriba y un sifón por donde se escurría el agua helada. Tapices y alfombras de Bujará. Cuando Marco Polo llegó a esta ciudad, en su famoso viaje hasta la China, le fue regalada una de las batas recamadas que se exponen.

Marco Polo devolvió después el presente recordando en su libro inmortal que «Bujará es la majestad inmortal y una flor de piedra en el desierto». La poesía de la historia se enmascara en todos esos dibujos y grabados que sobre espejos decoran columnas y paredes. Poco a poco el palacio del Emir de Bujará nos va transportando a una época de ensueño y fantasía… En un cobertizo, grandes tambores esperan para anunciar las grandes noticias de la realeza, el nacimiento de un heredero, la muerte de otro o el ajusticiamiento de un condenado. Entre los jarrones chinos y japoneses nos llama la atención uno chino que tiene decorada la cruz swástica, que no tiene nada que ver con el macabro símbolo de las huestes de Hitler, pues se trata de una cruz que viene desde el fondo del Asia y de los siglos.

Me cuentan que el último Emir de Bujará tenía 4 mujeres legítimas y 40 amantes (algo más que las *27 mujeres en mi vida* de Carlos Prendez Saldías)

Salimos al gran parque que circunda el palacio del ultimo Emir. Es un día de sol capitoso y la primavera desde plantas y árboles retoñando despide una atmósfera de joven sensualidad. Gritos de pavos reales, cuervos y pajarillos, entre ellos una especie de tordo azul tornasolado, llamado «maina», que aprende a hablar, llenan los ámbitos del parque, hoy convertido en paseo para el pueblo. Por una escalera subimos a un kiosco alto de donde se domina una gran piscina que, como un pequeño lago, queda al frente de las habitaciones privadas de las mujeres del Emir. Mientras ellas se bañaban en la piscina con suficientes proporciones para albergar a las cuarenta, él desde el kiosco, sentado en una especie de trono, las contemplaba desnudas, mientras comía «shaslick», una especie de anticucho, y cuando satisfacía su apetito material, tomando al final té verde, echaba una manzana al lago y todas las mujeres trataban de coger la manzana, y la que lograba cogerla tenia el privilegio de

pasar la noche con el Emir. Algunas veces, al ver que todas se peleaban por coger la manzana, no le gustaba el alboroto, y, enojado, se marchaba sin elegir a ninguna… Esto me lo contaron allá en Bujará, junto a la piscina del Emir… No lo he arreglado yo…

Se dice que este último Emir, Seid Alim Jan, de la dinastía Manguid, fue muy sensual: en cada aldea tenía destinada una vieja encargada de elegir a las mas bellas de las muchachas para incrementar su serrallo. Cuando una vieja daba la noticia de haber encontrado una, él echaba del serrallo a la que ya le había hastiado.

En un pabellón del palacio hay un patio con numerosas casetas que eran ocupadas por los cobradores de impuesto (especie de oficinas de impuestos internos del emirato). Allí llegaban todos los súbditos de su jurisdicción que abarcaba no sólo Bujará sino hasta lo que hoy es Tadzjistan a pagar los impuestos que consistían en ochenta variedades para todo tipo de trabajo y producción. La renta personal de Emir era de 30 millones de rublos oro anuales. Él era príncipe, «beck» en lengua uzbeka, estudió en la Academia Militar de San Petersburgo en la época zarista y gobernó su emirato desde 1911 a 1920, cuando llegó el socialismo.

El socialismo… palabra ingrata para algunos que tienen que perder cosas tan agradables para sus instintos desorbitados. El colonialismo zarista permitía los desmanes de esta clase de gobernantes en sus colonias, así como otros imperialismos permiten en la actualidad otros tipos de tiranía y vasallaje.

Las autoridades zaristas en su época convirtieron a estos pueblos, bajo la denominación genérica de Turkestán en colonias privadas de derechos, que le reportaba pingües beneficios.

La incorporación a la Rusia zarista desempeñó un doble papel —dice el escritor soviético Nicolai Mijailov— Por un lado, los pueblos del Asia Central se encontraron bajo el yugo no sólo de los kanes, emires y beys, sino también del zarismo y la burguesía rusa. Sin embargo, de otra parte, la Arcaica Asia Central, a partir de entonces, se sumó al desenvolvimiento social y económico de Rusia, que era muy atrasada, pero que se hallaba en un peldaño incomparablemente superior de desarrollo.

«Después de la Revolución de Octubre de 1917, el Asia Central, tras abandonar el *status* colonial, saltó en un plazo muy corto del régimen feudal gentilicio al progreso, al socialismo. Lo mas

interesante reside en su impetuosa transformación. El grueso de la población nativa del Asia Central esta constituida por uzbekos, tadzhikos, kirguises, turkmenos, karakalpakos y una parte de kazajos. Todos estos pueblos carecían de derechos y de organización estatal nacional bajo el zarismo. No sólo les agobiaba el ejército y la policía, sino también las fronteras administrativas. Las autoridades zaristas desmembraban premeditadamente las regiones nacionales y económicas, para dominarlas con mayor facilidad.

»Así los pueblos fueron divididos o mezclados de manera intencionada. El zarismo estimulaba la hostilidad nacional con arreglo al viejo principio de los colonizadores: "divide y vencerás".

»Ahora en el Asia Central existen cuatro repúblicas federadas soviéticas soberanas que forman parte voluntariamente de la URSS. Ellas son Uzbekia o Uzbekistan, Turkmenia, Tadzhikia y Kirguizia».

Pero continuemos nuestra gira por Bujará: En el siglo VII Bujará ya es musulmana y hoy existen 5 mezquitas, una escuela religiosa musulmana y una sinagoga. Me cuentan que durante el gobierno de los Emires, los judíos debían llevar una cuerda en vez de un cinturón sobre la túnica para que la gente viera que por la calle iba un hebreo, el que no debía mezclarse con otras gentes. No tenían derechos ciudadanos. Ningún musulmán convidaba a un judío a su casa, menos a una fiesta. Eran desdeñados y no les daban trabajo. Fue una discriminación muy cruel y generalizada, que duró lo que duró el último Emir, hasta 1920, cuando llegó el socialismo.

En una loma que se levanta en el centro de Bujará, visitamos una especie de fortaleza aún bien conservada donde estaba la cárcel del Emir. Fue construida en el siglo XVIII, durante la dinastía Manguid cuyo símbolo de poder era el látigo. En esta cárcel no se daba comida a los presos, quienes debían sustentarse de algún pariente y de la caridad de la población. Asimismo permanecían allí hasta que alguien pagaba un rescate. Al mismo tiempo que oprimía a sus siervos el Emir comerciaba con su desgracia.

La visita de esta cárcel feudal nos dejó una impresión entre macabra y grotesca por su curiosa presentación, pues hoy esta convertida en un museo: A la entrada, está la sala del Jefe de la Cárcel, que lo representa un monigote de tamaño natural. Es un hombre barbudo que está sentado y fuma en un narguil, mientras otro mono representa a un guardia al lado. Viste una larga túnica

roja.

A esta cárcel también iban a parar los que no pagaban los ochenta impuestos que el Emir había establecido. Como asimismo se cuenta el caso de un historiador que recibió allí 75 latigazos por contar algo de la dura realidad de su medio.

En el fondo de una especie de pozo avistamos una celda con 19 presidiarios, de rostros cenicientos, demacrados, vestidos de harapos. Son monos de yeso que en diferentes actitudes muestran lo que hacían los presos: cerámicas, zapatos, jaula para pájaros con que devolvían la comida que les llevaban. En otra celda hay diez encadenados por el cuello, las manos y los pies. Eran los que no pagaban sus impuestos a tiempo. Son fantasmas trágicos de un pasado trágico, pero sus rostros de yeso, sus crenchas, sus manos y pies encadenados, sus vestimentas blancas, de tocuyo harapiento, les da algo grotesco, de grandes monos de trapo, como los juguetes de algún niño monstruoso. No otra cosa eran estos Emires caprichosos, con sus cuarenta mujeres, sus comidas y placeres, mientras esclavizaban y atormentaban a sus pueblos en beneficio propio. ¿Es acaso un símbolo de un pasado totalmente desterrado de la faz de la tierra? Me parece que no. A pesar de su primitivismo cruel y grotesco, donde el hombre es convertido en un guiñapo, creemos que es también un símbolo genérico de la explotación del hombre por el hombre, que del feudalismo pasó con nuevas formas al capitalismo, cuyas crisis, guerras, desocupados y hambrientos son la pústula de un régimen social marcado fatalmente por el destino histórico para desaparecer y dar forma a nuevas formas más humanas de trabajo y bienestar social. Esta cárcel de Bujará nos hace pensar en todo ésto, mientras afuera, en un pasillo, nos encontramos con hombres barbudos que también visitan su pasado con curiosidad.

«El hoyo de la muerte» es un agujero estrecho, profundo, que tiene la forma de una botella encajada en la tierra. Estrecho arriba y abajo mas ancho. En el fondo se ven dos grotescos monos encadenados. Este hoyo era para los condenados a muerte.

—Aquí, en este hoyo de la muerte, estuvieron dos oficiales ingleses —me cuenta Slava, nuestro guía—. Fue en la época en que se contrabandeaba oro hacia Afganistán. Un Visir descubrió a los oficiales ingleses el secreto de un tesoro llevado de Bujará a

Afganistán. Cuando los oficiales llegaron a Bujará fueron apresados por orden del Emir, quien en ese tiempo era totalmente independiente, su emirato no era protectorado. Pero una independencia relativa, pues sus intereses estaban coludidos con los de la Rusia zarista. Tuvo en este hoyo de la muerte a los dos oficiales, mientras vacilaba entre Inglaterra y Rusia, utilizándolos políticamente. Por fin se decidió por Rusia y les mando cortar la cabeza.

Visitamos una mezquita monumental del siglo XVI, aunque antes había sido construida en el siglo XII, pero fue destruida por las hordas de Gengis Khan. En el patio de oraciones caben 10 000 personas, y nos imaginamos a diez mil hombres con ese rito que ya hemos visto en otras, de rodillas besando el suelo y luego levantando los brazos hacia Alá, en los cielos, eterna aspiración dialéctica del barro humano. En su cúpula azul hay un gran nido de cigüeñas. Están allí desde el siglo XVI —nos dice Slava— Cada año llegan en emigración, las gentes las cuidan y ponen sus huevos, crían sus hijos y parten. En esos precisos momentos llega, en efecto, una cigüeña y se acomoda con dignidad en su nido sobre el minarete. Y las golondrinas surcan el aire con reflejos azules y blancos. El aire es diáfano, pero no logra expulsar la sensación terrosa de Bujará, la milenaria encrucijada de las caravanas.

Llegamos al mercado, con puestos alineados bajo toldos para el sol. Pululan comerciantes y compradores como en todos los mercados del mundo, pero éste se caracteriza por la abundancia de nueces, pasas, almendras y otros productos del Asia. De pronto nos topamos con unos curiosos artefactos de madera ahuecada que primeramente los confundimos con cachimbas para fumar; pero, ante nuestro asombro, nos explican que son objetos que se ponen a los niños pequeños para que orinen dormidos sin mojar la cama. El dispositivo del niño, por supuesto es diferente al de la niña.

En el Koljos «Sverdlov»

A 18 Kms. de Bujará se encuentra el koljos «Sverdlov», lleva el nombre de uno de los revolucionarios de Octubre. La tierra es llana,

pardo amarillenta y con mucha afloración salina; pero a medida que nos acercamos al área del koljos se van perdiendo estas manifestaciones salitrosas. El sol aún cae pleno sobre los campos surcados de canales, de filas de almendros, duraznos y otros árboles frutales en plena florescencia. Se oye el ruido de un tractor. Por el camino polvoriento asoma un burro gris sobre el cual van un hombre de edad, una mujer y un niño que me hacen recordar a la sagrada familia. Slava me cuenta que cuando un viejo de ochenta años engendra un hijo le llaman «navoi», que quiere decir algo así como «hijo de los ochenta años».

El koljos tiene 4000 koljosianos y produce principalmente algodón, alguna ganadería, uvas, trigo y frutas. Cada koljosiano gana por termino medio 184 rublos mensuales y tiene un pedazo de terreno para su huerto familiar y animales domésticos.

En la casa de la dirección del koljos nos sirven cordero asado y pan de Bujará; éste es una especie de tortilla de hojas rellena con almendras y nueces. Según las reglas de urbanidad tradicionales el dueño de casa nos ofrece primero una taza de té verde y luego ceremoniosamente trincha el pan que ofrece al huésped. La comida transcurre con algunos brindis de buen vino. En la mesa hay koljosianos y una koljosiana. Uno de ellos representa un nuevo organismo creado hace sólo tres años con la denominación de «control del pueblo». En el koljos que visitábamos este control estaba compuesto por 79 personas que supervisan los trabajos y condiciones laborales en todos los niveles. Ejercen su control sobre los funcionarios y acogen los reclamos de los koljosianos. Son elegidos por votación abierta y de entre ellos organizan su directorio y su Presidente. Según la opinión del poeta que nos acompaña este «control del pueblo» tiene que ver con las proyecciones del culto de la personalidad que se produjeron a nivel koljosiano. La Unión Soviética es un laboratorio social en permanente desarrollo y este «control del pueblo» me pareció muy beneficioso y eminentemente democrático.

El koljos tiene un total de 8000 hectáreas, de las cuales sólo 2000 son laborales y el resto se irá incorporando a medida que se hagan canales y drenajes. Estos drenajes constituyen un verdadero y cuidadoso lavado de la tierra para quitarle su porcentaje de salinidad. Es una verdadera conquista de esa tierra desértica,

arenosa y gredosa, para incorporarla al cultivo del hombre a base de elementos mecanizados.

Brindo por el joven campesino representante del «control del pueblo» y maliciosamente le pregunto si quien controla al pueblo. «El pueblo se controla a sí mismo», me responde. Regresamos después de las diez de la noche a Bujará. En el camino el poeta me recita un poema titulado «el juego en la arena», dedicado a su hijo. El tema es el niño que juega con muros y canales en la arena y que después continuará con su juego de hombre conquistando al desierto para convertirlo en «su tierra», a la cual ama y defiende. Recuerdo unos fragmentos:

«Si, hijo mío, ama esta tierra y no la entregues a nadie. Porque aquí están enterrados tus antepasados. Porque la tierra no ama a los fatuos, a la gente vanidosa, que no resiste el polvo en sus ropas. La felicidad la poseen los que tienen las manos callosas —Por eso juega en la arena hijo mío, para que después haga florecer en esta tierra salada los jardines verdes— En ti, hijo mío yo veo mi propia juventud».

La piel del karakul de Bujará tiene fama mundial, y recibió la medalla de oro en la feria de Leipzig. Una mañana visitamos la fabrica donde se preparan estos maravillosos cueros de oveja.

Digo maravillosos porque me mostraron un álbum muestrario donde el rizado y sedoso cuero de oveja karakul tenia todos los colores imaginables, negro azul, grises, amarillos dorados, color ámbar, etc. Las pieles se preparan a base del cuero de los corderitos que son sacrificados con este objeto a los tres o cuatro días de su nacimiento. Vimos los lavaderos de pieles, grandes cilindros donde un sistema de paletas de madera están constantemente revolviendo los cueros sumergidos en una mezcla fermentada de una especie de afrecho con sal. Allí están una semana y luego se curten y se preparan para el mercado. En esta fábrica de Bujará en un año tratan más de dos millones de pieles. A los campesinos ganaderos se les paga entre 28 y 30 rublos por cuero virgen.

Los profetas y las leyendas no podían faltar bajo estos cielos luminosos, de sol restallante, creadores de espejismos. Visitamos un curioso edificio de mosaicos, con torre en forma de cono, donde el profeta Yagoba, hizo brotar agua de la tierra al golpe de su bastón, tal cual lo hizo Moisés con su vara mágica. Hasta esta fuente

llegaban las mujeres estériles y después de bañarse se volvían fecundas. También hacía curas milagrosas. La construcción es del siglo XII, y aún hoy todavía brota esa agua artesiana.

Samarcanda

Estuvimos sólo dos o tres días en Bujará y de allí volamos a Samarcanda a través de fajas de tierra salitrosa a orilla de canales, desiertos arenosos, surcados de vez en cuando por las franjas verdes de los oasis. En la perspectiva hacia el Este contemplamos dos grandes fajas verdes que confluyen en la inmensidad desértica, suponemos que son dos ríos o canales que se encuentran. Es un día de sol y abajo sobre la tierra reseca se eleva una calina azul. El pequeño avión de dos motores va con campesinos que se trasladan de Bujará a Samarcanda. Antiguamente este viaje se hacia en caravanas de camellos y la distancia se media por el recorrido que hacía una caravana en un día. «Farzajé» se denominaba esa distancia y correspondía más o menos a 40 kilómetros. Desde Bujará hasta Samarcanda había siete «farzajés» o sea 280 kilómetros. Estas caravanas cruzaban por estas milenarias ciudades rumbo a la India, Turquía, Grecia y algunas hasta la remota china, a través de los que se conoce en la historia como «el camino de la seda».

Samarcanda es una ciudad mucho más hermosa que la terrosa Bujará. Antiguamente había sangrientos conflictos entre los habitantes de uno y otro lugar por el agua de riego.

El viaje fue sólo de media hora de vuelo y aterrizamos a las 3.45 en un aeródromo muy acogedor por sus jardines de frutales. Caminamos bajo un chilenísimo parrón entre frutales cuyas yemas blancas y rosadas están ya reventando al sol primaveral. Seguimos por calles llenas de animación.

Samarcanda tiene 250 000 habitantes y en 1969 va a celebrar sus 2500 años. Se supone que es aún más antigua, porque los datos que de ella se tienen provienen de manuscritos chinos e hindúes, donde se menciona por primera vez.

La ciudad es un centro cultural con sus universidades y tres

teatros donde se representa en uzbeko, y en ruso. El drama musical es una característica del teatro uzbeko.

Después de comida salimos a dar un paseo por la calle mayor, la avenida Lenin, que desemboca en un parque central. La calle esta repleta de paseantes, jóvenes y viejos, que van y vienen en dos corrientes que se saludan e intercambian sonrisas. Hacía años que no veía esta costumbre provinciana de pasear en las noches. Se produce una atmósfera de calor humano que se ha perdido en las modernas y tan tecnificadas grandes ciudades. Aquí el tráfico de vehículos está prohibido para dejar paso a los ciudadanos. La ciudad en general tiene un señorío provinciano. En el parque central hay una antorcha encendida al pie de un monumento dedicado a los revolucionarios caídos cuando aquí se implantó el socialismo. Coposos y altos arboles rodean este parque. Me dicen que se llaman «chinares» y son del Cáucaso.

En la mañana siguiente desayunamos junto a Hildegard, una joven alemana compañera de pieza de nuestra intérprete, Elina, quien la ha invitado a nuestra mesa. La joven es de Alemania Occidental y hace un año que estudia literatura rusa en la Universidad Lomonossov en Moscú. En otra mesa me indica a dos jóvenes alemanes que también estudian en Moscú. Asimismo son de Alemania Occidental y como hecho curioso me dice Hildegard que, aún siendo de la misma ciudad alemana, no se conocían. Se vinieron a conocer en Moscú.

Le cuento a Hildegard que yo tuve en el liceo de Punta Arenas varios profesores alemanes, entre ellos uno de canto, Offeney, quien con su violín nos enseñaba a cantar «O Tanenbaum». Hildegard sonriendo me replica que es su canción favorita y que se le canta a sus amigos rusos. Le pido que me la entone, y a *sotto voce* lo hace melodiosamente. Por un momento las brisas del Estrecho de Magallanes me llegan a Samarcanda en un ambiente de paz y convivencia de oriente y occidente.

Algunos suponen que el vocablo Samarcanda proviene de la palabra uzbeka «semirqués», que quiere decir «la ciudad rica». Es una ciudad legendaria. En el año 329 fue invadida por Alejandro de Macedonia. En el 612 sufrió la invasión de los árabes. Y en 1212 la arrasó Gengis Khan.

Tamerlán o Timurlán, que en uzbeko quiere decir el cojo,

expulsó de la ciudad a los mongoles y se convirtió a su vez en el jefe mas importante de aquellos reinos conquistando, como se sabe hasta la India y muriendo al atravesar un río cuando se dirigía a invadir la China. En Samarcanda se encuentra la tumba de este gran conquistador de pueblos, que más tarde visitamos.

Tamerlán gobernó durante 45 años, y a su muerte, lo sucedió en el trono su nieto Ulugbeck, a quien él nombró su sucesor, pues tenía más confianza en la personalidad de su nieto que en la de sus hijos.

Ulugbeck es una personalidad fascinante en la historia de Asia Central y su muerte tiene los ribetes de una tragedia griega.

Solamente después de la revolución de Octubre, un arqueólogo ruso encontró los restos del observatorio astronómico más interesante de la antigüedad. Lo visitamos con veneración, reconstruido. Es el mecanismo para la observación de las estrellas más curioso que he conocido. Dos rieles de cemento se curvan bajo tierra. Por ellos se deslizaba un carrito en el cual iba sentado Ulugbeck haciendo sus observaciones y graduando matemáticamente el movimiento de los astros que se divisaban a través de una abertura en la torre del observatorio. El aparato todo corresponde a un gigantesco sextante: el mecanismo que se usa en la navegación de alta mar para bajar por medio de un espejuelo el sol sobre el borde del horizonte marino y determinar la posición del barco.

Sobre una colina cercana se levanta el Museo de Ulugbeck, con maquetas y modelos de los instrumentos de astronomía que utilizara este hombre extraordinario para su época y el medio feudal religioso que le correspondió vivir. Catalogó más de mil estrellas y dio a conocer su exacta ubicación en el espacio cósmico. La sala central de este museo es circular y sus paredes están decoradas en lo alto con los símbolos conocidos de las constelaciones. Están allí asimismo las fotografiás de los trabajos del arqueólogo Guerasimov, cuyo método de reconstrucción física de los rostros de Tamerlán y Ulugbeck han asombrado a los especialistas.

En 1941 Guerasimov y llegó a Samarcanda y decidió abrir las tumbas de Tamerlán y su nieto Ulugbeck, y según sus calaveras, hizo las esculturas de ambas cabezas. Unid la ciencia y el arte, recreando con fidelidad matemática los rasgos posibles de los

rostros de los dos gobernantes. Allí los vemos: Tamerlán con casco metálico en forma de cúpula, barba recortada, nariz algo ñata, ojos rasgados y pómulos salientes. Ulugbeck con turbante, nariz aguileña, ojos profundos y barba pluvial. En otra fotografiá vemos al mismo Guerasimov, de rostro redondo y mechones en la frente, sonriendo cordialmente al craneo de Tamerlán en una bandeja, rodeado de seis ayudantes. El cráneo está de perfil, mirando hacia el arqueólogo, y la escena tiene un patetismo macabro entre la muerte y la vida unidas siempre en el devenir histórico.

El cadáver de Ulugbeck se encontró envuelto en tela, lo que significa que fue enterrado como un criminal. En aquella época los uzbekos enterraban sus difuntos desnudos y sólo los condenados a muerte envueltos en un sayo.

Ulugbeck tuvo un grave conflicto con la religión musulmana imperante en forma sectaria en su tiempo. La Iglesia no veía con buenos ojos sus avances científicos y, aunque no era un ateo, lo criticaba por no concurrir con más asiduidad a las mezquitas. Su conducta la consideraban indigna de un gobernante. Hubo un complot manejado por la iglesia y los sacerdotes obligaron al hijo de Ulugbeck a firmar la pena de muerte de su padre a cambio de la sucesión del trono. Y aquel degenerado religioso, la cumplió por ambición. Es decir, el hijo ordeno la muerte del padre. Ojos que se habían abierto hacia la profundidad de las estrellas y legado al mundo conocimientos y aparatos de astronomía. Cierra el museo, la inmortal frase de Ulugbeck: «Las religiones se dispersan como la niebla, los reinos se destruyen, pero la obra de los científicos queda para siempre, eterna». Vimos después otro pensamiento de Ulugbeck grabado en una escuela religiosa, un seminario Musulmán: «La aspiración al conocimiento es el deber de cada musulmán y cada musulmana». Sin embargo, este gran hombre de ciencia fue destruido por el sectarismo religioso, pero como lo dijo, su obra científica es eterna. En la actualidad sólo el 10 % de la población profesa la religión musulmana, especialmente los viejos. Los jóvenes se hallan incorporado a la mentalidad científica del socialismo.

Samarcanda es una ciudad-museo y durante los dos días que permanecimos en ella nos sumergimos más en su pasado que en su presente. Fuimos atendidos por Lila, una joven intérprete cuyos

conocimientos históricos son los que se reflejan en estas notas y no precisamente los míos.

Llegamos a un curioso templo o mezquita, que se eleva en una colina por donde hay que subir a través de una escalera que según unos tiene 36 peldaños, 38 otros y algunos cuentan 40. Los que cuentan 38 es porque se han fijado en los dos pequeños y disimulados del comienzo y son pecadores. Entonces hay que bajarlos rezando como penitencia por sus pecados. Los que cuentan 36 son los puros, y los que registran 40 más o menos. Todo depende de los pequeños peldaños del comienzo y de dos grandes piedras lozas que hay arriba al final y a las cuales uno vacila de tomarlas en cuenta como peldaños.

Penetramos por una puerta de madera tallada que tiene más de 500 años, más fuerte que el mismo hierro a la acción del tiempo, a una sala azul y blanca con un zócalo de mosaicos. Aquí rezaba Kussam Iben Abdas, que según la tradición fue el hermano de Mahoma. Según esas mismas tradiciones legendarias, en una ocasión Kussam vino a la mezquita a rezar y los ateos lo siguieron. Con un alfanje le cortaron la cabeza, pero él estaba tan abstraído en su oración que continuó rezando. Sólo cuando terminó su rezo, se inclinó, tomo su cabeza tronchada con sus propias manos y descendió al pozo de su sepulcro, donde según los musulmanes continúa vivo. Es curioso el contraste de este dios vivo debajo de la tierra, mientras el cristiano ascendió al cielo.

Estuvimos junto a su sepulcro, un foso rectangular hoy protegido por una reja en su superficie. De este hoyo terrestre viene el nombre de todo el conjunto arquitectónico que domina la colina, con el nombre del templo o mezquita del «dios vivo» que en uzbeck se dice «Ichaj Isinda». Nuestra guía, la bella Lila, continúa: Como Timurlán o Tamerlán al llegar al poder quería que su Estado fuera el más poderoso de todos, declaró este lugar sagrado; pero al mismo tiempo decretó oficialmente de que el dios no se encontraba vivo bajo tierra. Hizo construir este grandioso templo en su nombre y los musulmanes empezaron a considerarlo el segundo lugar sagrado después de Meca, y muchos, el primero, donde Kussam, el hermano de Mahoma, bajó a su tumba por sus propio pies llevando en sus manos su propia cabeza decapitada.

No hay duda que Tamerlán, al construirle un gran templo y

decretar la muerte del «dios vivo», obró con esa astucia que sólo tienen los grandes gobernantes de pueblos para utilizar las religiones y los mitos populares en beneficio de su poder terrenal. Es una bonita lección de como pueden ser aprovechadas las grandes ideas o aspiraciones humanas por los hábiles demagogos. Otra habilidad eclesiástica fue declarar que el que visita dos veces este lugar santo, queda redimido de sus pecados. Los de Turquía, que venían a este lugar, decían que era lo mismo que el Santo Sepulcro de Jesús Cristo, en Jerusalén, que en hebreo quiere decir «ciudad de la paz», irónico nombre para una ciudad que se ha convertido en centro de las disputas y guerras religiosas que a veces, como las cruzadas, han ocultado los intereses económicos de los hombres.

Al contrario de nuestras catedrales que han sido hechas más para adentro que para afuera, estos templos musulmanes tienen una arquitectura al aire libre, hacia el cielo. Sus perspectivas grandiosas, a mi parecer, tienen alguna relación con la amplitud de la bóveda celeste, a donde siempre el hombre ha dirigido sus miradas en la búsqueda de sus dioses. Sin embargo, por dentro estos templos también han sido construidos con sus símbolos. Aquí dominan sólo dos colores en los mosaicos y esmaltes, el azul celeste y el azul oscuro. El primero simbolizaba para los árabes la idea de dios, que está en los cielos, y el segundo la idea de la oscuridad, del luto, de la muerte, de la noche.

Al llamarme la atención de la grandiosidad y macicez de los arcos y portales, me explicaron que los arquitectos se preocupaban especialmente de ellos porque eran los lugares donde se refugiaban los fieles cuando sobrevenían los temblores y terremotos. Como quien dice «a Dios rogando y con el mazo dando».

También aquí se encuentran las tumbas de Tamerlán, sus mujeres y jerarcas religiosos. Tamerlán tenía siete mujeres, pero una de ellas era la principal. Se llamó Biví Janun. Su sarcófago es de loza blanca, de doble piso y ocupa el centro del mausoleo. Luego siguen las de los religiosos. Uno de los mausoleos ha sido construido por artesanos persas, por los tallados y adornos de Persia que en él predominan.

Biví Janun tiene también su realidad y leyenda: Cuando Tamerlán se encontraba en la India, Biví quiso construir el templo más grandioso para tenérselo de sorpresa a su esposo cuando

estuviera de regreso, y que igualara asimismo el poderío y fama del expedicionario. Reunió a los más conocidos arquitectos y les expuso su proyecto. Uno de ellos dirigió la magna obra, que aún hoy se levanta en Samarcanda. Pero el tiempo pasaba y la obra no terminaba. Biví entró en sospecha femenina: el arquitecto se había enamorado de ella y no quería terminar la obra, porque entonces tenía que abandonar la ciudad y su comunicación con Biví. Un día le declaró su amor: «yo no voy a terminar la mezquita —le dijo— hasta que tú no me des un beso». Biví vaciló entre la fidelidad a su marido Tamerlán y el deseo de ver acabada la mezquita en su honor. Todo era por él. Entonces hizo traer una gran bandeja con muchos huevos pintados de diferentes colores, pero en todos ellos el sabor es él mismo. «Elige, pues entre las mujeres del harem de Timur una del color que te guste».

Entonces el arquitecto le trajo a Biví dos tacitas del mismo color, pero con diferentes bebidas. Una con té verde y la otra con un refresco. «He aquí le dijo— dos tazas iguales por fuera, pero si uno las bebe tendrán distinto sabor, una la de la embriaguez perfumada del té verde y la otra la inocuidad del agua». Entonces a Biví no le quedó otra salida que prometerle el beso para cuando terminara la mezquita. Pero este beso fue dado en forma tan ardiente que su huella quedó para siempre en la mejilla de Biví.

Cuando Tamerlán regreso de la India quedó muy contento con el templo que en su honor había levantado Biví; pero notó la huella roja del beso en la mejilla de su mujer. Y, sabiendo, el hecho, Tamerlán se arrojó sobre el arquitecto para matarlo; pero a éste le crecieron alas, y como un pájaro, se escapó volando, pero una de las alas paso a rozar la cúpula de la mezquita, que desde entonces empezó a destruirse.

El simbolismo de la leyenda es conmovedor: el ala del tiempo ha seguido desmoronando la grandiosa arquitectura del templo hasta la llegada del socialismo, que ha detenido la destrucción, pero conservando el sentido de la leyenda. Arriba, en la cúpula que desafía al cielo azul, pasan las palomas, golondrinas y el azulado «maina», con su trino melodioso. El parque que circunda al templo es un paraíso de los pájaros en el mediodía asoleado.

Por supuesto que antes de retirarnos de estos lugares sagrados, visitamos la tumba del gran Tamerlán. No es nada grandioso. Es un

simple ataúd de piedra verde o mármol verde oscuro, que esta detrás de otra tumba de mármol blanco, más grande que la de Tamerlán. Éste, según la historia, pidió que cuando muriera, fuera enterrado a los pies de su maestro y su pedido se cumplió. El conquistador de países reconocía así, humildemente, el talento de otro hombre.

La grandiosidad de los templos, mausoleos, minaretes y otras antigüedades de Samarcanda son simplemente fabulosas. Los hay con influencia persa y de la India. Al parecer Tamerlán traía estas influencias de sus expediciones y quería hacer de la ciudad el centro cultural, religioso y político de su época.

El gobierno socialista mantiene y conserva estas reliquias como museos que dan todavía una realidad objetiva de la historia, mas significativa seguramente que muchas interpretaciones.

El socialismo también ha desarrollado en Samarcanda un centro científico, cultural y económico, con 114 fábricas que hay en la región. En ellas se fabrican desde máquinas cinematográficas hasta limpiadoras y cosechadoras mecánicas de algodón, que es la principal producción de Uzbekistán. También las hay de conservas de frutas, textiles de seda natural, mosaicos, de máquinas excavadoras etc. 40 000 estudiantes se reparten desde las Universidades, por las escuelas técnicas, institutos superiores de arquitectura, comercio, agricultura, medicina, etc.

Hace sólo unos días atrás me encontré en Santiago con el geólogo soviético Nicolai Kitarov, quien había estado visitando las regiones de nuestros desiertos del norte. Le hice algunas preguntas comparativas entre nuestro norte y el Asia Central, donde él también ha trabajado como geólogo.

—Es una lástima que lugares tan bonitos no tengan agua —me dijo a través del joven geólogo chileno Enrique Tidy, quien nos servía de intérprete del inglés al castellano. Según su opinión las características del desierto de Atacama y Antofagasta son similares a los del Asia Central. Allá como acá en el subsuelo hay pocos sedimentos por procesos atmosféricos. No hay lluvias que acarreen material detrítico. Poca lluvia, mucho sol. La única diferencia reside en la altura. Aquí hay alturas de 3 a 5 mil metros, en cambio el Asia Central está casi al nivel del mar. Millones de años atrás ambas regiones estuvieron bajo las aguas del mar.

Pero, según su opinión, en nuestros desiertos debe existir bastante agua subterránea. Existe poca agua de lluvia, pero existe bastante vapor de agua y humedad que viene del mar hacia la cordillera. Aquí se condensa y se filtra por sedimentos a través de la pampa.

Es un fenómeno geológico y atmosférico, para mi muy curioso. Hasta entonces yo creía que la pampa, por su inclinación superficial, iba de la cordillera al mar. Y sucede todo lo contrario: se inclina del mar hacia la cordillera, afirmándose en los contrafuertes andinos. En esta fractura se produce la infiltración de la humedad que se condensa en la cordillera y corre a través de ríos subterráneos por debajo de la pampa, y van a dar al mar posiblemente en surgencias submarinas semejantes a las que se conocen en las alturas de Coquimbo.

Como se ve, no sólo por los terremotos nos parecemos al Asia Central, sino también por sus aguas subterráneas. Ojalá algún día nos parezcamos por los canales de regadío, los pozos artesianos, que riegan los vergeles del Asia, y no por las ruinas de las poblaciones fantasmales que, como un espejismo, poblaron un día nuestras pampas salitreras.

(Mayo de 1967)

¡Oh Calcuta!

—Usted como escritor va a encontrar en Calcuta lo más rico y lo más pobre— nos dijo un hindú en casa, cuyos brazos se abrieron cual una invitación al viaje. Era nieto de un famoso médico, y él mismo calcutano.

Un gran edificio en las afueras, con adornos extraños, semejaba una inmensa cabeza de cachalote en ese ámbar grisáceo que a tantos ha llevado al misticismo del Leviatán.

Abrimos nuestra guía para orientarnos: «Ciudad enigmática, de contrastes. Victoriana bajo un cielo bengalí. Ocho millones de habitantes. Las "limousines" comparten los caminos con los "rickshaws", tirados a mano con las campanillas sonantes. Las calles Little Russell y Waterloo son de edades que se remontan a los orígenes del templo de Kali, de la diosa patrona de la ciudad, que se venera permanentemente. Es la cuarta ciudad del mundo por su población. Un centro portuario de una actividad de importancia internacional. Heredada hoy día por industriales, revolucionarios, intelectuales y gentes heterogéneas. Es una ciudad muy discutida, muy incomprendida, ferozmente defendida, y siempre amada».

Es esto lo que dice textualmente el folleto oficial que nos proporcionaron en la oficina estatal de turismo en Delhi; pero lo que nos produjo el torbellino oceánico a la salida de la estación, fue lo que se llama heteroscia: «dícese del habitante de la zona templada boreal en relación al de la austral y viceversa, a causa de la sombra que proyectan al mediodía, los unos en una dirección y los otros en la opuesta».

Con estas consideraciones físicas y metafísicas ingresamos a Calcuta. Se sabe de algunas aves migratorias que se orientan de uno a otro hemisferio de la posición del sol, igual que el sextante usado para las navegaciones de altura, empero, otras no, y algunos animales menos hábiles son menos que los cangrejos para orientarse con el sol, la luna y las mareas…

La cola que tuvimos que hacer para tomar un taxi era de un

infierno. Subir a un «rickshaw» es deprimente por aquello de que no hay mayor dolor o placer que ver a otro sudar la gota gorda por uno; la cola la dirigía un corpulento sargento bengalí pito en boca y mano en alto, maniobrando cual un contramaestre de rampa ballenera; era una «Naia tripudians» de Visnú, enroscándose y desenrollándose, apenas aparecía un taxi: el hacinamiento tumultuoso policromado tenía resplandores hexagonales, octogonales y decagonales inconmensurables, porque al día siguiente otro calcutano nos decía más de diez en vez de ocho millones de habitantes…

Una gelatinosa y espesa humanidad variada circula en derredor; desde el mendigo harapiento o sin harapos, hasta los saris y turbantes pomposos en este mercado mayor que ofrece con gritos insistentes de un cuanto hay a la salida de la monumental estación y entrada al gigantesco puente Howrah, de la «Howrah Railway Station», ambos juntos al río Hooghly, en ondulantes arcadas y cabrias tripoidales, cual banquillos colgantes de tres pies, o columpios que esperan a sacerdotisas, aguamares, sirenas o medusas para que se balanceen sobre las ondas del Ganges.

No hay tiempo para poner atención a lo que informa la guía turística sobre la «enigmática» y sus «contrastes». Hay que dejarse llevar por la tromba multitudinaria del gran elefante columpiándose para ver o no ver a la «vehemente amada u odiada». ¿Quién va a creer aquí a los hombres que han dicho que las ciudades son como las mujeres, y que para conocerlas hay que vivir mucho tiempo en ellas? ¡Jamas ocurrirá con la talismánica Calcuta!

Mientras esperamos en la cola de la serpiente multicolor para conseguir un taxi, nos pasamos entre maleta y maletín «Excursions from Calcuta».

El sargento de uniforme caqui, con su metro noventa por lo menos, baraja aquella baraúnda, en que hay desde delfines y manatíes, culebras y culebrones, hasta pájaros de cuenta de todos los plumajes imaginables. La espera se torna en una especie de limbo que hace aparecer las cosas más disparatadas. Eliana tiene cargas y descargas eléctricas silenciosas distintas a las mías, explosivas. Parece que detectara arañas, lagartijas, chinches y cucarachas, mientras la siento sumergida en ese mundo abigarrado. Manoteo y vocifero aguardando un taxi, como si fuera un náufrago

de las Galápagos esperando la tortuga antediluviana para salvarnos del fin.

Mi primera impresión es que estoy soñando una pesadilla en un mundo inmenso que ha sido edificado con las espumas anfibias después de una catástrofe neutrónica. Las bocas del Ganges desde la bahía de Bengala me parecen las de un gran lobo de mar que aúlla sordamente en medio de esa muchedumbre. Me siento una pulga de mar en busca de cualquier animal.

Saco de mi bolsa de viaje un Atlas del Mundo, de 1975, y aparece el Estado Indio de West Bengal con 44 440 095 habitantes. ¿Quién pudo contar estos últimos noventa y cinco? Mas tarde nos dicen que tiene alrededor de cincuenta millones de seres humanos, de los cuales diez, un Chile entero, se acumulan entre esos espumosos lodazales. Por primera vez me siento descendiente del barro.

Aparece Calcuta como la ciudad más grande de la India, cuyos idiomas son hindi, inglés, bihari, talegu, marathi, tamil, guajarati, bengalí, rajasthani, kanarese, malayo, oriya, punjabi, assamese, kashiniri, etc. Sus principales religiones: hinduismo, islamismo, cristianismo, sikhismo, budismo, jainismo, zoroastrismo, animismo. El área de este inmenso romboide, protegido por el norte por los Himalayas, y los mares que se encuentran al sur, corresponde a 1 261 483 millas cuadradas y su población es de 546 995 945. Esta cifra también me la han rectificado por la de alrededor de seiscientos millones de habitantes, o más, nunca menos.

Ya silenciosos, en el taxi que se abría paso por entre los «rickshaws», los triciclos, los carruajes tirados por animales y tranvías con campanillas, fuimos echando un vistazo a esta ciudad que tuvo su apogeo victoriano como capital de la India, bajo el dominio británico; pero las heridas que le dejó son tan profundas que se palpan segundo a segundo. Hacinamiento en las calles, portales y viviendas. Una edificación de varios pisos en su mayor parte ruinosa, desgarrada, cuyas casas inclinadas y maltrechas ostentan a veces algún friso u ornamentación de donde cuelgan los saris multicolores, las túnicas y pantalones blancos, los camastros y esteras, entre jardines colgantes y maceteros inverosímiles. No son precisamente «los jardines colgantes de Babilonia» ni tampoco los de Bombay.

Por la avenida costanera que lleva el nombre de Nehru, la modernidad de los edificios para «los más ricos», y los grandes hoteles para los rajás internacionales, alivian, a pesar de todo, esta aplastante pobreza de la primera visión del Hooghly. Era cierta la advertencia del calcutano: no sólo se veía sino que se olía en lo más profundo ese contraste de la grandeza y la miseria humanas, de los «más ricos» y los «más pobres».

(Crónicas de la India, 1983)

Filtros de Amor

«Voy a leerles algunas cartas de alrededor de las cien que me llegaron después del aviso matrimonial que puse en los diarios del domingo» —nos dijo Patrick, un norteamericano de un metro ochenta y cinco, de manos finas y dedos tan proporcionados a su estatura.

Acabábamos de comer. Se levantó, y de su pieza volvió con una carpeta amarilla, de donde extrajo un manojo de cartas. Algunas llevaban fotografiás de señoritas prendidas con clip en el margen superior.

Tenia treinta y tres años, de pelo rubio, raleado en la cabeza y en la poca barba. Hacía tres años que estaba en la India a cargo de un plan de desarrollo. Había seleccionado las cartas por su procedencia de diferentes Estados. En aquel en que Patrick desempeñaba sus actividades las tradiciones para contraer matrimonio eran muy rígidas, a tal punto que no se podía detener a conversar con una mujer en la calle, ni menos invitarla a un salón de té o restaurante.

Más de la mitad de las cartas eran de Bombay; seguían las de Calcuta, a donde Patrick había viajado tres veces para entrevistarse con las postulantes a su invitación. Le llamó la atención que, de la ciudad en que vivía, a pesar de su millón de habitantes, no había recibido ninguna, lo que confirmaba las características de una sociedad cerrada; hecho que lo había motivado, después de serias reflexiones, a poner el aviso en la prensa.

Dentro de la selección que había hecho por ciudades, separó las cartas con un criterio sensitivo, y así, las recopiló como tristes, curiosas, maliciosas, enigmáticas, realistas, espectaculares y un poco exageradas.

La impresión más fuerte que recibió, respecto a las cartas tristes, fue que por lo general, la muchacha, con toda sinceridad, manifestaba su vida de infancia y adolescencia, en que se traslucía la angustia de tener que recurrir a esta escasa libertad que le

proporcionaba la prensa para tomar contacto con un varón, aunque tuviese que ser autorizada por algún familiar próximo. Había una carta que decía más o menos lo siguiente:

«Mi madre murió cuando yo tenía tres meses; mi padre, alrededor de los diez años. Fui criada por mis tíos paternos; ellos me dieron educación hasta el colegio secundario. Ahora me desempeño de secretaria. Me parece que no reúno las condiciones que usted menciona; pero aunque usted no se interese por mí, siempre le agradecería que me contestara unas letras, porque eso me daría alguna satisfacción. Comprenda mi alegría al tener entre mis manos algunas palabras suyas».

Patrick voló a Calcuta porque le gustó la fotografía de la niña. Nos la muestra, y la foto de tamaño de carnet de Susamma, es de una sencillez ingenua.

No se concertó la proposición por razones que Patrick explica más bien con un aire triste que con sus palabras, y un gesto largo de su mano como diciendo adiós.

De otra, la madre era hija de holandeses. Falleció cuando la postulante era pequeña. El padre, un mestizo de chino-inglés, la abandonó siendo ella una niña de doce años. Se fue de Calcuta a Hong Kong, donde volvió a contraer matrimonio. La muchacha se había educado en un convento de monjas calcutano; había viajado también a Hong Kong e Inglaterra para terminar su bachillerato en artes. No podía quejarse de su educación. Sin embargo, la entrevista frente a terceros puso una nota tensa de distancia, rompiéndose abruptamente.

Otra interesada de Calcuta entusiasmó a Patrick por la expresión de la carta y los rasgos que insinuaba la fotografía. Reunía las condiciones físicas, de educación, interés por viajar, por la música y la vida compartida. Viajó nuevamente a la ciudad para la entrevista. Almorzaron en uno de los mejores restaurantes, el «Oberoi Grand» en Jawaharlal Nehru. La joven tenía treinta y tres años, carácter firme, desenvuelta, inteligente. Tenía un alto cargo en el aeropuerto de Calcuta. De súbito, la mujer tuvo una reacción de rechazo manifiesta, que él devolvió de la misma manera. ¡Nunca le había costado tan caro un almuerzo!

Le doy mis consejos de viejo, porque ya no puedo viajar para ver una joven de Madrás o un viuda de Calcuta… Conversamos con

Patrick sobre lo que dice un sicólogo inglés acerca de los mecanismos amorosos en el hombre y la mujer. En la adolescencia, es frecuente que se rechacen al primer encuentro, debido a lo que el científico llama «autarquía» o individualidad, tal vez el ego en Freud o Jung, tan propios de esa edad. Pero si se sucede un segundo o tercer encuentro, el huevo se rompe por su eje que traspasa la circunferencia por el resquicio inconmensurable de 3,141592…, y lo curvo se une a lo recto en el maravilloso fenómeno del amor. Si es recíproco «miel sobre hojuelas»", y si es sólo él o ella quien rompe su autarquía traspasándola al otro, uno de ellos tiene que esperar para que el musgo aparezca sobre la piedra…

El padre de una muchacha contestaba personalmente la carta: Había sido primer ministro de un Estado, y ahora gozaba de su retiro. Pertenecía a una de las mas altas familias brahmánicas, que es la más elevada casta en la tradición hinduista. Respecto a su hija, la describía como una muchacha hermosa, con la piel del color del trigo. Educada en los principios de su casta, con un bachillerato en letras. El *standard* económico correspondía a una familia bastante acomodada, mas que de clase media. Encontró que los antecedentes de Patrick eran incompletos, y previo a la entrevista del padre con él (no la hija) le hacía las siguientes preguntas: ¿Quiénes eran sus padres? ¿De dónde procedían? ¿Qué actividades desarrollaban y cual su situación económica? Averiguación que hacía extensiva a sus hermanos y hermanas en caso que los tuviera. ¿Qué religión profesaban, si eran observantes y desde cuando? ¿Había divorciados en su familia, quiénes y desde cuando? ¿Por qué tenía interés en una joven india? Terminaba la carta diciéndole: «Perdone usted que le haga todas estas preguntas, porque nosotros los hindúes tenemos mucho cuidado de entregar así no más a una hija a un extranjero».

Patrick no ha contestado esa carta todavía… En el aviso que puso, declaraba ser católico, tolerante respecto a otros credos religiosos.

«Tengo veintisiete años, soy feíta, baja de estatura, de manera que tengo que usar tacones de ocho centímetros para verme de una estatura normal. De antemano sé que usted me va a rechazar; sin embargo, ambos somos católicos y ¡quién sabe! si podemos encontrar juntos la felicidad».

Le mencionó a Patrick un versículo bíblico que dice «Tu Dios

será mi Dios, y tu pueblo será mi pueblo». Me replica que lo conoce. Le digo que me parece poner a la mujer en estado de sumisión. Patrick me responde que es de la misma opinión.

Entre tanta correspondencia, venía una que le dejó una interrogante de confusión, ¿desaliento y amargura?

Al llegar a la dirección indicada, alguien sale y le dice que la muchacha está ocupada. Insiste en que desea verla y aguarda unos momentos para la entrevista. Al producirse el encuentro, la niña le dice que estaba con un cliente y que por ahora no podrá atenderlo porque hay otros antes que él.

Patrick no se recupera todavía del asombro; nunca sabrá si fue un malentendido por la forma en que fue rechazado, o tal vez la esperanza escondida de arrancar de una sórdida explotación.

A raíz de tanto viaje, conversaciones, anhelos y suspensos, él comprende el riesgo, tanto suyo como el de las muchachas y familiares. Nos dice que en todo caso, la experiencia le deja algo positivo; ha visto honestidad y nobleza en esas cartas y entrevistas. Le han surgido dudas y temores; empero, no le quedaba otro procedimiento. Había conversado el asunto con un compañero de trabajo indio, en su ciudad, donde prácticamente la mujer vive recluida en su casa; éste, con su sabiduría tradicional y experiencia, le dijo que tenía dos soluciones: la prostituta o la mujer casada con principios muy liberales. Patrick le explica que por ética de hombre jamás se acercaba a una mujer casada, y por razones de higiene, tampoco a una prostituta.

Miro una vez más la fotografía de las hermosas muchachas; hay una que me atrae por su gracia. Desde el centro del texto de la carta, surge una linea como las que hacia Balzac en sus correcciones de pruebas cuando escribió *La comedia humana*; el trazo ondulante termina con una flecha señalando un bonito rostro dibujado a pluma en el margen diciéndole: «Así soy yo…»

El arte, una vez más, se había filtrado en el amor.

(«Crónicas de la India 1983»)

El Hombre del Turbante Negro

Son alrededor de las cinco de la tarde en Connaught Circus, el centro comercial concurrido y selecto de Nueva Delhi. Es un gran círculo, anillado de portales blancos, que continúan en sus transportales, cuyo comercio de lujosas tiendas que exhiben marfiles, joyas sofisticadas, saris y cachemiras bordadas a mano, van a terminar en callejuelas donde se encuentran talleres para todo. Buscábamos uno, o un artesano que a veces tienen todo su instrumental, extendido sobre cartones, junto a una columnata en el suelo. Eliana entra a preguntar en un taller que enmarca pinturas, cuadros de arte. Me quedo afuera como un pavo real con más ojos en el cielo que en la tierra, porque ha irrumpido la proa del verano y el termómetro se dispara sobre los treinta y tantos grados de calor a la sombra.

El calor se me pasó de súbito al ver lo que ocurría a la sombra de un turbante negro. Por ironía, fue frente a «Life Insurance Corporation of India», edificio blanco de varios pisos, con el símbolo de la lámpara de la vida con su llama protegida por dos manos juntas. Es la compañía de seguros de vida ubicada en el bloque M. de Connaught Circus.

Como llamaradas aparecen de pronto dos hombres. Un melenudo joven delante y otro con imponente turbante negro detrás. Atraviesan frente a otros hombres y se traban en lucha en un rincón en plena calle. La gente se acerca y forma un círculo cerrado. Me meto en él y veo al joven en el suelo agarrado del cuello por la mano izquierda del hombre del turbante negro que lo abofetea sin piedad con la derecha, al mismo tiempo que lo va a estrangular con la izquierda. El turbante, cual una negra serpiente se ha desenrollado entre ambos. Indios de todas las vestimentas, verdadero circo romano, contemplan impávidos la lucha. Yo soy el único extranjero que con *shorts* color caqui y camisa azul presencia la reyerta. En mi juventud me habría arriesgado a separarlos, porque más de una vez lo hice. Unas me fue humanamente bien, y

otras bestialmente mal.

Se levanta el joven y reluce una daga de mango de bronce. Retrocede el hombre del turbante negro con prudencia; pero las volutas del turbante lo siguen, y su cola serpentina se enreda entre los pies del que se ha zafado de la estrangulante paliza. El ruedo de curiosos se vuelve expectante. Yo miro al enmarcador de obras de arte y pienso en mi mujer, que es frágil y temerosa en estos avatares; pero no en otros. Veo que uno usa el turbante a manera de poncho cuando los chilenos se traban en pelea a cuchillo. El más joven, desmelenado, abre a la marinera la cuchilla, sobre la palma de la mano, para lanzarla a modo de boomerang. No a la manera del santiaguino, cerca de la estación del ferrocarril Yungay. Aquí también la estación de Delhi queda detrás del bloque M. No hay allí un solo hombre que se atreva intervenir para separarlos. La mayoría son mercaderes que cumplen con el refrán: «quien tiene tienda que la atienda».

Aquí, en esta ventana del Asia, me han dicho que jamás hay que pelear con un sable derecho contra otro que sea curvo. Parece que el rectilíneo no se compadece con el chueco, o viceversa. Pero este es un turbante que simboliza la muerte desprendiéndose cual serpiente de la cabeza de un hombre, contra una garra de tigre con dientes de sable, engastada en la «edad de bronce»…

Una mariposa negra vuela desde aquel pavimento a la pequeña luz de mi conciencia. El cavernario pasado y el presente de la humanidad han tomado esas formas de pelea a muerte en el moderno bloque M de Connaught Circus.

Dos policías con sus uniformes ocres y jinetas irrumpen con sus bastones. Reducen a los dos hombres y se los llevan con ambas manos amarradas. Otros tres aparecen. Busco a Eliana que me levanta una mano desde la esquina. El enmarcador de cuadros también había salido a mirar la pelea. Nos juntamos. Un furgón verde oscuro se lleva a la serpiente negra del turbante que sigue a su dueño. Descansamos un rato. Uno no sabe cuál es el cansancio, si el de los 35 grados de calor a la sombra o la sombra de la muerte.

El turbante ha sido y es una característica legendaria en personajes de Salgari y otras literaturas. Los hemos visto en cuadros de antiguas batallas, donde su variado colorido matiza la sangre y el brillo de las espadas. Al sikh no debe confundírsele con un sicario;

pero un «kirpan» tiene algo de la faca o del facón que, cuando salga «salga cortando», como dice un verso de Martín Fierro. En el mismo sentido su turbante se distingue de otro por su barboquejo.

Sin embargo, la historia de los sikhs, según nos lo cuenta un miembro de ellos que frecuenta nuestra casa para aprovisionarnos de algunas mercaderías, tiene un pasado de siglos.

Religiosamente, difieren de los musulmanes y de los hindúes; y manifiestan con exagerado orgullo dicha diferencia. Despistan a los otros con sus actitudes, y como todo aislamiento sugiere secretos y misterios, para unos son agradables y respetados, y para otros algo fanfarrones. Nuestro proveedor, al referirse a ellos, como a sí mismo, maneja con verbosidad sus propios conceptos como quien importa o exporta una mercadería.

Creen en un ser superior indefinible, un Dios, cuyos principios y dogmas han sido traídos a la tierra por una sucesión de «gurúes» (guias o maestros espirituales); el primero de ellos fue el profeta Nanak que vivid entre 1469 y 1539. Este maestro puso énfasis en la unidad de Dios, en la futilidad de las formas del culto y en la no existencia de las distinciones de las castas. Se concentraron principalmente en la región del Punjab, «la tierra de los cinco ríos», en el noroeste de India, y aunque eran sobrepasados en la provincia por dieciséis millones de musulmanes y siete de hindúes, sicológica, económica y socialmente, siempre su presencia se ha dejado sentir. Según nuestro informante, en el Punjab construyeron un sistema de canales que se extendió desde los Cinco Ríos, en una gran red de regadíos que convirtió a la tierra en fértil y a la provincia en granero de la India.

Pero, Govin Singh, el décimo y ultimo de los «gurúes» que vivió entre 1675 y 1708 dio a estos hombres un verdadero poder militar, que organizó para contraponerlo a los musulmanes, rivalidad que se ha hecho evidente a través de la historia. No obstante, sus templos, donde practican sus ceremonias religiosas, están abiertos a cualquiera persona y de cualquier credo, y un peregrino puede encontrar allí alimento, así como hospedaje por la noche.

No es difícil hacerse sikh, no es una religión dificultosa, en el sentido de que haya mucho ritual o dogma que aprender. Mas, al hombre que se convierte se le exigen cinco cosas y el rechazo de otras. Las cinco exigencias se conocen como las cinco «K», y son: el

«kes», que es el pelo largo y la barba, lo que los diferencia de todos los otros indios. El «khanghi», o sea la peineta que usan en el pelo; el «kach», o calzoncillo corto; el «karra», pulsera o brazalete de acero que llevan en la muñeca derecha; y el «kirpan», un puñal corto que según dicen es altamente letal. Todos estos distintivos deben ser siempre usados, con excepción del «kanghi» cuando nadan…

Un sikh puede beber cualquier licor, pero tiene prohibición absoluta de fumar.

Entre sus famosos templos está el Templo de Oro en Amritsar; en Delhi conocemos el Gurudwara frente al Fuerte Rojo, donde el colorido de los turbantes y otros símbolos, aún despistan del simple origen de esta palabra que proviene del turco «dulbend», que consiste en un sencillo tocado oriental de una larga faja de la tela rodeada en torno a la cabeza de un hombre. Así, cual el sari rodea el cuerpo de una mujer.

El «kirpan» parece tener una historia más allá de los sikhs; hemos leído en alguna parte, que fue el que usó Bruto para apuñalar por la espalda a Julio César. No soy versado en historia antigua; pero conozco el «corvo» y la «quisca» de los chilenitos del Mapocho y no creo que sean menos letales.

(«Crónicas de la India 1983»)

Monzones al Pie de los Himalayas

El nueve de julio fue un lunes sombrío. A las tres y media de la tarde hubo un corte de luz parándose los ventiladores y artefactos de aire acondicionado. La temperatura era de 43 grados a la sombra. De pronto el cielo se oscureció completamente.

Sólo una mujer de sari rojizo atraviesa el parque detrás del templo de Shiva y Visnú, y se ciñe el vestido a manera de pantalones. La veintena de árboles alrededor de las cúpulas del templo empezaron a bambolearse, y un nido de grajos entretejido en uno de sus mas altos cogollos se mece como la cofa de un navío que va a entrar en tempestad.

A las seis subo a la terraza. La caparazón nubosa de norte a sures total. Capas desgarradas abajo corren a gran velocidad. Arriba, otras blanquecinas le compiten, y las más altas, aún dejan ver sus faldones blancos que luego desaparecen. El nido firme en su gancho. Parece una canción de la vida escondida en medio de esos zafarranchos de musica «pop» y de las otras modas transnacionales. Dos pequeñas trinitarias color violeta también parecen trinar en sus maceteros en vez de pajarillos que se esconden entre el enrejado tras una buganvilla. Ojalá que en todos los avatares de la vida concurriera lo que Beethoven dijo: «del dolor a la alegría», a través de la heroica sinfonía bárbara de este cielo desordenado. Caen pétalos rosados que presagian otros.

A las cinco de la tarde un relámpago atravesó zigzagueando cual los cuatro brazos de Shiva, y, luego, una tronadera de los mil demonios derrumbó su tableteo hasta los pies de los Himalayas.

Se me viene a la memoria una batalla de Napoleón descrita por Stendhal. Inspirado tomaba notas del tronante espectáculo al pie del cañón, cuando se le acerca un capitán de artillería y le larga una rimbombante frase, seguro que pasará a las páginas del escritor; pero le corta la inspiración y no puede escribir nada.

Aquí no se trata de Marengo o Austerlitz; menos de Stendhal y Napoleón. Sólo de dos grajos nuevos que vemos arrancar de su nido

cimbreante por primera vez. Uno ha volado a posarse en el extremo de una cañería a unos cuatro metros sobre el alero de la terraza, y puedo darme cuenta que aún no ha perdido el plumón que empieza a botar. El hermano se sacude asustado sobre otro cano de la terraza vecina. El nuestro emprende el vuelo de vuelta y trata de enfrentar el ventarrón; pero una ráfaga lo empuja contra la saliente del alero y por poco lo destroza. Ha resistido el primer golpe del viento contrario en su vida. No se atreve a regresar al nido que se sacude solitario, y tal vez por primera experiencia descubre que las perillas torneadas que coronan las cúpulas del templo sirven para afirmar los pies en la tierra huracanada. Shiva y Visnú cumplen sus misiones destructoras y recreadoras, en las transformaciones de esta naturaleza que ocurren desde los pies de los Himalayas hasta el océano Indico.

La copiosa lluvia que empezó a caer soslayada de norte a sur repiqueteaba estruendosamente en nuestros ventanales del norte. Un postigo de ventana puesto sobre un cajón a manera de mesa para planchar ropa, me sirve para afirmar el cuaderno y tomar estas notas. Un bicho asustado me sube por la sandalia y me pica el dedo gordo. Trato de aplastarlo con la suela, pero se me arranca, salvado por Visnú. Ahora creo en este dios hindú, mas tampoco con él llego «ala alegría a través del dolor», para respetar estos bichos que me han hecho furúnculos en partes que no son para nombrarlas.

Por suerte nuestra ropa se ha secado, planchado y esta dispuesta en mi parihuela de totora, camastro en que acostumbro hacer mi siesta y de noche mirar las estrellas del cielo indio. Victor, el muchacho que hace el aseo, sale de su pieza y con una vara de bambú con un clavo a manera de gancho, y desde la cumbre de la escala de caracol, mientras se mesa la crespa chasca con rabia, coge la polera que le ha volado el temporal. Todo esto lo observo a través de los ventanales donde los torrentes empavonan surrealistas flores. Su camiseta lleva un dibujo azul marino estampado en el pecho; de repente desaparece por la caracola roja hacia abajo, en busca de su gancho de bambú tironeado por algún grajo acostumbrado a ladronear en las terrazas.

Adentro el calor me hace sufrir. Cambio mi *short* por un pantalón de baño color azul eléctrico y viene a mi memoria una canción escuchada en alguna orilla lejana: «Jamás estuve en el

Bósforo/no me preguntes por él/he visto el mar en tus ojos / centelleantes, azules sin él».

Tarareando la canción en medio del aguacero salgo a la terraza a darme un baño de purificación monzónica.

Un grajo grande, de alas azules relampagueantes, vuela en medio de la tempestad hacia el nido abandonado. Sus alas se vuelven eléctricas al caer en picada; pero no logra asirse del gancho tambaleante. Los ramajes parecen las manos empuñadas y los pies desflocados de la cruz svástica de Shiva sacudiéndose de este a oeste, de izquierda a derecha. Bandazos de babor a estribor en la navecilla de mimbres. La bandera iraquí, con sus estrellas verdes en medio de su franja blanca, me marcan la dirección del viento; mas, éste cambia de pronto volviendo a los lejanos Himalayas. Luego que ha pasado, la bandera de Irak deja de flamear y cuelga como un velacho en cuyo mástil se ha posado un grajo para decorarlo.

Siempre recurrimos a la prensa para la información. En el «Hindustan Time» del día siguiente hay amplio material:

Un viento seguido por lluvia «refrescó» la ciudad de Delhi después de dos días del más intenso calor. El viento sobre ochenta kilómetros por hora desgajó ramajes de árboles y levantó una gran polvareda. Alrededor de las 3:25 de la tarde el polvo envolvía la atmósfera y las nubes cubrieron la ciudad oscureciéndola casi por completo. Los autos, los buses y los *scooters* tuvieron que encender sus luces hasta que la polvareda se asentó, y las nubes se despejaron después de la lluvia. La temperatura había alcanzado 42.5 grados, muy raro en esta época, y bajó a 27 después de la lluvia.

El «hombre del tiempo» dijo que esta lluvia era el preludio del monzón, y profetizó que éste irrumpiría dentro de los dos próximos días.

El redactor del diario R. K. Banerjee en un artículo «El monzón cerca de los Himalayas» nos informa sobre este fenómeno:

«Durante la estación del monzón, un área de baja presión en el mapa del tiempo se extiende de oeste a este en la parte media superior de India. Esta área de baja presión alargada se conoce con el nombre de “artesa monzónica” o la “artesa estacional”».

Normalmente la artesa corre en forma tempestuosa a lo largo del valle del Ganges, del norte de Rajasthan a Bengala Occidental. En esta posición normal el aire húmedo del mar de Arabia y de la

bahía de Bengala, se derrama sobre el país en una dirección norteña hasta la línea de la artesa dando las pesadas lluvias en las regiones a su alrededor y un poco menos al sur.

Al norte de la artesa, los vientos son desviados, y por lo general soplan desde el este. La lluvia en esta parte es relativamente menor y queda restringida a las áreas muy próximas a la artesa. De este modo, las lluvias en distintas partes del país dependen principalmente de la posición que ocupa la artesa del monzón de tiempo en tiempo.

Pero gracias a la sabiduría de la naturaleza, hace que ella se mueva hacia arriba y hacia abajo, y así la lluvia se reparte con cierta uniformidad en el territorio.

Una depresión bajó la última semana desde la bahía del norte hacia Bangladesh, y luego más al norte. Como resultado la artesa del monzón se desplazó más al norte, estando próxima al pie de los Himalayas, desde el dos de julio.

Tal posición de la artesa del monzón produce lo que se llama «una pausa del monzón». En estas condiciones de pausa las regiones al pie de los Himalayas, desde Assam a Jammu y Kashemira reciben buenas lluvias; sin embargo, el país hacia abajo queda prácticamente seco como ha sucedido desde el tres de julio.

Debido a las faltas de lluvias y disminución en la nubosidad, el calor va en ascenso, y el alto nivel de la humedad hace que el calor sea más pesado. El alivio viene solamente cuando surge otra depresión en la bahía, se mueve hacia el interior y atrae la artesa del monzón hacia abajo.

Hasta aquí la explicación técnica del señor Banerjee; pero estos monzones al pie de los Himalayas fueron acompañados por un ciclón que causó setecientas veintisiete víctimas en Andra Pradesh y Tamil Nadu. El estado más afectado fue el de Andra Pradesh; ademas de las víctimas, se destruyeron gran cantidad de viviendas y más de la mitad de los cultivos de tabacos.

El santoor de Cachemira

Se sucedieron otros hechos durante los interregnos de la

soberanía monzónica y sus relativas pausas; a veces las lluvias también cayeron verticales y normalmente.

Una mañana, en mi acostumbrado paseo al mercado del Khan, tomé la avenida Cornwallis, nombre de un lord inglés que gobernó la India entre 1768 y 1793. Al llegar a sus proximidades, una oscura cabeza de serpiente sobrevino por el norte y se descargó una lluvia torrencial. Me refugié bajo un portal donde hay una tienda de discos. En mi media lengua inglesa le digo al imponente indio que me busque una música de citara y tamboriles que he escuchado en programas selectos en las emisoras de Delhi. Me pone tres o cuatro temas que no me gustan. Luego le hablo de una fina musica que se parece a la de la lluvia que tamborilea furiosamente afuera sobre los techos de las carretelas, autos y *scooters*; el gordo, muy presto, me coloca uno de los sones que parecen las tronaderas que se van alejando hacia los fantasmales Himalayas, después de los relámpagos zigzagueantes.

Resultó ser un compositor y ejecutante, Shivkumar Sharma, y su acompañante en tablas, Ustad Lakir Hussain, ambos de fama, y que habíamos escuchado junto a las danzarinas durante las festividades patrias indias. Al instrumento que pulsan le llaman «santoor» cuyos orígenes se remontan a Cachemira donde era tocado por manos femeninas. Sharma ha recreado el «santoor» y lo ha convertido en un instrumento acabado para solos de conciertos. Las «tablas» son dos tamboriles acojinados sobre un ruedo que semeja un turbante. Sin embargo, no es una música perturbadora; por el contrario, relajante y bella. La armonía y ritmo nos dan trinos melodiosos que llevan canciones escondidas en el viento, y en los finales, galopes de caballos que redoblan los trapalones en la lejanía. Gustoso pagué las cuarenta y seis rupias que cuesta un *long play* en Delhi. El disco es un articulo de lujo si se le compara con las seis rupias que pago por kilogramo de mangos, tres por una docena de plátanos y siete u ocho por un kilogramo del mejor filete de búfalo. El mango, originario de la India, cuyo nombre es malayo, tiene el sabor de un beso de la naturaleza. Es también una música admirable de la «artesa» de los Himalayas, porque el instrumento es de Cachemira, región montañosa donde se crían los ovinos más finos del mundo, cuya lana ha dado nada menos que el nombre a los casimires. Las palabras se vuelven sombras para nombrar los objetos como para

saborear un dulce mango, o escuchar la música del «santoor». La torrencial lluvia duró hasta el mediodía, cuando las nubosas cabezas de Visnú se desvanecieron en las retiradas estribaciones del estado de Jammu y Cachemira.

Entre cielo y tierra

Fue otra reyerta, mas no con la espectacularidad del «hombre del turbante negro», que presenciamos otra vez en Connaught Circus y el Palika Market, mercado central subterráneo a cuya inauguración asistimos.

Como en todas partes del mundo, siempre la gente se agrupa en torno a las riñas. Fue también alrededor de las once de la mañana de un día de julio. Un hombre de mediana edad le había pegado a otro más viejo con el palo de una escoba gastada partiéndole la cabeza. Cuando me arrimé, mientras mi mujer quedaba entre los portales de Connaught, estaba el viejo en el suelo y el otro dándole encima. Luego se incorporó. Hombres bien vestidos y otras gentes miraban impávidos. Se ponían de pie los contrincantes, se insultaban con voces guturales irritantes, y de nuevo se agarraban. El mango de la escoba se había partido en dos. El viejo sangraba por el hueso derecho de la cabeza, mas no aflojaba en la lucha.

De pronto irrumpe una mujer de edad en la reyerta, y con suavidad maternal golpea en el hombro al más joven y se lo lleva, en vez del policía que, como en todas estas ocasiones, brilla por su ausencia. El anciano era muy flaco; sus ropas raídas y cenicientas se envolvían entre sus canillas de palillo, y su camisa ensangrentada estaba tan desgarrada cual una bandera de combate; sus ojos de ascuas seguían invictos. Me parecieron entonces los del Mahatma Gandhi que se hubieran incorporado desde la polvareda terrosa que presagiara el paso de otro monzón. Arriba, el cielo tironeaba sus camisas de nubes sucias y oscuras en un entrevero mayor. Fui en busca de Eliana que esperaba acurrucada tras una columna del portal. Al verme unas cuantas gotas de agua en los lentes, y, al contarle el hecho, me dijo: «sería una escoba vieja». Apreté los dientes para no hablarle del «Mahatma» profanado en la reyerta.

Una rosa de átomos

Como un sueño caliginoso de un día de tregua encontramos entre las polvaredas de la gran avenida Aurangzeb y a la entrada de Jan Path, una exposición del Museo de Artesanía del Instituto Nacional de India.

Ya el «Washington Post» había informado a través de una entrevista a Anastasio Somoza que reproducía «The Hindustan Times» que el dictador nicaragüense dijo: «Estoy cansado como un burro luchando contra un tigre». Pensamiento a través de una imagen que correspondía más bien a una mentalidad primitiva. En la patria del más grande de los románticos latinoamericanos que empleaba imágenes orientales, Rubén Darío, y donde florecía en la lucha por la libertad de su pueblo un Cardenal, Ernesto, sacerdote, combatiente y poeta moderno.

Allí estaba Durga Mata, una de las consortes del dios Shiva, diosa de la destrucción y de la muerte (mata significa madre) elevándose con todo su esplendor de dama azul, con un alfanje ensangrentado en alta mano de las cuatro que posee; otras tronchas adornaban su cinturón sobre el pubis, con una ondulación de cabezas cortadas que derraman sangre a sus costados; un «Romeo» y una «Julieta» nacarados le servían de macabro plinto. Un barbado hacía la señal de la svástica con la mano derecha que en la esencia hinduista es el símbolo de la felicidad. ¿Para quién? Para aquellos fieles del estado de Orissa que le rezan: «¡Tú eres nuestra gran madre, nuestra madre sobrenatural! ¡Tú eres Durga Mata…» Era la primera vez que veía una adoración a la muerte en forma de ogresa.

Menos mal, en otro retablo de la exposición de las artesanías de Orissa y de Bengala del Oeste, que habían sido traídas desde las orillas del océano Indico, se levantaba con sus tres o cuatro metros, otra deidad esposa del dios Gurda. Ésta tiene ocho brazos con sus respectivas manos sosteniendo el cetro, una lampara de la vida, una rosa, granadas y una flecha fina con largo mango que hiere el hombro de un guerrero en lucha con un tigre blanco. Parece que la diosa defiende al tigre del combate del hombre con aquel proverbio

«ésa no es una fiera sino un animal que se defiende». Las mentalidades religiosas influidas por los variados arquetipos del panteón indiano, son ricas en humor negro que envidiaría Goya, y en el de otros humores y colores. Gurda, por ejemplo, tiene cuatro metros de altura, es plateado y azul; con cinco brazos por lado que sostienen dardos, flechas, cetros y otros símbolos de la vida y de la muerte. A sus pies y sobre sus hombros hay dieciséis cabezas tronchadas. Una gran serpiente le sirve de cinturón y levanta su ancha cabeza agresivamente por un costado. Al frente suyo un guerrero gigantesco, guardián de su templo, tiene una cabeza de búfalo cortada por su gran alfanje, en el suelo. No la del búfalo blanco, el pacifico animal de las faenas agrícolas, sino el otro negro, de enroscados cuernos planos, de donde se obtienen las astas para cuchillos y cucharas de bronce, porque su fina cornamenta compite con el marfil negro del ébano real.

Dos caballos con alas sostenidos por el testuz de otros dos caballos marinos, o dragones del mar, que no tienen el largo de lomo de los nuestros con patas de focas que transportan hasta trece brujos entre la cueva de Quicavi y las «Islas del Caballo Marino» en Chiloé. No deja de asombrarme la coincidencia de estos pegasos brotados del océano para emprender un galope de oleajes con alas hacia el cielo. Llevan, sí, un freno metálico mordido, sin rienda. Un joven que atiende la exposición, nos explica que son de madera fina y blanda para esculpirlos, y que lo que parece terracota es una pátina para su preservación. Por eso, más que blancos son tordillos, semejantes a algunas yeguas que conducen al novio para su casamiento. La impresión que deja la exposición de Orissa y Bengala, es que las religiones y sus deidades parecen haber competido siempre en campañas terroríficas, no tan imaginarias de la indianidad.

Ojalá que a la esposa de Gurda, no se le convierta algún día el cetro de la «lampara de la vida» en una rosa atómica dispersa. Me convertiría en su fiel devoto si no empezara a deshojarla con esa inquietud femenina de «me quieres mucho, poquito, nada», con que las adolescentes preguntan arrancándoles pétalos a las margaritas.

(Crónicas de la India, 1983)

Bucaneros en las Islas Galápagos

—¡Ahí, está su «Bucanero»…! —dijo medio burlón el hombre que había sido contramaestre de veleros de alta mar y ahora chofer de la camioneta de la Casa de la Cultura, núcleo de Guayas, donde la generosidad de mis colegas guayaquileños me había hospedado después de un Congreso de Escritores y Cantautores Hispanoamericanos en noviembre de 1981.

Precisamente el miércoles 11 a media tarde debía embarcarme en la motonave de turismo con tan sugestivo nombre para una travesía de cinco días por el Archipiélago de Colon, llamado oficialmente por el Gobierno del Ecuador; pero desde los tiempos de Dampier y Cowley más conocido por las misteriosas grandes tortugas de tierra adentro cuyo origen desconocemos. En sus travesías de cinco semanas Charles Darwin dio con la pista de su obra *El Origen de las Especies*, pero no con el de las inmensas galápagos, a pesar que en la página 406 (EDAF S. A. Jorge Juan, 30, Madrid, 1980) el sabio inglés escribe: «Por el contrario, existe una gran semejanza en la naturaleza volcánica del suelo, en el clima, altitud y tamaño de las islas, entre el Archipiélago de los Galápagos y el de Cabo Verde; pero ¡qué diferencia tan absoluta y completa entre sus habitantes! Los habitantes de las islas de Cabo Verde están relacionados con los de África, lo mismo que los de las islas de los Galápagos lo están con los de América. Hechos como éstos no admiten explicación de ninguna clase en la opinión corriente de las creaciones independientes».

La firmeza con que nos dimos las manos con el contramaestre del «Guayas», antiguo buque escuela de la Armada de Ecuador, y yo, que apenas fui un cabo escribiente cuando a los veintitrés años viajé en la corbeta «Baquedano», selló nuestra amistad junto al espigón de atraque, como si fuéramos esa «especie de foca chilena» que define el Larousse al científico nombre de los «Mirounga leonina», para distinguirlo del «Mirounga angustirostris» (rostro angustiado).

Era un hombre setentón, de rostro en forma de guante de boxeador por el mentón saliente, de más de un metro ochenta de estatura, espigado como un mástil en temporal, y del cual yo no hubiera aguantado un derechazo. Me dejó junto a dos bitas de amarre y partió con su camioneta polvorienta bajo un cielo caliginoso por donde el disco solar entraba y salía, como una deidad de las que se han encontrado forjadas en oro en las famosas tolas del oriente ecuatoriano, túmulos de los indios caras. Conservo una reproducción en cobre de 30 por 37 centímetros de la «máscara de oro del Sol» que me obsequiaron con motivo del congreso, y que hoy decora la percha de entrada en mi casa de Silvina Hurtado de Santiago de Chile.

Tantos honores inmerecidos me hacen ser muy comedido… Durante mi espera en el Muelle Seis de Puerto Nuevo me sorprendió la imaginación tropical para promover el turismo y la exportación de sus frutos del país a ultramar. Como dijo un publicista, «han aprendido a contar una historia estética, entretenida e interesante, en medio minuto de televisión». El casco azul y la superestructura blanca de los puentes del «Bucanero» con sus mástiles de mesana y trinquete con el cordaje de los botes salvavidas colgantes en sus pescantes era toda una sinfonía ballenera. En su alterosa proa de ochenta y cuatro metros de eslora flameaba el gallardete de los «Hermanos de la Costa», en trapo negro la calavera blanca con dos tibias cruzadas a la manera de los fakires de la India. Por suerte la llevamos aún como una reliquia punzante en el antebrazo izquierdo, broma indeleble que nos hizo a tres tripulantes en un bar de Valparaíso un boliviano que mascaba hojas de coca mientras nos hacía acupuntura con tinta china. Por eso vimos la proa bucanera como el esbozo de una ballena azul que pintó el Greco en su famoso cuadro «El Sueño de Felipe II».

Y así nos esperaba el gran cetáceo de hierro acerado, para llevar en su lomo y en su vientre, a una humanidad turística venida de los cuatro puntos cardinales bajo el mando de su capitán don Jorge Game Castro, a una velocidad de crucero de doce millas y media por hora.

Por la popa estaba cargando javas de pifias y racimos de plátanos el carguero «Iguana». Casi se nos paralizó el anciano corazón porque habíamos leído que la iguana marina de Las

Galápagos, único ejemplar del planeta Tierra, tiene la propiedad de paralizar los latidos de su corazón durante veinte minutos cuando ve sobre ella la sombra de la muerte en forma del gran tiburón blanco que es capaz de tragarse un perro entero, como lo encontró Jorge Juan y Antonio de Ulloa en Cartagena de Indias, en su clásica obra *Noticias Secretas de América*.

El remolcador de alta mar «Tortuga» fantaseaba con su poderosa hélice entre los afluentes del delta del Guayas, cuyas riberas siempre cubiertas de mangles, son afanosas reproductoras del mosquito «lameojos», llamado así porque sutilmente acaricia los párpados de un animal durmiendo para picarle con su aguijón el glóbulo ocular para extraerle en su libación el líquido vítreo al bello o la bella durmiente. A mí me lo había lamido una noche en Quito por andar deambulando con un hijo del pintor Guayasamín. A veces pienso que el derrame macular que ha obstruido la visión de mi ojo derecho se deba a un efecto tardío del «lameojos» estimulado por las dos amenazas de muerte que hemos sufrido de un grupo fascista de mi país denominado comando «Rolando». Todo puede suceder en nuestra América más enigmática que en los tiempos del «Archipiélago de Colón», o de antes que las volcánicas Galápagos aparecieran sobre la superficie de nuestro Gran Océano. Por mis observaciones durante los cinco días de travesías y travesuras son como una reproducción de las veintiocho estrellas de la constelación de Orión, al cual recientemente se le ha descubierto un cuerpo extraño que se le acerca como la Supernova de las Nebulosas de Magallanes cuyo ilustre nombre se ha depositado ahora por una sonda norteamericana lanzada al planeta Venus, donde ya los soviéticos habían depositado su «Venus 9» como para buscar esa cifra cabalística del sesenta y nueve…

(Abril de 1983)

Tercera Parte:

Amigos

La Sombra Enriquecida del Dr. Juan Noé

Un mes antes de su muerte el sabio profesor de más de treinta generaciones de médicos chilenos, Dr. Juan Noé terminaba de esta manera extraña su última lección: «¿Qué es la vida? —Es la sombra de un sueño que huye —la fábula breve ha terminado— sólo es inmortal el amor»…

Era una cita de un gran compatriota suyo, el poeta italiano José Carducci, recordada por un hombre de ciencia en el crepúsculo de sus setenta años: como quien dice un labriego que levantara sus ojos del surco para contemplar el primer lucero de la tarde. ¿Fue acaso él una sombra que presintió el término de su sueño?

Talvez sí; pero de un sueño plenamente realizado, un sueño que todavía continua y continuará realizándose. Un sueño tan poderoso que pudo levantar las piedras del desierto para descubrir el último resquicio a donde se había ido a refugiar la muerte, el dolor del hombre en forma de un diminuto zancudo portador de la malaria.

«La teoría es excelente pero la práctica es mucho mejor» solía decir y con ese lema arrancaba la ciencia del gabinete, la ponía a lomo de mula y la hacia marchar hasta la ultima y desolada quebrada andina para encajarla en la práctica.

Tenía más de sesenta años cuando emprendió la tarea de sanear el norte de Chile del flagelo de la malaria. Organizó personalmente la campaña con médicos sanitarios, auxiliares, enfermeras, carabineros, sindicatos, obreros, curas, párrocos, terratenientes, etc. Movilizó todas las comunidades norteñas y erradicó definitivamente la malaria y sus anofeles. Los pormenores de esta campaña darían para un nutrido libro tan interesante y más importante que una campaña napoleónica. Al final logró hacer de Chile el primer país de América que ha eliminado totalmente esa enfermedad; triunfo sanitario del que nos enorgullecemos y que ha sido elogiosamente comentado en el exterior.

El relato de su actuación científica daría margen para más de un libro. En Italia comenzó sus notables investigaciones relacionadas

con la enfermedad tropical denominada filariasis; y realizó diversos estudios parasitológicos y sanitarios sobre el paludismo. Por sus acabados experimentos citológicos obtuvo las más altas distinciones de academias científicas.

En Chile el Dr. Juan Noé efectuó numerosas investigaciones sobre diversos parásitos patógenos y abordó también variados problemas biológicos, embriológicos e histológicos. Organizó el Instituto de Biología y formó una falange de investigadores que hoy prosiguen sus tareas científicas.

Durante 34 años iluminó con su sabiduría las cátedras de biología, histología y anatomía comparada en la Escuela de Ciencias Médicas de la Universidad de Chile. Sus alumnos son prácticamente todos los médicos chilenos actuales y grupos selectos provenientes de países extranjeros, que constituyen el testimonio vivo de la preparación básica que les diera el maestro.

Pero junto al hombre de ciencia había un extraordinario organizador sanitario. En la higiene rural encontró un ámbito para su acción realizadora; en ese aspecto su labor ha sido considerada como modelo de método, disciplina, abnegación y sentido de patriotismo.

La extinción de la malaria en Tarapacá, la encuesta y profilaxis antichagásica; la comprobación de diversas parasitosis en nuestro territorio; la lucha contra la anquilostomosis, la gestación del convenio sanitario entre Chile, Perú y Bolivia para prevenir y sofocar la viruela malaria, exantemático, fiebre amarilla y peste bubónica en las regiones limítrofes de los tres países señalados; la lucha antiaedes en Arica, la dirección de las encuestas sobre amebiasis y triquinosis; la orientación de los estudios sobre hidatidosis y la epidemiología de los parásitos intestinales; la creación de policlínicas ambulantes y fijas de diversos sectores rurales del país; la realización de encuestas sobre la brucelosis, los estudios médico-sociales en las zonas de endemias chagásica, compendian su labor sanitaria y de promoción de la salud colectiva… Y todavía en su constante combate contra la tiranía del tiempo y la lentitud burocrática se preocupó de la colonización, regadío, vialidad, racionalización agrícola, industrialización y turismo de la provincia de Tarapacá.

A la entrada del Instituto de Biología que lleva su nombre hay

un bronce esculpido en la ilustre forma de una leyenda en su base que dice: «Enseñemos una vez más a la juventud universitaria que el hombre sólo será feliz cuando ponga las maravillas del progreso y el milagro de lo material servicio del espíritu», conceptos que sintetizan la filosofía que impregnó toda su existencia.

El pueblo de Arica también quiso retener la insigne sombra y levantó un monumento a la memoria del que le ahuyentara para siempre el anofeles y su fatal malaria. El Congreso Nacional en sesión solemne lo incorporó a sus hijos extranjeros ilustres, junto a Bello, Gay y Domeyko, y extendió la ciudadanía chilena a todos sus descendientes nacidos en el exterior.

Pero donde su nombre continúa enriqueciéndose de la manera más viva, la única que él hubiera preferido es en el trabajo de esos centros de investigación que formó: el Instituto de Biología de la Universidad de Chile y el Departamento de Parasitología del Servicio Nacional de Salud. Allí continúa asociándose en forma indisoluble la investigación científica y su aplicación a los grandes problemas de la salud y el bienestar colectivo.

(Enero de 1952)

Un Cuento para Yerko

Este nombre tiene para mi resonancias externas y de piel adentro. La trabazón de las tres consonantes y las dos vocales débiles, me hacen recordar los ventisqueros magallánicos cuando se trizan para parir un témpano. Conozco uno en el fondo del seno de Última Esperanza, en el monte Balmaceda, que tiene la forma de un abanico. A través de los tiempos ha ido desprendiendo muchos otros témpanos que han erosionado el suelo formando una laguna. Aún hoy se pueden ver aprisionados en el propio lago que construyeron.

Unos tras otros están allí, grandes y pequeños, de todas las formas imaginables o inimaginables, deshaciéndose lentamente. No pueden salir al mar, si no cuando se han deshecho completamente, convertidos en agua cristalina, que ha formado también un pequeño arroyo hacia el mar. Es la naturaleza en constante destrucción y reconstrucción, un fenómeno geológico presente, vivo y curioso.

Los témpanos muestran sólo una octava parte de su volumen fuera de la superficie y las siete restantes permanecen ocultas. A veces se escoran como los barcos y hasta se dan vuelta de campana mostrándonos una nueva faz que no habíamos visto, generalmente una fantasía de oquedades y volúmenes tal cual una escultura abstracta que nos quiere decir algo que ni su mismo creador comprende.

Pero un hombre no es un témpano. La naturaleza no juega tan fácilmente con él. Sólo la muerte viene súbita o despacio desde la víscera más noble hasta la más innoble y puede tumbarnos solapadamente desde el vértice mas humano, como ocurrió con nuestro camarada Yerko Moretic. Su corazón se paralizó mientras dormía, la noticia inesperada me fue sacudiendo más que los temblores que se sucedían uno tras otro después del que causó el terremoto. De noche me sobresaltaba, pero menos de día, cuando tenia que apartar los escombros de mi casa en la punta de Los Liles, cerca de la cueva del pirata en Quintero. Por eso no pude volar a

sus funerales. Tampoco me gusta enviar telegramas ni tarjetas por intermedio de otros que concurren rutinariamente a los entierros. Hice una ceremonia más íntima que sólo un anciano como el mar me la comprendió. Él y yo guardamos el secreto. Después con una barreta me puse a mover piedras de cantera para que no me sorprendiera durmiendo.

En estos días en Quintero tiembla a cada rato y como los gusanos corrí mi cama hacia un rincón de la pieza porque dicen que los pilares no se caen. Por una grieta entra el sol todas las mañanas cual el filo de un cuchillito milagroso que rasga las sombras. El hombre en la costa nunca está solo, lo acompaña siempre el rumor del mar como los agigantados pasos de alguien que nunca llega. La luna aparece en ocasiones como desgarrones de nubes tormentosas, con una estrellita abajo como si alguien le hubiera puesto una cola. ¿Por qué estoy escribiendo todo esto? ¿Acaso Yerko me ha pedido un cuento para el suplemento dominical de «El Siglo»? O tal vez será porque nunca le escribí a Lenka, su hijita, cuando nadaba como una foca antártica o antofagastina que había atravesado el Océano Pacífico para ir a retozar en los mares del norte de la China. Yerko reía complacido pero nunca me creyó. Ahora recuerdo un relato de Joseph Emperaire en su libro de antropología *Los nómades del mar*. Se trata de un hecho real sucedido entre nuestros indios alacalufes en Puerto Edén. En una ocasión se perdió una canoa con una familia entera. Sólo encontraron en una playa el cadáver de un niño y a su lado, como cuidándolo una foca negra.

¿Acaso no será más que eso la muerte? Una gran foca negra que nos cuida mientras nos transformamos en nuevos materiales terrestres o alados.

Todo es más nuestro en la hora de los terremotos, de los temblores, de la muerte de 84 compatriotas, de nuestro amigo Yerko. Hasta el cobre se volvió más nuestro como si nuestra tierra hubiera aprovechado la catástrofe para parir un milagro.

A pesar de sus cuarenta y cuatro años y yo de mis sesenta y uno, una milenaria y entrañable amistad nos ligaba. Compartimos el pan, el vino y los trabajos partidarios en las horas duras. Aquí y en China, él como profesor de literatura hispanoamericana y yo como redactor y corrector de pruebas en español de la revista «China

Reconstruye». Buen título de revista para nuestro Chile en esos momentos.

Hubo una época en que se me ocurrió soñar actuando de acuerdo con mis más puros sentimientos y pensamientos. Me desesperaba y no lo logré. Por eso admiraba y quería a Yerko Moretic. Pocas veces he conocido a un hombre que actuara más sinceramente de acuerdo con lo que pensaba y sentía. Aunque le costara caro. Tal vez por eso la traidora lo sorprendió mientras dormía. Como todo ser humano, al fin, a veces, siguió la luz de su razón y, otras, los pasos de sombra de ese corazón que se le arrancó aprovechando el sueño.

Tenía un conocimiento profundo de la doctrina marxista-leninista y en su enraizamiento en la realidad latinoamericana, como lo prueban sus ensayos sobre José Carlos Mariátegui y sobre el cuento realista chileno y otros. Era centelleante su lucidez al discutir principios en medio del desviacionismo oportunista, solapado, calculado o equivocado. Porque hay de todo en la viña socialista del señor. Duro consigo mismo lo era a veces con los demás. En más de una ocasión conversando de hombre a hombre recibí el latigazo de su réplica. Era una mente transparente, como la verdad y no se podía mentir frente a él. Una vez perdió el saludo de un amigo común por una crítica que le hizo a su libro. No soportaba que en nombre de un falso patriotismo o de alguna ideología se le diera mala literatura a los jóvenes, y, sobre todo, al pueblo.

Hizo suyo el principio de Lenin en arte y literatura «a la clase trabajadora debe dársele lo mejor de lo mejor».

Pero también me desvié del cuento. Tal vez sea porque amaneció despejado y el sol me invita por la rendija a seguir apartando escombros. Es curioso en esta noche de temblores no he sentido ladrar a los perros, que tantos hay en esta península de Quintero que a veces no dejan ni dormir. No, uno nos está desmintiendo allá por la lejanía. Debe ser porque hace rato ya no tiembla. Dos pájaros liles pasan por la punta de rocas agrietadas que lleva su nombre. Al caer la noche estos liles pasan siempre hacia el mar abierto con un rumbo cierto y en las mañanas regresan como si hubieran efectuado una misteriosa labor nocturna. Tal vez éstos, los de esta mañana me traigan desde los altos mástiles del alba algo del espíritu de mi gran camarada muerto para que algún día pueda

escribir un gran cuento como lo exigía.

(Julio de 1971)

Pablo Neruda, Voz del Cosmos

Hace años, viajando en un barco carbonero desde Magallanes hasta Coronel, leía yo un libro de Roger Martin Du Gard titulado *Verano 1914*, al final del cual se insertaba un poema de Pablo Neruda. El libro quedó abierto en esa pagina sobre la mesa de la cámara de ingenieros; sólo estábamos en ella, después de cenar, un cuarto ingeniero y yo.

—¿Ud. entiende algo de eso…? —me dijo con curiosidad el oficial.

—¡Sí…, más o menos! —le respondí dubitativamente.

—Mire aquello —me dijo indicándome una linea del poema, y agregó—: ¿Podría Ud. decirme lo que quiere decir?

Lo leí: «Llamaría como un tubo lleno de viento o de llanto…» En esos mismos instantes ululaba el viento entre las jarcias. No supe que responder. Lo entiendo le dije, pero… con un gesto desesperado tomé una botella vacía que había a nuestro frente y soplando en ella, como hacen los niños con cualquier tubo de vidrio, arranqué ese tembloroso llanto de sirena que todos Uds. seguramente habrán escuchado más de una vez en sus juegos infantiles.

—¡Eso es! —le dije—, un tubo lleno de viento o llanto.

Me miró, como si mi cara se hubiera transformado de repente en la faz de un caballo, o algo así. El ingeniero se marchó sin decirme una sola palabra.

He aquí que algunos años más tarde me encuentro con un libro de 300 páginas, titulado *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética*" por Amado Alonso gran poeta a su vez, y prosista español; todo un bello libro dedicado a la filosofía y a la ciencia poética Nerudiana, trescientas páginas de sabiduría peninsular para responder a lo que yo contesté con un soplo en el gollete de una botella, en un instante de naufragio literario en medio del mar.

Naturalmente, lo primero que busqué en el libro de Amado Alonso fue aquel «tubo lleno de viento o llanto», y por suerte lo

encontré allí, analizado de este modo. Pertenece a «Barcarola» y dice así:

«Si existieras de pronto, en una costa lúgubre,
rodeada por el día muerto,
frente a una nueva noche,
llena de olas,
y soplaras en mi corazón de miedo frío,
soplaras en la sangre sola de mi corazón,
soplaras en su movimiento de paloma con llamas,
sonarían sus negras sílabas de sangre,
crecerían sus incesantes aguas rojas,
y sonaría, sonaría a sombras,
sonaría como la muerte,
llamaría como un tubo lleno de viento o llanto».

Congoja de agonía espiritual —analiza Alonso—. Si soplaras en mi corazón, frío de miedo, si soplaras en lo que tiene de corazón, no de caracol, si soplaras en lo vivo, en la sangre, en el aleteo llameante, entonces sonarían sus golpes de bomba irrigadora, hablaría directamente el corazón con sus negras sílabas de sangre (el pulso), sonarían las sílabas, flujos de roja marea, crecerían sus incesantes aguas rojas, y sonaría sombría y agónicamente, clamaría el corazón caracol como el lamento del viento entubado (¿es viento o es llanto?).

Los ojos de Pablo Neruda —dice en otra parte Amado Alonso— son los únicos en el mundo constituidos para percibir con tanta comprensión la invisible e incesante labor de auto desintegración a que se entregan todos los seres vivos y todas las cosas inertes, por debajo y por dentro de su movimiento o de su quietud. Son los únicos condenados a ver el drama.

«Del río que durando se destruye».

Verso espléndido donde se encierra la imagen definitiva de esta dolorosa visión de la realidad.

Teorías científicas modernas dicen que la vida probablemente se originó por la irradiación ultravioleta del sol a través de una atmósfera sin oxígeno, que no era la de ahora, e irradiando sobre un espeso y nutricio océano primitivo. De ese contacto habría surgido la primera célula que, como zigzagueante saeta, habría ido a

posarse en la arcilla fecunda. Allí, en la greda, el hijo del rayo y de las aguas se convirtió en alga y pez, en musgo y gusano en la orilla, que desintegrándose e integrándose mutuamente a través de la infinitud de las edades fueron formando la costra vegetal sobre la oscura, metálica y ciega bola que rueda en los espacios abismantes. Luego el árbol creó la atmósfera oxigenada. El gusano en su camino fue oscilando entre sus dos orígenes, horadando su sendero en el barro y levantando la cabeza por sobre el musgo cada vez que tropezaba con su rayo de sol. De tanto elevarla hacia la luz, un día se encontró de pie; pero arrastró consigo la yesca, musgo macerado en sol.

Desde entonces están de pie en el borde de la tierra, acompañándose gusano y musgo, hombre y árbol. El árbol quedó prendido a la tierra para siempre, viviendo hacia arriba y hacia abajo para poder dar a su compañero su aliento, la atmósfera oxigenada que necesitaba el hombre para desprenderse, y sustentándolo además con sus más tiernas raíces. Luego el viento vino y le dio su voz, tubo de risa y llanto, y al chocar en la ardiente yesca nació la tibia lengua, vibrátil, como la saeta primitiva, y desde entonces hasta ahora modula acerca de su oscuro origen, tratando de decirse quien es y a donde va.

A veces esta voz adquiere todas las resonancias del camino recorrido, y en el como si la sublimizada saeta quisiera construirse otra atmósfera aún, lejos del árbol, se oye, se siente algo así como la desesperada voz del cosmos. Este trance es la voz del poeta, del gran poeta como en Pablo Neruda, que ha brotado desde este lado de América para hondear al mundo con su cósmico acento. Viento que corre en la alta noche ululante muy cerca de las estrellas, vocea desde las profundidades marinas en una caracola, lame al planeta en su gira, traspasándolo todo, enraizándose en todo, yendo y viniendo desde y hasta su origen, el dramático punto donde ocurrió el milagro de esas fuerzas creadoras.

En la búsqueda de su origen y destino, choca a veces con los muros levantados por su propia mano, y como una mariposa ciega palpa la materia, la ausculta, la interroga, cae rendido de admiración como en las «Alturas de Macchu Picchu»:

«Águila sideral, vina de bruma.
Bastión perdido, cimitarra ciega.

Cinturón estrellado, pan solemne.
Escala torrencial, parpado inmenso.
Túnica triangular, polen de piedra.
Lampara de granito, pan de piedra.
Serpiente mineral, rosa de piedra.
Caballo de la luna, luz de piedra.
Escuadra equinoccial, vapor de piedra.
Geometría final, libro de piedra.
Témpano entre las ráfagas labrado.
Madrépora en el tiempo sumergida, etc.»

En un artículo titulado «Neruda, poeta grandísimo», Ramón Gómez de la Serna empieza diciendo: «Yo que estoy en playa solitaria para juzgar a los poetas y las circunstancias, puedo decir que en días cruentos y antes de evadirme de ellos los únicos libros que pude leer entre el estruendo de la pólvora fueron los de Neruda. Fui de los primeros que se dieron cuenta de que él era el portador de la verdad poética nueva en el castellano universal, ni el de allí, ni el de acá, sino el que está por encima de todos en la estratósfera».

«Hubo un momento sin embargo en que creí que peligraba de muerte cierta clase de poesía por haberse metido en el tremedal de las circunstancias, pero como ha dicho el poeta Artaud "cuando la guerra se va, la poesía entra".

»Ya la prosa esperaba engullirse a esa poesía —continúa Ramón Gómez de la Serna, —porque la prosa es la tierra a que va a parar el nuevo cadáver de la poesía "el cadáver exquisito".

»Pero el jinete del caballo verde había salvado el abismo».

En esa misma época 1935, se hizo en España una tirada especial de sus tres poemas inéditos los *Tres Cantos Materiales*, y a la cabeza de esa tirada apareció este preámbulo firmado por los mejores poetas de la España contemporánea.

El preámbulo decía:

«Chile ha enviado a España al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para honor del idioma castellano».

«Nosotros, poetas y admiradores del joven e insigne escritor americano, al publicar estos poemas inéditos —últimos testimonios

de su magnífica creación— no hacemos otra cosa que subrayar su extraordinaria personalidad y su indudable altura literaria.

»Al reiterarle en esta ocasión una cordial bienvenida, este grupo de poetas españoles se complace en manifestar una vez más y públicamente su admiración por una obra que sin disputa constituye una de las más auténticas realidades de la poesía de lengua española».

Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Gerardo Diego, León Felipe, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salina, Miguel Hernández, José A. Muñoz Rojas, Leopoldo y Juan Panero, Luis Rosales, Arturo Serrano Plaja, Luis Felipe Vivanco.

En su revista *Caballo verde* Neruda escribe en España por esa misma fecha, con el título de «Conducta y Poesía», lo siguiente:

«Cuando el tiempo nos va comiendo con su cotidiano decisivo relámpago, y las actitudes fundadas, las confianzas, la fe ciega se precipitan y la elevación del poeta tiende a caer como el más triste nácar escupido, nos preguntamos si ha llegado ya la hora de envilecernos.

»La adolorida hora de mirar como se sostiene el hombre a puro diente, a puras uñas, a puros intereses. Y como entran en la casa de la poesía los dientes y las uñas y las ramas del feroz árbol del odio.

»¿Es el poder de la edad o es, tal vez, la inercia que hace retroceder la fruta en el borde mismo del corazón, o tal vez lo "artístico" se apodera del poeta y en vez del canto salobre que las profundas olas deben hacer saltar, vemos cada día al miserable ser humano defendiendo su miserable tesoro de persona preferida?

»¡Ay, el tiempo avanza como ceniza con aire y con agua! La piedra que ha mordido el légamo y la angustia florece de pronto con estruendo de mar, y la pequeña rosa vuelve a su delicada tumba de corola. El tiempo lava y desenvuelve, ordena y continua.

»Y entonces, {qué queda de las pequeñas podredumbres, de las pequeñas conspiraciones del silencio, de los pequeños ríos sucios de la hostilidad? Nada, y en la casa de la poesía no permanece nada sino lo que fue escrito con la sangre para ser escuchado por la sangre».

Esto ocurría y fue dicho por Pablo Neruda allá por el año 1935 estando en España. Desde entonces hasta ahora el poeta no ha

hecho otra cosa que ratificar y ahondar con sus actos y con su verso esa «conducta y poesía».

El adolescente apasionado, gran poeta ya, de «Crepusculario», de aquellos famosos *20 Poemas de Amor y una Canción Desesperada*, va pasando en el tránsito de esos quince años a ser el más grande poeta revolucionario de nuestro tiempo. Abrasada su alma por la hoguera de la revolución española escribe en *España en el corazón*:

«Preguntaréis: Y donde están las lilas?
Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y pájaros?

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?
Venid a ver la sangre por las calles,
Venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles».

La guerra española sólo fue el preludio de la hecatombe que, luego, en medio de ella, nuevamente abrasado por los horrores bélicos, entonara no un himno de guerra sino de paz como es «Canto de Amor a Stalingrado».

«En la noche el labriego duerme, despierta y hunde
su mano en las tinieblas preguntando a la aurora:
alba, sol de mañana, luz del día que viene,
dime si aún las manos más puras de los hombres
defienden el castillo del honor, dime aurora,
si el acero en tu frente rompe su poderío,
si el hombre está en su sitio, si el trueno esta en su sitio,
dime, dice el labriego, si no escucha la tierra,
como cae la sangre de los enrojecidos
héroes, en la grandeza de la noche terrestre,
dime si sobre el árbol todavía está el cielo,

dime si aún la pólvora suena en Stalingrado».

Continúa ahondándose esta «actitud y poesía» cuando en el poema dedicado a Abraham Lincoln, «Que despierte el Leñador» expresa:

Paz para los crepúsculos que vienen,
paz para el puente, paz para el vino,
paz para las letras que me buscan
y que en mi sangre suben enredando
el viejo canto con tierra y amores,
paz para la ciudad en la mañana
cuando despierta el pan, paz para el río
Mississipi, río de las raíces,
paz para la camisa de mi hermano,
paz en el libro como un sello de aire,
paz para el gran Koljós de Kiev,
paz para las cenizas de estos muertos
y de estos otros muertos, paz para el hierro
negro de Brooklyn, paz para el cartero
de casa en casa como el día
paz para el coreógrafo que grita
con un embudo a las enredaderas,
paz para mi mano derecha,
que sólo quiere escribir Rosario,
paz para el boliviano secreto
como una piedra de estaño, paz
para que tú te cases, paz para todos
los aserraderos de Bío-Bío,
paz para el corazón desgarrado
de España guerrillera,
paz para el pequeño Museo de Wyoming
en donde lo más dulce
es una almohada con un corazón bordado
paz para el panadero y sus amores
y paz para la harina, paz
para todo el trigo que debe nacer,
para todo el amor que buscara follaje,
paz para todos los que viven: paz

para todas las tierras y las aguas.

Después, recientemente, culmina esta «actitud y poesía» con la declaración del poeta en plena madurez, hecha en México en un acto similar a éste, en el Congreso de los Partidarios de la Paz. Es, seguramente, la decisión más trascendental que un artista y un hombre haya asumido en su vida:

«Quiero deciros, —declara— por primera vez, una importante decisión personal que no traería a este recinto sino fuera porque me parece estrechamente ligada a estos problemas. Hace poco firmé un contrato en Budapest para la publicación en lengua húngara de una antología de todos mis poemas. Y luego de firmado, en una reunión con traductores y editores, se me pidió que indicara yo mismo, página por página, lo que debía ser incluido en este libro. Yo había visto miles de jóvenes muchachos y muchachas que empezaban a llegar a Hungría de todos los puntos del planeta para participar en el Festival Mundial de la Juventud; yo había visto, entre los escombros de Varsovia, salir caras de jóvenes estudiantes que entre sus clases de anatomía levantaban de nuevo el destruido pedestal de la paz; yo había visto con mis ojos los inmensos edificios construidos en unas cuantas semanas sobre los escombros de Stalingrado, por 25 mil jóvenes voluntarios llegados de Moscú, yo escuché en aquellas tierras como un rumor de abejas de una arboleda infinita, la alegría pura, colectiva, innumerable, de la nueva juventud del mundo.

»Y cuando aquel día, después de tantos años de no leer mis antiguos libros, recorrí, frente a los traductores que esperaban las ordenes para empezar su trabajo, aquellas páginas en que yo puse tanto esfuerzo y tanto examen, vi de pronto que ya no servían, que habían envejecido, que llevaban en si las arrugas de la amargura de una época muerta. Una por una desfilaron aquellas paginas, y ni una sola me pareció digna de salir a vivir de nuevo. Ninguna de aquellas paginas llevaba en sí el metal necesario a las reconstrucciones, ninguno de mis cantos traía la salud y el pan que allí necesitaban.

»Y renuncié a ellas. No quise que viejos dolores llevaran el desaliento a nuevas vidas. No quise que el reflejo de un sistema que pudo inducirme hasta la angustia fuera a depositar en plena edificación de la esperanza el légamo aterrador con que nuestros

enemigos comunes ensombrecieron mi propia juventud. Y no acepté que uno solo de esos poemas se publicara en las democracias populares. Y aún más hoy mismo, reintegrado a estas regiones americanas de las que formo parte, os confieso que tampoco aquí quiero ver que se impriman de nuevo aquellos cantos.

»Hemos llevado los poetas de este tiempo dentro de nosotros mismos las dos fuerzas contrarias que producen la vida. Y ha llegado la hora en que debemos escoger. No se trata puramente de escoger nuestra conducta: Se trata de escoger la responsabilidad dentro de nuestro propio ser.

»Todo un sistema moribundo ha cubierto con emanaciones mortales el campo de la cultura, y muchos de nosotros hemos contribuido de buena fe a convertir en más irrespirable el aire que pertenece no sólo a nosotros, sino a todos los hombres, a los que viven y a los que van a nacer.

»¿Por qué vamos a dejar marcadas nuestra huella sobre la tierra, como la que dejaría en la arcilla mojada la desesperación del ahogado?»

En esa ocasión la voz de Pablo Neruda no estaba sola, a su lado resonaba la de Joliot Curie, el más grande físico de nuestro tiempo, que precisamente como el gran poeta en busca de sus rastros materiales dio, quizá, con la antesala del dramático origen de la vertiginosa saeta. Joliot Curie dice con voz angustiada, amedrentado ante el escamoteo de su hallazgo de su ciencia:

«Que la admirable serie de descubrimientos científicos, iniciados a comienzos del siglo veinte por Henry Becquerel y por Pierre y Marie Curie, tengan como colofón el esgrimir sobre la especie humana la amenaza de su destrucción con la bomba de hidrógeno, constituye una grave advertencia para todos, y en particular para los hombres de ciencia.

»Como lo he dicho ya varias veces, los hombres de ciencia no deben ser los cómplices de aquellos que una mala organización social deja que exploten los resultados de sus trabajos con fines egoístas y dañinos.

»Nosotros consideraremos como criminal el Gobierno que primeramente utilice el arma atómica contra no importa que país.

»Nosotros, los Partidarios de la Paz, continuaremos nuestra obra de difundir la Verdad, de llamar a la razón y a la acción, sin

subestimar ningún factor favorable, venga de donde venga, pero sin ceder a ninguna amenaza ni a ningún chantaje».

Junto a estas voces también están las de los más grandes valores en la ciencia y en el arte: Haldane, Ehremburg, Bernal, Aragón, Eluard. Y aquí en Chile dos altas cumbres del arte americano con significación universal, Gabriela Mistral y Claudio Arrau, símbolos de paz; de esa paz definitiva, perenne, que la tierra necesita para que en ella el hombre desarrolle su hallazgo de la energía atómica en su beneficio y no en su destrucción. La paz en que el hombre pueda suprimir la esclavitud, la explotación, el hambre, y dedicarse más a sí mismo para que florezcan las más bellas manifestaciones humanas como en estos mismos instantes las da un Arrau, una Mistral, un Neruda.

Hace algunos días, supe por un amigo que había llegado a Chile un libro inmenso, editado en México. Fui a verlo, se llama *Canto General*, de Pablo Neruda. Es un ancho y voluminoso libro, una obra de arte tipográfico y de encuadernación. Al levantar la tapa se descubre un cuadro en colores del gran pintor mexicano Diego Rivera con una interpretación de las imágenes de ese *Canto General*. Al final del libro, en el interior de la contra-tapa, hay otra pintura del otro gran pintor mexicano Alfaro Siqueiros. Esta pintura es más simple, pero quiero decir más grandiosa para mi. Representa un hombre de faz borrosa y ciega, con un horizonte de fuego a sus espaldas, limitando un extraño mar de nutricio colorido, y emergiendo de él, con los brazos en alto, como si fuera a abrazar la inmensidad.

No tuve tiempo para leer tan gran libro, quizás de cuantas páginas; me abismó un poco. Pero cogí algunos retazos de ese final que precisamente había inspirado la ilustración de Siqueiros, y los traigo aquí como una primicia del ultimo acento de la voz cósmica de nuestro gran poeta.

«Yo soy un carpintero ciego, sin manos
He vivido
bajo las aguas consumiendo frío,
sin construir las cajas fragantes, las moradas
que cedro a cedro elevan la grandeza,

pero mi canto fue buscando hilos del bosque,
secretas fibras, ceras delicadas,
y fue cortando ramas, perfumando
la soledad con labios de madera.

Amé cada materia, cada gota
de púrpura o metal, agua y espiga
y entré en espesas capas resguardadas
por espacio y arena temblorosa,
hasta cantar con boca destruida,
como un muerto, en las uvas de la tierra.

Arcilla, barro, vino me cubrieron,
enloquecí tocando las cadenas
de la piel cuya flor fue sostenida
como un incendio bajo la garganta,
y en la piedra pasearon mis sentidos
invadiendo cerradas cicatrices.

He visto el mal y al malo, pero no en sus cubiles.
Es la historia de hadas la maldad en caverna.
A los pobres después de haber caído
al harapo, a la mina desdichada,
le han poblado con brujas el camino.
Encontré la maldad sentada en tribunales:
En el Senado la encontré vestida
y peinada, torciendo los debates
y las ideas hacia los bolsillos.
He visto el mal y para
desterrar esta pústula he vivido
con otros hombres, agregando vidas,
haciéndome secreta cifra, metal sin nombre,
invencible unidad de pueblo y polvo.

Pero cuando fui piedra y argamasa
torre y acero, sílaba asociada:
cuando estreché las manos de mi pueblo
y fui al combate con el mar entero;

cuando dejé mi soledad y puse
mi orgullo en el museo mi vanidad en el
desván de los carruajes desquiciados,
cuando me hice partido con otros hombres, cuando
se organizó el metal de la pureza,
entonces vino el mal y dijo: "Duro
con ellos, a la cárcel, mueran!"»

Otros fragmentos:

He renacido muchas veces, desde el fondo
de estrellas derrotadas, reconstruyendo el hilo
de las eternidades que poblé con mis manos,
y ahora voy a morir, sin nada más, con tierra
sobre mi cuerpo, destinado a ser tierra.

Otro:

Quiero que otros se preocupen de los osarios…
El mundo
tiene un color desnudo de manzana: los ríos
arrastran un caudal de medallas silvestres
y en todas partes vive Rosalia la dulce
y Juan el compañero…

De «Testamento»:
Dejo a los sindicatos
del cobre, del carbón y del salitre
mi casa junto al mar de Isla Negra.
Quiero que allí reposen los maltratados hijos
de mi patria, desbaratada en su sagrada sangre
consumida en volcánicos harapos.

Hermano ésta es mi casa, entre en el mundo
de flor marina y piedra constelada
que levanté luchando en mi pobreza,
Aquí nació el sonido en mi ventana
como en una creciente caracola
y luego estableció sus latitudes

en mi desordenada geología.

Dejo mis viejos libros recogidos
en rincones del mundo venerados
en su tipografía majestuosa,
a los nuevos poetas de América.
A los que un día
hilarán en el ronco telar interrumpido
las significaciones del mañana.

(Disposiciones)

Compañeros, enterradme en Isla Negra
frente al mar que conozco a cada área rugosa
de piedras y de oro que mis ojos perdidos
no volverán a ver.

Quiero ser arrastrado
hacia abajo en las lluvias que el salvaje
viento del mar combate, y desmenuza
y luego por los cauces subterráneos, seguir
hacia la primavera profunda que renace.
Abrid junto a mi el hueco de la que amo, y un día
dejadla que otra vez me acompañe en la tierra.

Yo no voy a morirme. Salgo ahora
en este día lleno de volcanes
hacia la multitud, hacia la vida.

Este libro termina aquí. Ha nacido
de la vida como una brasa, como los territorios
de bosques incendiados y deseo
que continúe como un árbol rojo
propagando su clara quemadura.

Libro común de un hombre, pan abierto
es esta geografía de mi canto,
y nacerá de nuevo esta palabra

tal vez en otro tiempo sin dolores,
sin las impuras hebras que adhirieron
negras vegetaciones en mi canto,
y otra vez en la altura estará ardiendo
mi corazón quemante y estrellado.

Así termina este libro, aquí dejo
mi canto general escrito
en la persecución, cantando bajo
las alas clandestinas de mi patria.

Hoy 5 de febrero, en este año
de 1949, en «Godomar
de Chena», algunos meses antes
de los 45 años de mi edad.

Una semana atrás un amigo me invitó a un viaje por la costa. Nos detuvimos en Isla Negra; la casa de piedra del poeta permanecía cerrada, muda, con su carpintería sin manos ni ventanas, como una roca que el mar le hubiera ido a dejar hasta la colina próxima. Había una extraña unidad de aguas y tierras en aquel paisaje, algo vivo, que lo hacía uno detenerse y dejarlo estático, no sé si era el mar que se lo comunicaba a la tierra o alguna presencia más viva que vagantes entre sus límites. Ascendimos por un sendero a cuya vera las lluvias habían desnudado las raíces de un espino, ese árbol tan chileno, de corazón como un sol orlado por la noche y tan preferido en los cantos del poeta. En un recodo del sendero nos encontramos con un hombre del pueblo de esas tierras que nos saludó confundiéndonos con el poeta. Traemos el recuerdo con el respeto y la humildad con que en esos instantes palpitó nuestro corazón.

—Don Pablo Neruda está muy lejos de aquí…, esta desterrado de Chile —le dijimos sacándolo de su error.

—¿A don Pablo…? ¡Nadie puede desterrarlo de Chile —nos contestó— ¡Aunque esté lejos siempre lo recordamos como si estuviera aquí…!

Me pareció que se llevaba la mano al corazón.

¡Si, Pablo Neruda estaba allí, era esa presencia más viva que flotaba en el aire, en la tierra y en el mar, creciendo hacia la luz y

hacia la sombra en el corazón del espino, enraizado en la profundidad de Chile, en el corazón de ese hombre del pueblo, en el de Uds., en el mio, y por eso lo hemos traído esta tarde hasta aquí!

(Discurso pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile en Julio de 1950 en un acto de homenaje a Claudio Arrau, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, organizado por la Alianza de Intelectuales).

Joaquín Edwards Bello

Nace Joaquín Edwards Bello el 10 de mayo de 1887 en Valparaíso y muere el 19 de febrero de 1968 en Santiago, por su propia determinación al cabo de una larga y progresiva parálisis general.

La noticia de su trágica muerte la supe por nuestro común amigo el pintor Camilo Mori, quien me llamó por teléfono poco después de su fallecimiento a las ocho cuarenta y cinco de aquella mañana. En nombre de la Sociedad de Escritores de Chile acudí inmediatamente a su casa de la calle Santo Domingo. Se había disparado un balazo en el paladar con un revólver Colt de calibre 38, que le había entregado su padre cuando murió en Paris «para que se protegiera».

El 12 de noviembre de 1970, en busca de datos para hacer la presentación de sus Obras Escogidas, tal vez para ocultar mi incapacidad de análisis clasificatorio ante un escritor tan desbordante como nuestros ríos cordilleranos en primavera, pero con su propio timón de hombría, de tan hondo calado, me dirigí de nuevo a su casa de Santo Domingo 2315 y recogí de viva voz de su admirable compañera, rasgos humanos que me parecen reveladores para la aportación del conocimiento de su personalidad.

Esa tarde un bullicioso coro de niñas salía de una escuela que queda frente a la casa y no pude menos que acordarme de la crónica desde la escuela, donde él recuerda la de su infancia.

Marta me trajo una carpeta con artículos escritos a propósito de su muerte; pero en esos instantes nos detuvieron los acordes de la Canción Nacional que provenían de un televisor que escuchaba una niña en la pieza contigua. Se trataba de una cadena nacional de radio y televisión, por la cual el Presidente de la República Salvador Allende anunciaba el restablecimiento de las relaciones de Chile con Cuba.

Marta se acordó entonces que Emilio, hermano de Joaquín, había sido el último Embajador chileno en ese país, y me mostró una fotografiá que les había enviado desde La Habana. «Era un

enamorado de Cuba —me dice—, y murió pocos meses después que Joaquín. Eran los hermanos más unidos. Primero fue cónsul, después ministro, y últimamente como embajador no recibía sueldo porque trabajaba «ad honorem». Me muestra una crónica que escribió Joaquín sobre su hermano embajador. Anoto un fragmento: «Es difícil imaginarle vestido de papagayo, con sombrero emplumado y con la espadita que ni pincha ni corta… Sin etiqueta es Emilio… Alimenta ilusiones, el que las mata es un canalla… No ha matado lo mejor de la entraña nacional: la generosidad y la hospitalidad. Convida como un *jockey*. Derrocha como un pobre. Sabido es que los ricos ahorran. Los pobres gastan. Pregunten a cuanto chileno regresa de Cuba, cómo estuvo Emilio».

Marta Albornoz es una mujer de cuarenta y siete años de edad; a pesar de los dos infartos que ha sufrido después de la muerte de su marido, se mantiene joven y hermosa, con esa sagacidad de la mujer chilena mezclada a una ternura maternal para juzgar a los hombres. Los recuerdos de su vida con Joaquín me parecen a menudo los de los adolescentes, a pesar de la diferencia de años entre ambos.

«El último “jueves” de Joaquín se publicó el 15 de febrero con el título de “El tesoro de Valparaíso”, una crónica que ya había sido publicada en marzo de 1956. Es el único escritor a quien se le han republicado sus crónicas en el mismo diario, “La Nación”, a través de los años. No perdían interés. Un día estábamos sacando las cuentas con él y llegamos a la conclusión de que eran doce mil las que había escrito. Me conoció de ocho años. Mis padres tenían un emporio en la calle Maruri. Él trabajaba en el Departamento de Extensión Cultural que dirigía Tomas Gatica Martínez. Allí también trabajaban Pablo Neruda, Marta Brunet, Antonio Acevedo Hernández y Carlos Casassus. Después de mis humanidades entré a trabajar en ese Departamento como secretaria y dactilógrafa, ayudando en sus trabajos a Joaquín y a Antonio Acevedo. Con el tiempo, mi padre me sacó del Departamento y me instaló con un peluquería y una paquetería en el mismo local, para que me independizara. Estábamos pololeando con Joaquín; pero peleamos y no nos vimos más. Yo me casé con Oscar Cadiz, mi primer marido, padre de mi hijo Daniel. Joaquín se había casado con Ángeles Dupuy, una española que falleció en 1926».

«En una ocasión fui a ver a doña Ana Luisa Bello Rozas viuda de don Joaquín Edwards Barriga, padres de Joaquín. Estaba muy enferma. Doña Ana Luisa me tenía especial estimación. ¿Por qué no te casas con Joaquincito?, me dijo: No, yo ahora soy viuda y tengo un hijo. Es que él también es viudo, Martita, piénsalo, me dijo ella. Tiempo después me llamó Joaquín para decirme que su mamá había muerto. Nos vimos. Él quería casarse. Yo le contesté que ya me había hecho una «chanchada» cuando estaba soltero y que ahora tenía que fijarme mucho para casarme. Fue a hablar con mi mamá. No quiero que piensen mal de ti, me dijo. Bueno, nos casamos, pero con separación de bienes, porque yo tengo uno chiquitito y tú dos grandes. El 19 de marzo de 1953 nos casamos».

Marta es una mujer sencilla, de hablar claro y directo, como a Joaquín le gustaba escribir. Al leer sus crónicas me he encontrado con giros pintorescos. Por ella supe que algunos son expresiones suyas que a Joaquín le gustaban. No creo que se pueda conseguir una imagen más íntima y humana del hombre como a través de las palabras de su viuda, y por eso continué en la tarea durante ese día, al siguiente en una Oficina de la Editorial y en un banco de la Plaza de Armas.

«Creo que siempre fue el amor de toda mi vida. Me casé con el padre de Daniel, que también era un buen hombre, porque no me iba a quedar soltera. Tuvimos solamente un disgusto grave, una vez, por culpa de una mujer que lo perseguía. Él no tenía la culpa. Era el hombre más bueno que pisa la tierra; no es porque esté muerto. Una vez, durante un almuerzo en el hotel Crillón, el escritor Manuel Vega me preguntó: "¿Y como le ha salido el marido?". ¡Yo estoy feliz, porque me he sacado el gordo de la lotería!, contesté. Al otro día Manuel Vega escribió en "El Diario Ilustrado" contando la anécdota; pero agregó que él creía "que era Joaquín Edwards el que se había sacado el gordo de la lotería"»

«Nunca se enojaba conmigo. Se ponía nervioso, de mal genio, pero con otras gentes. Sobre todo peleaba y discutía a gritos cuando le cambiaban palabras en la imprenta, y ya no había remedio porque el diario o el libro había salido. "En el viejo almendral", editado por "Orbe", en vez de "una mujer jarifa con ojeras negras", le pusieron "una mujer jirafa con orejas negras". "Las golondrinas tasaban el suelo" en vez de "rasaban". Yo le decía, pero si no es

conmigo que estás peleando, te encuentro toda la razón que después de rajarte la cabeza escribiendo te lo echen a perder».

«Era de lo más simpático estar con él. Cuando lo recibieron en la Academia estaba Carlos Ibañez del Campo y se reía como un niño chico al oír lo que contaba Joaquín. Conversando con él tenía como "un ángel", por medio del cual le traspasaba a uno su modo de pensar. Cuando se deprimía por la enfermedad yo le decía: mi hijito, ¿qué está escribiendo un articulo? No escriba, que se va a sentir mal. Cuénteme mejor sus amores que tuvo por Paris, Madrid, Barcelona y otras partes. A veces me hacia caso y empezaba a contarme, como por ejemplo, una vez que viajaba con Olga Cousiño para España y pasaron por Río de Janeiro. Él le dijo que iba a ver a una negra. Tráeme su fotografía para creerte, le dijo la Cousiño, y le trajo efectivamente una fotografía con una hermosa negra —que se llamaba Diamantina. De vuelta pasó por Río y se vistió con un elegante traje blanco para ir a ver a Diamantina; pero se cayó por la escotilla de una carbonera y quedó todo tiznado y tan machucado que tuvo que hacer el resto del viaje en cama. "Uno propone y Dios dispone", decía él».

«De lo mas bueno para comer. Tomábamos desayuno en el centro. Después se venia a escribir o a pintar. A veces se despertaba a las cinco de la mañana y se levantaba a escribir una crónica, porque jamás lo hacía en cama, o bien pintaba un cuadro».

Marta me muestra una acuarela de pálido colorido, algo nostálgico, que cuelga en el *living*. En el primer plano se ve a una dama sentada en elegante silla tocando una guitarra y con un loro en el hombro. Al fondo, una pila de agua y una catedral de dos cúpulas, enmarcada por largos bloques que semejan nichos de cementerio sobre arcadas de medio punto romano. Otras mujeres de mantos y vestidos largos llevan flores a la que toca la guitarra. Un coche de caballos y con gente pasa al trote. Predominan los colores amarillo sombrío y verde gusano. Fue un sueño que tuvo una noche. Se despertó y se levantó a pintarlo. De allí tal vez esa surrealidad onírica en sus colores deslavados. Me hizo recordar, por contraste, otro cuadro suyo sobre los funerales de Lenin en la Plaza Roja, que obsequié a la Sociedad de Escritores de Chile y que junto al de Camilo Henríquez, de Mosella, presiden su sala de sesiones.

También Marta me muestra un retrato pintado de su bisabuelo

don Andrés Bello. El personaje tiene en la mano una carta dirigida a «Mi querido Joaquín», frases borrosas en que aparece «Chile», y abajo la firma. Es de una conmovedora ternura esta misiva de ultratumba dirigida al bisnieto.

«Como le dije —continúa Marta— no podía escribir en cama, aunque estuviera enfermo. Lo hacía sentado o medio sentado. Caminaba mucho. No voy a invitaciones, me decía, porque no puedo estar mucho tiempo sentado. A los tontos graves no los podía ver; cruzaba la calle o pasaba de largo. Le encantaba conversar con la gente inteligente. Una vez veníamos en tren de Valparaíso a Santiago y nos encontramos con Pablo Neruda. "Hombre, por qué no has ido últimamente a la casa", le dijo Neruda. Joaquín le contestó: «Hombre, no voy porque tengo un enemigo". "¿Quién?". "¡Mi peor enemigo es Joaquín Edwards Bello!". Al tiempo Pablo Neruda le mando un libro en que aparecía "Mi peor enemigo es Pablo Neruda". En esa ocasión le recité a Neruda esos versos que dicen: "Me gustas cuando duermes porque estás como ausente". Corrijo a Marta y le digo que el verso es "Me gustas cuando callas…" Bueno, me dice, después lo escribiría así, pero yo lo aprendí de esa manera. Le digo que a mí me pasa lo mismo con Neruda, que le cambio palabras a mi gusto cuando recito sus versos. Le dije —continúa Marta—, que a mí me gustaba la poesía con rima y no en prosa. Entonces Joaquín nos hizo cambiar de conversación».

«Si lo hubiera parido no lo hubiera conocido tanto. Le adivinaba el pensamiento. Cuando él me decía traeme…, yo adivinaba qué libro era el que necesitaba y se lo llevaba. Entonces, riendo, exclamaba "¡Ah, con adivinas no juego!". Le gustaba que estuviera siempre a su lado, aún cuando escribía. ¡Ojalá quisiera ser la hechizada y estar con mi nariz junto a ti y haciendo al mismo tiempo la comida en la cocina!, le decía yo».

«A veces le preguntaba, ¿qué estás escribiendo?, y él me leía la crónica. ¡Pero aquí le cortas la cabeza a todo el mundo! Por eso escribo en "La Nación", porque me publican lo que yo quiero. Nadie me puede discutir lo contrario, porque yo no voy a escribir una cosa que no sea así. Antes de empezar consultaba sus archivos y sus libros».

«En 1960 le dio el primer ataque de hemiplejia y quedó paralítico de las dos piernas y las manos. En una ocasión el doctor

me dijo: “de esta noche no pasa, lo veo muy mal”. Él sospechó algo. Entonces le dije: el doctor dice que no tienes nada, que son tus puros nervios. Que no vengan más entonces los doctores. Ésta no es vida, sino agonía. El doctor Lezaeta le había regalado un libro y seguí sus instrucciones. Empecé a hacerle masajes con una toalla mojada en agua fría. Cataplasmas con una sábana de barro y en los pies una bolsa de agua tibia. No podía dormir a pesar de los calmantes. Después de los masajes empezó a dormir bien. Esa noche crítica yo no me despegué de su lado. Durmió hasta el otro día a la una. La sangre no le circulaba bien. Le ortigué el cuerpo desde las plantas de los pies hasta arriba. Después que le quité las espinas de la ortiga me dijo: “Mi hijita, tengo hambre, dame caldo de pollo”. Se recuperó después de tres meses, hasta que lo hice andar. “Me da vergüenza que me vean”, decía. Salíamos en auto, y una vez quiso ir a Valparaíso y llegamos hasta el Casino».

Marta me muestra una foto tomada en Valparaíso. «Le gustaba que nos tomáramos fotos en las plazas públicas». Se le ve recuperado, casi joven, con un elegante traje a rayas, de corbata negra «humita» y su característico sombrero a lo Carlos Gardel.

«Recuperó la pierna derecha completamente, pero no así la mano; luego pudo andar solo por todas partes. Se mantuvo tres años así. Un día vi que estaba como dibujando algo. “Estoy afirmando la mano para poder escribir”, me dijo; pero era una carta que guardó: “¡Mi Martita adorada: Perdoname lo mucho que te hago sufrir. Si me voy es culpa exclusiva mía. Perdóname. Yo no puedo más con esta tremenda agonía. Tu Joaquín”. Al reverso de la carta y en lápiz hay varios dibujos de objetos domésticos, por ejemplo, una silla, una palmatoria, con su vela como un llanto derramado».

«El domingo 18 de febrero por la tarde me pidió “un libro del escritor que más me gusta”. ¿Cual? “De Joaquín Edwards Bello…” Le traje *Memorias de un cuarto de siglo*. Seis meses después de su muerte, arreglando sus libros, me encontré con esta dedicatoria: “Me voy. Perdóname Marta. Te quiero. Adiós. Tu Joaquín”».

Le faltaban sólo meses para cumplir ochenta y un años.

El Destino de una Vida

Joaquín Edwards Bello casi no requiere análisis ni clasificaciones eruditas. Basta con leer sus novelas y crónicas para saber de qué clase de hombre se trata. Con motivo de su muerte, se dijeron hermosos discursos en sus funerales y en los diarios y revistas se siguió escribiendo durante mucho tiempo sobre su extraordinaria personalidad.

En una crónica de Augusto Iglesias «Joaquín Edwards Bello y el destino de una vida», aparecida en el diario «El Mercurio», nos encontramos con algunas expresiones que reflejan su filosofía personal. Es un diálogo que ocurre entre los dos amigos con motivo de la muerte de Francina, hija de Augusto. «Cuanto relataré enseguida es copia casi textual de lo anotado esa tarde de julio de 1952», dice Iglesias:

—Comprendo…; pero no estoy de acuerdo contigo… hay algo más espantable que la Muerte.

—¿Qué cosa?

Él continuó un poco inmutable:

—El que los seres humanos estuviesen condenados a vivir una eternidad… Una eternidad para mí, por ejemplo, viendo a don… (aquí he sacado algunos nombres propios de personas vivas y muertas) leyendo los artículos de fulano de tal, lo encuentro más insoportable que dormir para siempre, como un bacalao cualquiera, en esos barriles de cemento que la gente llama nichos, en el Cementerio General.

—Yo no tengo una filosofía así, que más que un modo de razonar es una manera de expresar una desesperación…; al fin y al cabo, yo creo que la inteligencia no muere…

—¿Eres espiritualista?

—Creo en otra forma de vida que la de este traje de mono civilizado del cual muchos se hallan tan orgullosos…

—Digamos, en una alma inmortal. ¿Me equivoco?

—¿Por qué inmortal? (y subrayó esta palabra con la entonación de la voz). Eso que has denominado alma, yo la llamo Vida descarnada; y ésta, a su vez, puede tener una serie sucesiva de muertes que, para mí, son otros estadios ascendentes o descendentes de la evolución progresiva o de la evolución regresiva… Además, la Vida descarnada puede, durante un tiempo, actuar con más vigor que cuando estuvo encarnada…

—¿En qué forma?

—Como idea, como sugestión, como libro, como poema… {¿Tú crees, que Shakespeare no es más grande y respetable hoy que durante la época Isabelina? ¿No es seguro, desde otro ángulo, que Marx y Lenin son más caudillos hoy que cuando el primero era mártir de trastornos circulatorios y el segundo agonizaba enclavado en su sillón de enfermo, víctima de una hemiplejia?… Si Rubén Darío hubiese durado diez años más de lo que vivió, nadie se habría preocupado de él y tal vez habría muerto en un asilo para alcohólicos… ¡Hoy es una gloria de América y de la Literatura Española!

—Comenzaré por responderte que para mí lo interesante no es el mecanismo biológico en general, sino el mecanismo psíquico en particular; y en este último, naturalmente, la inteligencia razonadora, como tú dices… Ahora bien, para mí, esa inteligencia puede compararse a la luz, en relación con las estrellas… Los astrónomos jamás habrían podido trazar el mapa estelar que se observa desde los dos Hemisferios de la tierra, y día a día se perfecciona, si esos soles distantes estuvieran apagados… Tú sabes muy bien que existen muchas estrellas las cuales los telescopios terrestres siguen registrando su espectro; sin embargo, hace miles de años luz esas estrellas dejaron de existir… Lo único que resta de nuestra personalidad después de su paso por la Tierra, es la rayita de luz o estela proseguida por las obras que dejamos… Mientras mejores sean éstas, mientras más útiles para el medio en que nos tocó vivir o para la época en la cual nacimos, más tiempo han de vivir, también, en el corazón de nuestros semejantes.

—¿Y los otros… Los que no han dejado ninguna obra positiva?

—Creo habértelo dicho ya; ésos deben entrar, a mi juicio, en un proceso de involución, de vuelta atrás hacia la tierra y el agua, germinadora de todo. Pueda que los mejores se convertirán en productos nobles de la tierra, como son los choclos o las aceitunas y los peores en maleza o insectos dañinos… ¿De qué valdría, por ejemplo, que el huaso Raimundo hubiese seguido viviendo como fuerza espiritual?

—«Después de estas palabras mi conversación con Edwards Bello giró hacia otro plano», termina Augusto Iglesias.

De sus propias crónicas podemos extraer juicios definitorios

sobre una infinidad de materias, siempre interesantes, divertidos, aunque no se los comparta en su totalidad. En «Criollismo y chilenidad», por ejemplo, crónica publicada el lunes 19 de julio de 1954, en «La Nación», expresa el siguiente propósito de «un largo articulo de Ernesto Montenegro en que se define el asunto del criollismo en forma corta»:

«Una especie de burocracia literaria se preocupa de vez en cuando de encasillar a los novelistas, después de medirlos para ver cuanta cantidad de criollismo contienen. Esta costumbre proviene del deseo de alabar a los amigos de la capilla, de fregar a los otros y de cantar alabanzas a los muertos.

«La manía de querer medir la cantidad de criollismo que tiene cada escritor es ingenua. Hay novelas criollísimas que yo no leería ni aunque me pagaran porque me aburren. Me hacen dormir de pie. Montesquieu recordaba que algunos libros se podrían vender en las boticas como remedios para dormir. De los antiguos, el escritor más entretenido es Vicuña Mackenna. Con mis mayores respetos para los maestros Blest Gana y Orrego Luco, declaro que no volvería a leer *Martin Rivas* ni *Casa Grande* como no fuera para hacer penitencia, en Semana Santa. «No creo que el criollismo y la chilenidad de una novela se midan por la cantidad de huasos y de expresiones chilenas que contienen, como no creo que un paisaje, para ser chileno, necesite la aparición de un canco y de la cordillera al fondo. Las palabras guachalomo y chanfaina son más chilenas que patefuá rosbif, pero puede dar mayor sensación de realidad criolla un chileno que come rosbif en Londres antes que un huaso que come plateada con porotos en la Vega. Todo depende del talento del autor»

El día en que nos tocó hablar en el cementerio despidiendo sus restos, y, cuando al final lo comparamos con «un torero que se había tragado el toro negro de la muerte», no dejamos de recordar su crónica, publicada en noviembre de 1932. «Si hablara el muerto»: «Unos vienen por vanidad; otros, derrotados en las urnas, se traen la nostalgia del Parlamento y vienen a desarrollar su garrulería que ayer empleaban en obstruir y negociar con la orden del día. Otros vienen por distraer su ocio y pasar un día de campo en este jardín pretencioso abonado con el jugo de la muerte. Otros asisten para reunirse con algún figurón que se niega en su casa y

mediante cuya influencia harán un chanchullo. ¡Atrás, farsantes! ¡Habéis hecho de esta colección de despojos una sucursal de vuestra ciudad, mejor que vuestra capital misma; aquí nos dais paredes de mármol, flores caras y música escogida, y en la ciudad pasáis impávidos y helados ante los famélicos rostros de las calles y los chamizos suburbanos.

«¡Ahí, sí! ¡Claro! Allá veo a mis médicos. Nunca estuvieron de acuerdo en el diagnóstico y ahora se pusieron de acuerdo para venir aquí a acompañar el paseo funerario de mis entrañas que el eminente cirujano destrozó con serrucho y bisturí. Estáis todos, no falta uno solo, en esta pantomima macabra, en esta tienda de muertos, en esta botica hedionda y fastuosa, donde fermentamos alegremente por haber escapado de eso que llamáis vida y que es, en verdad, la muerte, tal como vosotros la interpretáis. Vuestra estolidez de daros un placer pretendiendo eternizar el mecanismo de estos muñecos de Dios, es tan pueril como la última farsa de echarme paladas de tierra y bocanadas de fétidos discursos».

Conocí personalmente a Joaquín Edwards Bello en 1939, trabajando como reporter en «La Nación». Al otro día del terremoto que nos dejara miles de muertos a través del país, el director del diario, Carlos Préndez Saldías, y Joaquín Edwards, aparecieron de pronto en la sala de crónica donde tecleábamos agachados sobre nuestras máquinas. El director le insinuó a Joaquín que saliera a captar el ambiente de la capital para que escribiera un recuadro en la primera pagina. «Creo que lo puede hacer mejor que yo Coloane", dijo Joaquín. Levanté la vista sorprendido y vi su rostro un poco de medio lado, di vueltas alrededor de la Moneda, y escribí algo que no recuerdo; pero no se me olvidó jamás aquella generosidad del famoso escritor que le abría el paso a un modesto compañero provinciano.

A veces lo encontraba en el restaurante. «La Bahía», en el *paddock*, como pintorescamente llamaba el extremo interior del largo mesón, donde acostumbraba jugar cacho con su amigo Exequiel de la Barra. Otras veces lo veía llegar como huyendo de alguien, bebía un trago solitario y partía. Sobre esta manera de resguardar su soledad hay una anécdota que le sucedió a Héctor Faúndez, otro compañero de labores: El cabezón Faúndez, como le llamábamos, paso una tarde al «Black and White», a beberse un

trago y se encontró en el mesón con Joaquín, que lo saludó en forma cortante y se fue. Luego Faúndez se dirigió al restaurante «La bomba», que estaba al frente, en la calle Merced, y allí se volvió a topar con Joaquín. Éste ya no lo saludó, bebió su trago y partió. En su itinerario Faúndez llegó posteriormente a «La Bahía», y vuelve a encontrarse con el fugitivo, entonces éste le grita rabioso: «¡Hasta cuando me espías!».

La neurosis que caracteriza a ciertos escritores se acentúan con la edad y en Joaquín Edwards Bello se había agudizado peligrosamente. Una vez alguien golpeó a la puerta de su oficina en «La Nación» y lo echó con cajas destempladas, sin siquiera escucharlo. Después supo que se trataba del agente de una editorial que le llevaba un contrato y un cheque por adelantado para editar una de sus obras. Camilo Mori me contó que en cierta ocasión iban juntos por una vereda y de pronto se dio vuelta, se despidió súbitamente y partió apresurado en dirección contraria. Después le explicó que lo hizo para no encontrarse con alguien cuya sola presencia rechazaba. A veces pienso que este hombre se hubiera sentido bien entre los onas, los indígenas de la Tierra del Fuego, que solían ponerse rayas de colores en el rostro para advertir a sus semejantes si habían amanecido de mal o buen humor.

Coloquio sobre «El Roto»

En la tarde del 20 de noviembre de 1970 asistí a un coloquio sobre «El Roto», organizado por el Departamento de Extensión de la Universidad de Chile en la Sala Valentín Letelier. Participaron los críticos y profesores de literatura Alfonso Calderón y Benjamín Rojas, jóvenes de formación universitaria, que enfocaron la novela con un criterio moderno, casi diríamos científico, si esta palabra no nos produjera ciertos prejuicios a los escritores de formación, autodidacta.

El profesor Rojas empezó manifestando que la novela *El Roto* tuvo un nacimiento bastante azaroso. Joaquín Edwards empezó a trabajar en ella en 1912, y por consejo de algunos amigos, se guardó los borradores, porque ya la publicación de *El inútil* había

producido una escandalera. Tuvo que publicarla primero en París con el título de *La cuna de Esmeraldo*, y con el subtitulo de «Preludio de una novela chilena», en la Librairie P. Rosier, rue de Richelieu, 26, 1918.

Su texto es diferente al de la última edición de la Editorial Universitaria, que no alcanzó a ver su autor. El ejemplar que tenemos a la vista, facilitado por el profesor Rojas, lleva un timbre que dice «Donación Ricardo Latcham» y pertenece a la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Consigno el dato en memoria del crítico que más amó e investigó nuestra literatura y la del continente latinoamericano.

En el capítulo II, Joaquín Edwards Bello diserta: «Difícil es encontrar un libro americano que no muestre influencias extranjeras. Nos hemos acostumbrado a escribir mirando hacia afuera como la cosa más natural, buscando excusas ingeniosas a la postergación indefinida del libro verdaderamente emancipado.

«El indo-mediterraneo de América se extranjeriza de la manera más deplorable: los viajes y las lecturas ultramarinas lo macaquizan, lo hacen antipatriota y blasé; no se adapta con serenidad a la cultura europea. La experiencia y el saber se le mete como fuego agresivo interior que asoma en su faz en un gesto displicente para todo lo que dejó en el terruño. ¡Los Andes; el Guayas; la selva; la pampa; el hogar; los compatriotas! ¡Ridículo!… La cultura de Europa es un espejo convexo para él: se contempla y se siente achatado, aplastado, empequeñecido por su origen. Todo el afán del que vive más de tres años en Europa es parecer europeo: el que reside en Madrid se hace el castizo; comenta la corrida y el debate político escupiendo por el colmillo, con pronunciación y gestos locales; el de París adquiere las modalidades exteriores del bulevardier y rueda las erres como haciendo gárgaras; el de Berlín se rapa el craneo y se compra una pipa con borlitas; el de Londres silba el Tipperary y se vuelve fanático del *whisky*.

»Los intelectuales, por las lecturas, se extranjerizan sin salir de América. En general nuestros escritores son tributarios del pensamiento europeo en el sentido más vulgar. Hay influencia exterior, de detalles, que se advierte en un montón de libros huecos, con apariencias de obras maestras a pesar de su vacío, como arcos triunfales de cartón; otras veces la influencia es indirecta, por el

afán de reclame de los escritores, que se humillan o falsean su personalidad por conseguir la simpatía del medio que admiran. Otros hacen literatura francamente extranjera porque se consideran extranjeros. ¡No les hablen a ellos de su pobre patria! En esas condiciones no ha podido nacer el libro director, altruista y popular, tal como debe ser.

»Para hacer libros americanos verdaderos hay que tener una gran independencia y muy poca vanidad. El libro que se haga oír de nuestra América no puede estar al diapasón de la literatura europea. Por escribir mirando al viejo mundo nos hemos anemiado coartando nuestro ímpetu natural. Hablar de caciquismo y de las cuestiones religiosas puede parecer de mal gusto en Europa, donde esos asuntos pasaron de moda; pero en América están de actualidad. A los fetiches hay que darles duro y en la nuca hasta hacerlos polvo, aunque no sea *chic*. Suelen desentenderse los escritores sociales de ciertos problemas nacionales, gravísimos, para hacer creer que son muy modernos y muy cosmopolitas.

»Marchar contra todo esto es nuestro deber. No sentir influencias europeas, falseadoras de nuestro carácter; no escribir como en Europa. Debemos tener presente que hablamos el español republicano, emancipado, lleno de savia. Es decir, que debemos pensar y escribir en americano para que nos entienda América».

El profesor Rojas definió en el mencionado coloquio a la novela *El Roto* como una denuncia social que no fue aceptada por la sociedad en su época. De allí las críticas que se encarnaron especialmente en la de Pedro Nolasco Cruz que consideró esa novela como «un ataque a las buenas costumbres y a la religión católica». Le atribuyó nada más que defectos, y las observaciones y personajes los calificó de superficiales, de datos con mayor o menor colorido. Al contrario de esos juicios, la novela *El roto*, vino a hurgar en las lacras de aquel tiempo, y su denuncia social es de tal vigor que tiene una vigencia permanente, mientras el ser humano no mejore sus condiciones sociales y materiales. ¿Qué elementos empleó el escritor para su obra? Principalmente un barrio muy amplio de Santiago como es el de Estación Central, luego se fue estrechando hacia un sector del barrio, a una calle, a una casa, al prostíbulo «La Gloria», y, por fin el mundo interior de esa casa, pivote central desde donde el autor a través de la variedad de sus

personajes capta todos los males de una sociedad donde imperan la hipocresía, la delincuencia política hasta el crimen y diferentes niveles de descomposición moral. Madroño, el astuto político que, mientras juega en el garito dicta leyes en el parlamento, «era un cacique, un gran pólipo social». Fernando… «Él había sido su agente electoral. Había matado a un hombre por orden de Madroño. Había incendiado y se había encochinado por él en un garito».

Joaquín Edwards penetró con su escalpelo, como nadie, en esas lacras con los mejores procedimientos del naturalismo, dando a su obra un valor tan permanente como lo demostró la realización de este coloquio que celebraba los cincuenta años del aparecimiento de la primera edición chilena de *El Roto*.

El crítico Alfonso Calderón hizo recuerdos de sus últimas conversaciones con el autor, que consideraba a su libro muy cruel; que era «como atizar una hoguera o cual esas armas que las carga el diablo». Que no había razón para entregarle a la gente joven obras deprimentes. Que la escribió para resarcirse de las críticas contra *El Inútil*, y que su realismo se debe en que en vez de irse al extranjero con un puesto diplomático, se dedicó a viajar por Santiago, viendo sus rincones, mercados, hasta dar y conocer profundamente con la realidad del lugar y el medio donde se protagoniza el drama de *El Roto*.

Una conversación entre Calderón y Edwards ocurre el 28 de mayo de 1967: *El Roto* vale por los detalles. Se acuerda de aquello de: —¿*Onde quearía el destapaor*? Es la síntesis de la imprevisión nacional. Y vale por la pintura de un Santiago antiguo que fue y finó. O se marchó hace mucho tiempo. Por allí murió Ciriaco Contreras. ¡No queda nada! Y Fernando, que se llama Manuel Jesús. Entre la gente del pueblo, arribista, es muy corriente el cambio de nombre. Y está el cuadro de don Malaquías Concha, que era tan jugador como yo. Tallaba fuerte. El chileno viaja al extranjero y se lleva al conventillo con él. Un día fui, en París, a casa de C. M. Desorden por todos lados. Un chiquitín recorría las piezas montado en una «cantora». Alguien se desvestía y lanzaba la ropa. Otro le daba a algo con el serrucho. La sinfonía del conventillo, ¿Se ha fijado usted en los allegados, que viven en las casas chilenas? Dicen simplemente: —aquí venia a verte. Se quedan cinco o seis años. A veces, toda la vida. Pariente que llega, pariente que se queda. El

allegado es institución nacional. Tengo, no crea, mis prejuicios. Me cuesta a veces creer en los chilenos. Si me dicen que hay una gran novela de amor que se desarrolla en Chiloé, exclamo: No puede ser. Para amores, Florencia, París, Roma. Chiloé, no, por ningún motivo».

En otra conversación el 18 de junio de 1967: «¿Quién nos mueve a tomar partido en todo? No me diga nada. El Pentágono es la linea Maginot. Todos decían:

—Los yankis, cuando lo deseen, con un simple telefonazo terminan cualquiera guerra. Son gigantes poderosísimos. Y ahora Vietnam y unos cuantos negritos los tienen locos desde hace años. Y no van a ganar. No se aprende nunca. ¡La linea Maginot!».

«Éste es un país de curiosos e impertinentes. No saben mirar. Parece que taladraran con la vista. Parece que llevaran como fin "el mal de ojo".

»Preguntan por la salud de uno, para recibir como respuesta un "me estoy muriendo".

»—Fulano está por estirar la pata. No pasa de este invierno. Y se quedan muy orondos.

»Anuncio a los cuatro vientos que estoy muerto, arruinado, patuleco, chocho.

»Que se queden felices.

»—Usted sabe que me reprochan que salte de un tema a otro. Que me repita. Que sea inestable.

»Soy muchos seres. Cada uno piensa y actúa de un modo. Soy el que cruzó a caballo el túnel, el que atravesó la cordillera a lomo de mula. El de las chayas y el de las casas malas de niñas buenas. El de Quilpué y el de París. El de las mesas de juego. El que hoy no puede caminar, ni pensar, ni nada. Whitman ha dicho que él lleva a todos los hombres adentro.

»No me reprochen. No sé cual Joaquín Edwards habla y cual escucha. Son muchos».

Valparaíso y la muerte de Vanderbilt

Estas conversaciones sostenidas con Alfonso Calderón en sus

últimos días se trasuntan espaciadas al leer cualquiera de sus numerosas obras. *La chica del Crillón*», la consideramos una contrapartida del burdel en una clase social venida a menos y que trata de mantener heroicamente la decencia de su «status convencional»; pero la falta de espacio no lo ha permitido. En cambio *Valparaíso*, se defiende con la belleza de su unidad. A pesar de estar escrita como una autobiografía novelada, donde el hilo conductor es el autor mismo y la trama sus recuerdos, posee una perfección arquitectónica, a través del desaparecimiento y resurrección de sus personajes, que es imposible suprimir un ladrillo sin que el edificio se nos venga abajo. Tal vez esta perfección se deba a que el autor la corrigió en sus sucesivas ediciones. El Chile central, sobre todo el triángulo que va de Valparaíso a Quillota y Santiago está reflejado en la infancia y juventud del hijo de una clase social adinerada que, como los caciques autóctonos de antaño, escogieron para vivir esta «copia feliz del edén» que es el valle del Aconcagua.

En relación con esta obra nuestra Gabriela Mistral dijo lo siguiente: «Edwards Bello domina en pleno los dos hemisferios del escritor: la descripción y la narración; posee la mirada eficaz, la fantasía batidora; el demiurgo que nos hace le labró el ojo recogedor y el otro que esta más adentro y que es el «transformador». Le han dicho incorrecto, desmañado y sin desbrozar, por cierto desenfado viril con que escribió en sus mocedades, por un desembarazo muy chileno que había en su escritura, tan vivaz como su charla. Le han hecho reparos algunos que padecen su perfección como un reuma articular o como una tortura de cuentagotas. Esos mismos lo han leído con placer, porque esta prosa es de las más placenteras entre las que tenemos, de aquellas prosas de regateo y ágil retozón. Una se le entrega como a la corriente sin examinarla mucho, sin estropearse con la pedantería la dicha buena, que ya escasea, de que nos cuenten con soltura y nos describan vitalmente, a puñados de color y de forma. Él ha sido fiel a sus virtudes primeras, y aunque después ha embridado el período y celado el concepto, este último libro, *Valparaíso, la ciudad del viento*, es bien hermano de *La muerte de Vanderbilt*.

«Infancias: esas debiéramos escribirlas todos. Alguna vez me he pensado que la mejor Geografía Pintoresca de nuestros países sería

la que resultase de unas diez infancias escritas por diez buenos veedores de las suyas en otras tantas regiones de Chile o de Colombia o del Perú. El niño ve bien la tierra y la costumbre, al verla con sus ojos nuevos y novedosos. El niño que viene "de otra parte", mira como el extranjero con choques de diferencia, medio herido y medio complacido de éstos. Es "un buen ver".

»Le agradecemos esta infancia, removedora por contraste de la nuestra en cuanto a algunos aspectos y en otros completadora de la nuestra. Se la recibimos como un regalo cariñoso que él mandara a los ausentes. Se parece a un sobre que nos hubiese llegado lleno de «calcomanías» chilenas, y pongo esta linda palabra que han envilecido en su sentido verdadero de estampa jugosa, de fácil manipulación de nuestra mano con ella, de contorno fijador e ingenuo de las cosas y de un entretenimiento tierno.

»Lado a lado con el chileno, hay en Edwards Bello un continental, un sudamericano en posesión de sus veintidós pueblos. Ésta es la vida racional que nos corresponde y se parece a un existir con el cuerpo entero. Vivirán así, en cincuenta años más, nuestras gentes todas; y por allí serán más ricas y generosas hacia sí mismas y hacia los otros. El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de sus mejores propagandistas y la conciencia chilena en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande nuestro país.

»Le ha faltado para tomar proporciones de maestro un poco de pedantería de sociólogo o de suficiencia de pedagogo, o de matonesca pecha política. Hay en él, por el contrario, simplicidad criolla, alegría de campeón deportivo, inteligencia castigada. Debiera ser ya, como Alfonso Reyes o como Victor Belaúnde o como Gonzalo Zaldumbide, ministro de Chile en cualquier capital de habla española. Chile va a cumplir con él tarde, si cumple, y le desaprovechara sus briosos años de dionisismo mental, de creación jocunda. Chile no ha salido sino a medias, como la sirena, de una especie de vejestorismo político o administrativo que ha sido su enfermedad postcolonial. Las canas por allá son todavía virtud mirifica y la cara tersa un documento de no fiar». (De Repertorio Americano t. XXIX, 7 de julio de 1934. San José de Costa Rica).

La muerte de Vanderbilt fue editada primero con el nombre de

«La tragedia del Titanic». Posteriormente el autor le quitó algunos aspectos considerados demasiado crudos. Esta novela breve es una curiosa variante del talento del escritor, pues es muy diferente a la mayoría de sus obras. Escrita en primera persona el autor aparece como si hubiera viajado personalmente y naufragado en el famoso «Titanic», el transatlántico que choco con un Iceberg causando una tragedia que conmovió al mundo de esa época. El alarde imaginativo se conjunta con un realismo peculiar, y, aún más, con un surrealismo fantástico de primera ley como son las escenas del naufragio, cuando aquellos seres pierden su realidad convencional y la concreta, física, y se convierten en una macabra caravana de fantasmas que traspasan los umbrales del más acá. La vida y la muerte oscilan sobre las olas con todas las características del terror animal y humano. Por ejemplo, ese Lord que pasa montado sobre su caballo de pura sangre nadando entre las hopalandas de las elegantes damas de la primera clase, a la vera del muro del témpano, es un cuadro de un pintor surrealista que tal vez Joaquín Edwards Bello llevaba adentro, como sus sueños y pesadillas que pintaba. (Introducción a la edición de *Obras escogidas* de Joaquín Edwards Bello, Editorial Andrés Bello, 1971)

Las Manos del Doctor Asenjo

Escuché la noticia por radio y concurrí a la avenida Antonio Varas 806, en mi vecindad. Una paloma azul se había refugiado en su alero verde musgoso por la lluvia. Toqué el timbre y salió Lucy «la niña de la casa». Me hizo entrar a su escritorio donde el teléfono llamaba a cada rato preguntando por la muerte del doctor Alfonso Asenjo.

Llovía con fuerza a las cuatro y media de la tarde del jueves 29 de mayo. Por los vidrios de la ventana las hojas otoñales de un parrón se sacudían como manos extendidas. Las gotas de agua se deslizaban por los sarmientos retorcidos y quedaban oscilando en las puntas de los dedos de las hojas amarillentas. Diamantes de luz en las sombras del patio, como si trajeran las últimas luces del cielo hacia la tierra. «Su tierra chilena», a la que vino a morir después de su largo exilio por Europa, Extremo Oriente y Panamá.

Lucy sentada en un rincón hojeando una revista mientras atendía las llamadas telefónicas: «Aló, sí, no sé nada señor. La señora Amelie no esta aquí… estoy sola y no se donde lo van a velar». Tomó al azar un libro junto a una reproducción en mármol del clásico monumento de Voltaire. «La significación histórica del cristianismo» por Ricci. Leo al azar también en la pagina 99 «Y de ahí la progresión continua hacia el infinito… Este proceso es mucho más fácil comprobarlo en el individuo que en la colectividad; pero su modalidad es idéntica en ambos casos y puede estudiarse indiferentemente en una o en otra. Mandsley en sus notables estudios fisiológicos acerca de los fenómenos mentales describe dicho proceso».

Sobre una repisa el cuenco de un cráneo de bronce sin cerebro. Montado sobre el vacío el famoso aparato «Asenjo-Imbernon», invención del gran neurocirujano y el ingeniero mecánico de precisión Antonio Imbernon.

Tiene la forma de un fino riel curvo como el de los sextantes para las navegaciones de altura, o como los que inventara Ulugbeck

allá en el Asia Central cuando hizo el primer mapa de las estrellas.

Vimos funcionar ese aparato cuando con el cineasta Sergio Bravo hicimos en 1961 la película *Parkinsonismo y Cirugía*. Sergio filmó varias operaciones del maestro y yo narré con mi voz hilando las secuencias. No olvidaré la extraña experiencia de navegantes a ciegas de los dos que colaboramos en esa aventura cinematográfica. Bravo es un gran cineasta. Ya habíamos hecho juntos *El viaje del agua* filmando las gotas que se desprenden con los deshielos de los ventisqueros andinos y van a dar sol y agua a los lagartos de Laguna Negra y después a los santiaguinos. De rodillas hasta el crepúsculo permanecimos con la filmadora tratando de captar el último parpadeo divino de los «ojos de agua» de los Andes. Pero ahora nos la teníamos que ver con los parpadeos de un hombre enfermo paralítico con el mal de Parkinson.

Un hombre con anestesia local a la médula espinal cuyas reacciones conscientes debían guiar a través del dolor silencioso la navegación electrónica por los meandros de las misteriosas células de su propio cerebro.

Unos astronautas van a la luna y otros a sus laboratorios Soyutz. Puntos fijos espaciales, naturales y artificiales, al margen de nuestra propia ley de gravedad; pero las manos de este astronauta Asenjo iban guiadas por las ondas luminosas del aparato electrónico donde el ingeniero Imbernon modulaba la cuenta del paso del cauterio electrónico hacia las profundidades cerebrales. Si nuestro trabajo coordinado con el equipo médico y paramédico en torno del gran maestro de la neurocirugía, no hubiera sido responsable y arduo, me hubiera puesto a gozar de una sinfonía de Beethoven navegando por las oquedades del cielo y de la tierra.

De pronto empezó la cuenta de uno, dos, tres, cuatro… cuando la fina espiga electrónica debía tocar el punto preciso donde destruir las células malignas. ¿Por qué esta cuenta decimal si existe la de «pi», 3,1416, etc., hasta el infinito?

Por la tangente del craneo humano trepando vemos las manos del doctor Asenjo navegando la cabilla única de su único timón. De pronto se produce el milagro terrestre del hombre por el hombre. ¡Se ha tocado el punto preciso tan buscado!

El temblor del lado derecho del cuerpo del enfermo desaparece. La mano se levanta triunfante y lo primero que hace es tomar con

ternura su compañera izquierda. La sostiene con firmeza para que no siga temblando.

La frente del neurocirujano Asenjo esta perlada por una corona de gotas de sudor. Una vez más la mano del trabajo del hombre salva el cerebro de otro hombre. Tal vez por ese arduo trabajar en su larga vida, la muerte llegó en una tarde de lluvia, para que no se sorprenda, como «las manos del buen Dios» de Rainer María Rilke, y se fue a «través de los altos árboles del llanto»" cuando lo incineramos en la tarde siguiente.

El sepulcral toque de silencio del trompeta Villalobos vio ascender por los cipreses del cementerio hacia las nubes una respiración descansada de «un sabio tranquilo como el humo».

Nos quedaban las cenizas de la combustión de un gran cerebro y corazón humanos.

(Mayo de 1980)

Adiós a Matilde

Bajo un sol ardiente, al mediodía del domingo seis de enero de este nuevo año de 1985, doblaban las campanas de la parroquia de «La Viñita» entre canciones, pancartas y banderas que acompañaban el funeral de nuestra amiga Matilde Urrutia viuda de Neruda. A mi lado caminaba una joven madre venida de Rancagua y un poeta de las araucarias de Arauco.

—Quien camina en su vida una cuadra sin amor, camina amortajado acompañando a su propio funeral —les dije, recordando a Walt Whitman, cuando desembocábamos en la avenida Recoleta frente a «La Viñita».

—¡Ave Tierra! ¡Este mortal te saluda! ¡Oh, tierra, maternidad dadivosa, maduración eterna! —me replicó el poeta araucario.

—Hace tiempo que no cantamos una cancioncita —nos dijo la madre folklorista rancagüina. Y empezó a musitar con voz de terciopelo rojo, como los claveles que se lanzaban al paso del féretro de Matilde. Es una canción que silbaban los obreros de la construcción, de andamio en andamio en Rancagua en tiempos de González Videla: —«¡De pie los esclavos sin pan/Arriba los pobres del mundo!».

Con mi carraspienta voz de viejo proseguía:

—«¡Agrupémonos todos en la lucha final/¡Y se alcen los pueblos con valor…!»

De pronto nos sobrecogió los repiques de una campana fina desde una torre que se levantaba a contrasol como el mástil de un navío anclado al pie del cerro Blanco, espejeante de luz de misa de domingo. El desfile apagó un poco ese rumor de mar multitudinario que se colaba por los muros de la antigua iglesia. Los ecos devolvían sus luces y sus sombras desde el sueño sagrado de la muerta hasta las flores rebosantes de una primavera canicular.

Iban madres con sus pequeños en brazos entre pañales que parecían otras banderas semi dormidas. Padres de rostros duros con otros menores sobre los hombros, que parecían cabalgar abrazados

a la frente sudorosa de su corcel. Los antiguos adoquines del pavimento, piedras cuadradas, median el transitar de los buses colectivos, entre los cuales se detenían los verdes de oscuro enrejado de los carabineros. De pronto uno de ellos saluda a la joven madre vestida de rojo, y nos explica: «fue un alumno mío en la escuela de Rancagua».

Después, hacia la entrada del Cementerio General por Recoleta, cuadras de amor caminante, cantante y exclamante: «Matilde Neruda el pueblo te saluda». Entreverándose con «Allende, tu pueblo esta presente».

Los pasos de alguien parecían caminar por entre los árboles de la angosta avenida. Las campanas se hicieron lejanas como los metales subterráneos, cobre, estaño, molibdeno, uranio. Y nuestra «Biblia Latinoamericana», con cubierta de mariposa verde acotando en el «Cantar de los Cantares»: —«Dios no es un personaje sentado allá en las nubes, sino el infinito presente en lo más intimo del ser humano. Los enamorados, ¿no hablan de "«amor divino»? «Tus amores son un vino exquisito/suave es el olor de tus perfumes…» Claveles, canciones y campanadas de «La Viñita» del Señor, donde hay de todo, como el gran desfile del pueblo. En el corazón y la conciencia de este gran pueblo Matilde y Pablo están más convivientes que nunca a la luz y al amor de este domingo de glorias.

Las campanas de "La Viñita" empiezan también a andar y desandar caminos recorridos por mi interior. ¿Quién me iba a pronosticar el 23 de septiembre de 1973 cuando sepultamos al «camarada Pablo»" y lo comparé con uno de esos caciques de sus «Patagonias» que salían a galopar desde sus tumbas en las noches de luna y primavera que ahora junto al pueblo, en otras circunstancias, conducíamos a su amada Matilde, desde su casa «La Chascona» para que esté a su lado como una castaña metamorfoseada en sus versos?

Otro día en que junto a su amigo grande Manuel Solimano y a sus amigas más grandes Teresa Hamel y Ester Matte acompañamos a Matilde que trasladaba los restos del poeta albergado en un mausoleo burgués cuyos familiares dispusieron la caducidad del préstamo no bancario sino funerario, tal vez para "«no acompañarse en su propio funeral» como dijo el gran Whitman.

Ahora quedaba en el Pabellón México, otra coincidencia

maravillosa, porque fue en México donde se conocieron y se amaron con ese fulgor mexicano. Frente a sus nichos contiguos se extiende la planicie de las cruces del pueblo que sepulta a su gente entre los grumos terrestres fecundantes.

Así como el cometa Halley pasó cuando nacimos en 1910, espero que antes de su nueva venida en los "Idus de Marzo de 1986", la Fundación Pablo Neruda haya trasladado a Matilde y Pablo al lugar donde les corresponde estar por mandato histórico-nacional.

Isla Negra no es como los sepulcros blanqueados por fuera. En sus cantiles y veriles de oscuro basalto se albergan esas «barbas de los planetas que rodaron ardiendo en el océano» como dice la Oda a las Algas, o bien esas «manos de ahogados» en nuestro largo litoral de náufragos.

Allí en esa casona-museo está el rostro del mascarón de proa de la «María Celeste», cuyo naufragio siempre llora. El rostro esculpido en madera de eucaliptus del Golfo de Carpentaria del Pirata Morgan con bigotes de carnicero destazador de hombres y ballenas, el traidor de sus propios «hermanos de la costa» cuando el imperialismo inglés lo nombró gobernador cercano a la Isla de la Tortuga, como si fuera un Visnú, en su primer avatar al servicio de la Reina Victoria.

No sólo de mascaras y mascarones fantasmales están cargados los entrepuentes de Isla Negra, sino de caracolas marinas reinas que seguirán caracoleando con sus cerebros de moluscos más millonarios desde que el planeta existe. El gran cuerno del Narval; los más grandes dientes de cachalote que he visto tallados a mano por los esquimales del Ártico, etc.

Cuando yo viajaba para la Antártica, recuerdo que nos encontramos con Pablo que se hospedaba en el hotel «France» de Punta Arenas, y me pidió que le consiguiera un caracol del archipiélago del Cabo de Hornos que no tenia en su colección de Isla Negra. Me hizo un dibujo con sus características, y yo lo escuchaba como si el poeta no tuviera más voz que la de un caracol. Dos mil años vivieron las tribus yámanas al sur del canal Beagle, y según el escritor Álvaro Barros que habló con el último abuelo, Felipe, ellos llamaban al Falso Cabo de Hornos que está al noroeste del verdadero «USHCUF». Pronunciaban ese nombre como el blanco

petrel de las nieves antárticas cuando escupe a un enemigo y contra el viento. Estirando y ahuecando los labios como «tubos llenos de viento o llanto».

No pude encontrar tamaño caracol; pero le traje un arco de roble antártico y una flecha de calafate perfumado con punta de obsidiana y cola de skúa, la parda y violeta gaviota salteadora. Era el primer regalo que hacían los novios fueguinos cuando pedían a los padres el casamiento. Es posible que arco y flecha estén aun en Isla Negra.

Por todas estas razones expuestas, diría un notario nerudiano, este museo de la objetividad poética de Matilde y Neruda debe albergar los cuerpos de sus creadores y cuidadores. Lo contrario sería un crimen de lesa majestad al «Diomedea exulans, exulans» el más grande albatros blanco con cinta azul en la punta de las remeras que ha dado el Pacifico y que no pasa ni existe en ningún otro océano.

Ademas, un hecho antihistórico, antinacional y antipolítico y antigeopolítico, pues no existe museo semejante en otro tan largo litoral.

Ayer, para cumplir con este acto, desanduve el camino que hice acompañando a Matilde, y se me ocurrió pasar a la iglesia de «La Viñita». Me encontré con dos jóvenes, Cecilia Vidal y Marianela Mansilla, quienes me dieron los siguientes datos. Doña Inés de Suarez, que vino al anca del caballo de don Pedro de Valdivia, hizo construir la iglesia de nuestra Señora de Montserrat en la cumbre del Cerro Blanco en 1545. Tal vez por aquello de su oración:

¡Oh Soberana Reina de Montserrat! Levantamos los ojos a esos montes que elegistéis por morada. Se para todos faro luminoso que nos guíe…

Una catástrofe destruyó la iglesia, y fue reedificada en 1835, esta vez al pie del cerro, de donde se extendían grandes viñas. Por eso el nombre de «La Viñita», como una síntesis del Valle Central donde hay de todo. Incluso, en una de sus paredes la imagen de una mujer araucana con sus collares de virginales platerías en blanco y negro, y abajo una inscripción: «La sangre toca un corredor de cuarzo, / La piedra crece donde cae la gota./Así nació Lautaro de la tierra». Neruda.

Por eso los brazos cortados del más grande héroe de Arauco se

levantaron ese mediodía al sol con sus manos invisibles para tocar las campanas que acompañaron a Matilde y Pablo hasta su última morada.

(9 de Enero de 1985)

Con Juvencio Valle en Magallanes

Fue en el mes de junio de 1970 cuando hicimos juntos un viaje al Estrecho de Magallanes; en esa época las noches son más blancas y largas; los días cortos, duros y oscuros bajo las nubes y las «nebulosas de Magallanes». También los malos vientos y calmas chichas. Nos encontramos, más bien se encontró Juvencio con Juan Durán, a la entrada del teatro Politeama, en la calle Bories. Se conocían desde el Liceo de Temuco, y empezaron hacer recuerdos de Pablo Neruda, Alejandro Serani y otros de sus compañeros.

—«El pavo Reyes» —le decían, dice Duran—; no jugaba mucho con nosotros, permanecía apartado… Luego en Santiago, en una pensión de la avenida España, escribió «Veinte Poemas»…

—«De amor y una canción desesperada» —le acoto, como un apuntador de teatro.

—Fui yo el primer lector de «los veinte poemas». Después, la canción desesperada, porque Pablo me los iba pasando para que se los sacara a máquina. —Responde.

—Se llamaban «imperial» esas máquinas de escribir, porque fueron fabricadas en Nueva Imperial —replica Juvencio.

Duran mira a Juvencio de soslayo.

—Tú no eres de Temuco —dice Juan Durán, cuya profesión es ingeniero civil.

—No; nací en Almagro, un villorrio a orillas del río Cautín, a una legua de Nueva Imperial.

—¡Cómo seria la vieja!

«Silencio Juvencio», oigo una voz a mis espaldas; la trae el viento desde una «estatua de proa recogida en las arenas de Magallanes».

A mi memoria viene una escena en que dos niños se encuentran por primera vez entre intersticios de araucarias en un patio colindante de Temuco. Uno es Neftalí Reyes, cuatro años menor que Gilberto Concha. Como todos los niños, ignoran que son poetas. La metamorfosis se producirá como en aquel cuento chino en que un

hombre sueña que es una mariposa en la noche, y en el día que es una mariposa que sueña que es hombre. Se lo pregunta y no se contesta. A manera de símbolo, el pequeño le regala por una rendija una ovejita de juguete. Sellada queda la amistad de los dos futuros grandes poetas que se ignoran. Han pasado por esos tablones araucanos las musas, con sus soplos divinos.

Nos zarandeamos con otros soplos menos divinos. Son los del viento del suroeste magallánico, entre las espigas metálicas del monumento al inmigrante y yugoeslavo a la entrada de la avenida Bulnes en Punta Arenas. Mas al este del monumento al ovejero con los versos de José Grimaldi. Un hombre y una mujer broncíneos, levantan en la raíz de las espigas, la semilla de un niño en sus brazos. El viento galopa al mismo ritmo de los antiguos dinosaurios de la Patagonia del Secundario. El bronce monumental, como una campana, repiquetea otras voces: Juranovic, Vukasovic, Milicic, Mazlov, Marzolo, Arcen, Goselin, Brigando, Lafont, Spalinguer, Linford, Fugellie, Wegmann, Hansen, Kramarenko, Zec, Araback, Darlaz, Brneic', Margule, Deus… Son los pasos del espíritu de otras nacionalidades que poblaron esa orilla del Estrecho.

No me extraña después que en la Biblioteca Municipal de Punta Arenas haya encontrado una información del diario «El Magallanes», del siglo pasado, en que se da cuenta de la detención por ladrones de ovejas, de Victor Hugo, Pasteur, Darwin, Humboldt, y otros indios onas que habían sido bautizados con ilustres nombres. La crónica termina con las gestiones de los sacerdotes salesianos para rescatarlos de la cárcel y llevárselos a la Misión de Isla Dawson.

Durante medio siglo Dawson fue un refugio frente a Puerto del Hambre. Silvestre Fugellie, el poeta, la recuerda cuando su madre vio morir al padre en la travesía tratando de nadar para alcanzar la costa. Habíaseles dado vuelta la embarcación donde iban con otros dos pobladores. Desaparecieron los tres para siempre, esas revesadas aguas no devolvieron los cadáveres. La madre vio desaparecer al marido rodeada de sus hijos pequeños, entre los cuales Silvestre era el mayor.

Pero ahora volamos sobre las Angosturas que nos llevan a la boca oriental del Estrecho. No se sabe si vemos esos pequeños delfines blancos cuyas mandíbulas servían a las indias onas para

peinar sus cabellos, o las panzas de las toninas entre bancos de sargazo saboreando su merienda de pejerreyes y robalos. Agatas fantásticas se reflejan entre mar y cielo. Nubes distorsionadas en gargantas musicales con sinfonías de Beethoven y Mozart. Asocio Neruda al primero, y, al segundo, en su flauta mágica, a Juvencio Silencio. Un murallón de nubes basálticas avanza, pronto, desde más allá de la Primera Angostura. Aterra la niebla de oscuros fantasmas; pero luego serpentea arrastrada por las otras angosturas, tal cual el lomo de piel cambiadiza de la Tierra del Fuego.

Sacudones sobre Bahía Clarence. Juvencio dormita como si fuera un Krishna. Un gran buque gasero saluda con sus humos. En Puerto Percy recordamos a Nancy Cunnard, dueña de «clipperes»", bergantines y goletas, que se enamoró de nuestro poeta Antonio Rocco del Campo, que solía decirle «¿Qué exánime fantasma habita detrás de tu entristecida frente?/Alta como un témpano/Lo que hay en ti quiero que me lo digas». Nancy partió a mar abierto, en busca de la respuesta, con rumbo desconocido…

Muelles negros, «solitarios como el alba», se levantan en aquella ensenada del Estrecho. Un remolcador desatraca hacia el barco de gas. En vocablo náutico se dice «desabraca»; pero la palabra no la registra el diccionario de la Real Academia.

Hay otro cerro con otro sombrero en el campo petrolífero de Manantiales. Es una noche clara. El astrónomo, improvisado, que guarda las llaves, porque el científico está en Punta Arenas de vacaciones, nos deja entrar en el transparente sombrero agujereado de estrellas. Es el cuidador del Observatorio, y de tanto cuidarlo, ha aprendido como el astrónomo. Allí estamos con Juvencio, Silvestre y Marino, después de comer asado y choros de Punta Espora.

Atravesamos unos años luz y contemplamos por primera vez las famosas Nebulosas de Magallanes, que el primer escritor del Estrecho, Antonio Pigafetta nos la describe así:

«E] polo Antártico no goza de las mismas constelaciones que el Ártico viéndose en él dos grupos de pequeñas estrellas nebulosas que parecen nubecillas a poca distancia uno de otro».

A ojos comunes, semejan las barbas flotantes de Hernando de Magallanes en el extremo de nuestra galaxia; o ubérrimos senos de mascarones de proa de la Vía Láctea, ofreciendo en su ruta hacia el infinito miríadas de estrellas, lechosas, celestes, verdes y azules.

Luego, cada uno a su turno, enderezamos el aparato a nuestros propios objetivos. Uno ve tres de las nueve lunas que tiene Júpiter, como corresponde al dios del Olimpo. Yo observo once; pero debo haberlas confundido con las islas del archipiélago de las Chauques en la pleamar, porque en la baja se van convirtiendo sólo en seis o cinco, según la edad de las mareas o sicigias, cuando se unen totalmente sus bancos de arena y escolleras, quedando suelta «la isla del caballo marino», entre Tauculón y Anihué. Tal vez el sabor a petroleo de los choritos de Punta Espora me traen la nostalgia de mis choros chilotes.

Juvencio, angelical, no nos disputa el telescopio. Así dirijo el instrumento hacia las aguas del Estrecho, y diviso a la Marta, hermana menor de la Isabel o Elizabeth, que así la llamó mi tocayo Francisco Drake, cuando perdió de vista a su «Mary» y a la «Mary Gold», que desaparecieron definitivamente en naufragios desconocidos. «Elizabeth» se refugió en el Estrecho, desertando para regresar a Inglaterra, donde tampoco llegó. El Pacifico se encolerizó con Drake, abatiéndolo en su «Golden Hind» hacia el sudoeste y luego al sudeste; sin quererlo ni sospecharlo fue a dar más allá del Cabo de Hornos. Más lejos que ningún otro navegante anterior, sobrepasa el meridiano de la Tierra del Fuego, y no bautiza el cabo que lo haría en 1616 el holandés Willen Schouten en honor de su pueblo natal. El temporal dura cincuenta y dos días. Drake lo aguanta bien. Hace año y medio que salió de Inglaterra y no le queda más que un buque con media dotación.

Juvencio entonces toma el telescopio y lo enfila hacia las «Tres Marías» del Cinturón de Orión. Busca tal vez a su María y la ata a su corazón, porque una vez más tenemos la alegría de verlos juntos esta noche, decorándonos de eterna fuente de la juventud.

(Diciembre de 1970)

Hernán Ramírez Necochea

Hace años hice un viaje con un hermano muerto, Alberto Coloane. Al navegar desde el puerto de San Antonio al de Valparaíso en su buque «Puyehue», del cual era contador, no pude dormir esa noche. Al pasar a la cuadra de Isla Negra, salí a cubierta. Los altos mástiles del barco se bamboleaban apuntalándose en las estrellas. Me acordé de un poema de Pablo Neruda, «tentativa del hombre infinito», que en aquel tiempo vivía entre los acantilados de su isla… Después, relajado, me fui acostar en la misma litera que ocupara mi hermano, honor que dispusiera el capitán. Pero tampoco pude conciliar el sueño. Toda la larga noche marina me parecía un infinito silencio blanco. El océano Pacifico permanecía con esa poderosa mar boba que hace honor a su nombre.

Anoche, pensé en la navegación de mi amigo o el hermano que uno se elige conscientemente en la vida, el historiador Hernán Ramírez Necochea. Volaba desde el exilio en la tierra de Francia a la de su nacimiento, sólo en compañía de su esposa Matilde. Tampoco pude conciliar el sueño, y me puse a escribir estas palabras en un cuaderno escolar que me regalara un niño vecino, como hacen los niños cuando son despiertos. Hernán Ramírez era como un niño, y no duerme. Está tan despierto como cuando hicimos un viaje juntos en tren hacia Temuco, y porque escuché sus últimas palabras en París: «¡Volvamos a Chile!», y lo ha hecho en el vientre de un pájaro de aluminio, con el trinar metálico del vuelo de un cóndor. Su semilla de gran historiador de la verdad chilena, germinará en nuevos surcos que él abriera con su estilo inconfundible, y que seguirán abriendo futuros cultores de nuestra historia.

Ahora, dejémosle dormir en medio de su silencio blanco; nos lo manda así el pensamiento de nuestra cordillera de los Andes, cuyas nevadas cumbres elevarán en forma perdurable su recuerdo en la franja más clara de nuestro tricolor patrio, con su estrella solitaria. Su luz, como las faldas de la madre tierra que hoy lo acoge en su

regazo, será la fuerza que enraíce como siempre a sus hijos más gloriosos.

(Abril de 1980)

Un Iceberg para Enrique Kirberg

Raúl Erazo, cuñado del fallecido rector, «honoris causa» de la Universidad de la que fuera uno de sus creadores, me llamó muy temprano el jueves 23 de abril, comunicándome su deceso en el Hospital Clínico de la Universidad Católica a la edad de la cabalística cifra de 77 años, y que yo con mis ochenta y uno también espero.

Se me rompió un carámbano por dentro y cristalinas aguas me trajeron a la memoria el iceberg o témpano que había visto por televisión en la noche de la exposición sevillana. Al preguntarle la entrevistadora del canal a un visitante éste respondió que le parecía un hombre. Y mis lágrimas se apagaron como gotas de hielo de mar en la imagen del hombre más bueno y sabio que conocí desde que nadábamos juntos en la playa de «Las Conchitas» de Quintero, donde tenía su casa con unas grandes araucarias en que a veces alojaban los ronquidos nocturnos de los cuervos de mar.

Miguel, un amigo común que estuvo «naufragado» con el rector en la Isla Dawson, me contó como su primera preocupación fue arreglar los postes de la electricidad.

Conozco la Isla Dawson, tanto como las penínsulas Dumas, Pasteur, Hardy, donde está el Falso Cabo de Hornos que los indios yámanas denominaban en su lengua «Ushcuf» como escupiendo al traidor.

Dawson tiene una leyenda desde los tiempos en que fueron apresados varios indios fueguinos que los misioneros tuvieron la ocurrencia de bautizarlos con los ilustres nombres del escritor Alejandro Dumas, Pasteur, Darwin y otros que figuran en una información del diario «El Magallanes» de la época.

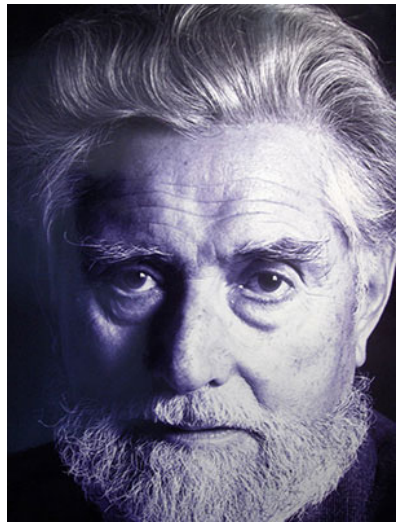
Así, no es extraño que un ingeniero electrónico y escritor de obras técnicas y sociales como Enrique Kirberg Baltiansky, último rector de la Universidad Técnica del Estado (UTE) cargo que desempeñó hasta el golpe de 1973 y para el que fue elegido democráticamente por toda la comunidad universitaria, haya sido

víctima de «El Bagual de Dawson», cuya mirada como me contaron en mi infancia magallánica, se trataba de un toro extraño «bagual» que mataba con su mirada. Y esta historia de mi infancia dice que un poblador al regresar de un viaje encontró un rancho quemado con la mujer e hijos y más arriba en el bosque, al dueño y marido muerto también con su perro en el hielo. La historia terminaba «el perro siempre muere con su amo».

Enrique llamaba con celo amoroso a su Inés «mi perrita» que lo sobrevive en su pensamiento.

El iceberg de Enrique Kirberg navegará eternamente por la corriente de Humboldt, donde Pablo Neruda, según su «Geografía» nos ofreció un «Arca» en la cual nos espera.

(Santiago, 1992)



FRANCISCO COLOANE CÁRDENAS, escritor chileno, (Quemchi, Región de Los Lagos; 19 de julio de 1910 - Santiago, 5 de agosto de 2002)

Nació en Quemchi (Chiloé) el 19 de julio de 1910. Según cuenta en sus memorias, vino al mundo «en una casa construida sobre pilotes de madera alquitranados», agregando que su madre, «Humiliana Cárdenas Vera, campesina de Huite… me dio a luz a las cinco y media de la mañana… En esos días mi padre, Juan Agustín Coloane Muñoz, andaba navegando de capitán de barco de cabotaje». Su infancia transcurrió entre las dos islas del archipiélago de Chiloé y aprendió sus primeras palabras en una escuelita rural en la localidad de Huite hacia donde se desplazaba montado en un mampato negro llamado Huaso. La escuela estaba ubicada en una península arenosa que con la marea alta quedaba aislada, por lo que sólo podía pasar junto a sus compañeros cuando la marea estaba baja. Más tarde, prosigue sus estudios secundarios en Ancud y Punta Arenas. En el colegio de los salesianos de esta ciudad conoce a Roque Esteban Scarpa, que más tarde sería un destacado intelectual chileno. Dos años después, en 1925, pasa al liceo fiscal donde acaba su enseñanza secundaria. En 1924, Coloane trabaja como escribiente en el gabinete de un abogado. En las memorias, el

escritor recuerda que Santiago Toro Lorca le «pagaba tres pesos cincuenta por cada carilla tamaño oficio que yo llenaba. No era mala paga. Con ese dinero pude comprar mis libros, y de hecho continuar mis estudios».

Coloane hizo su servicio militar voluntariamente siendo destinado a la sección montada de ametralladoras. Sin embargo, él evoca con singular afecto las clases que dio a conscriptos en su estadía en el regimiento. Dejado el uniforme, Coloane encuentra trabajo como ovejero y capataz de estancias de la Patagonia, entre éstas la de «doña Sara Braun, poderosa estanciero de fama legendaria en la región».

A comienzos de la década del treinta, en el ir y venir desde el extremo sur hasta la capital, Coloane comienza su oficio como periodista de diarios y revistas. En sus interesantes memorias tituladas *Los pasos del hombre*, el escritor manifiesta que gracias a un «periodista de inolvidable generosidad» llamado José Bosch, pudo conocer al director del diario *Las Últimas Noticias* de Santiago de Chile, Byron Gigoux James, quien a instancias de aquel le dio un empleo como reportero policial en una ciudad que, según él confiesa, le pareció hostil.

En 1940 publica su primer relato, *Lobo de dos pelos* que luego se convierte en *Cabo de Hornos*, título que dará origen al volumen de cuentos que en 1941 obtendrá el Premio Cuarto Centenario de la ciudad de Santiago. El mismo año recibe otro galardón al ganar el concurso de la Editorial
Zig-Zag
con su novela *El último grumete de La Baquedano*. Coloane relata en sus memorias: «Pensé que podría escribir un relato novelesco basado en mis experiencias de aquel viaje de Punta Arenas a Valparaíso a bordo del
buque-escuela
Baquedano. En quince días escribí a mano, en dos cuadernos, mi pequeña novela». En 1945 publica *Golfo de penas* y al año siguiente, *Los conquistadores de la Antártica*.

A fines de 1946 es invitado por la Armada de Chile a participar en la primera expedición antártica. En 1956 es galardonado con el

Premio Municipal de Literatura por su libro *Tierra del fuego*. Posteriormente se editan *El camino de la Ballena* (1962), *Rastros del guanaco blanco* (1980), *Velero anclado* (1991), *Los pasos del hombre* (2000) y *Naufragios y rescates* (2002).

Francisco Coloane durante su larga vida se hizo acreedor de diferentes premios y distinciones por la calidad y originalidad de su obra centrada fundamentalmente en el extremo sur de Chile. Así, en 1964, obtuvo el Premio Nacional de Literatura, y en 1980 es designado Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua. En 1996, el Gobierno de Francia lo nombró «Caballero de las Artes y las Letras» y la Universidad de Magallanes le dio el grado de Doctor *Honoris Causa*. En su vida participó en diversos congresos de escritores en varios países. Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, italiano, ruso, holandés, alemán, polaco, griego, checo, sueco, noruego, turco y portugués.

Fallece en Santiago de Chile el 5 de agosto de 2002 a los 92 años. Sus restos fueron incinerados y posteriormente lanzados al mar de Quemchi, la Patagonia y Quintero.

OBRAS:

NOVELAS: *El último grumete de la Baquedano*,
Zig-Zag,
Santiago (1941); *Los Conquistadores de la Antártica*,
Zig-Zag,
Santiago (1945); *El Camino de la Ballena*,
Zig-Zag,
Santiago (1962); *El Guanaco Blanco*,
Zig-Zag,
Santiago (1980).

CUENTOS: *Cabo de Hornos*, Orbe, Santiago (1941). Contiene 14 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El «Flamenco»; El australiano; El Páramo; Palo al medio; El último contrabando; El vellonero; «Cururo»; El suplicio de agua y luna; Perros, caballos, hombres; La venganza del mar; La gallina de los huevos de luz*.

Golfo de Penas, Cultura, Santiago (1945). Reeditado en 1995 Contiene 18 cuentos: *Golfo de Penas; Paso del Abismo; Madera Seca; Mar de travesías; Cazadores de Focas; Estelas del Caleuche; Noche en la isla negra; Pascua Salvaje; El amigo Pat; Galope de Esqueletos; Un tablón entarugado; Don Oscar y el fantasma; Proceso al Trauco; El Sabelotodo; Pedro Soldado; Teresa Tekenika; De la región Antártica famosa; Balleneros de Quintay*.

Tierra del Fuego, Editorial del Pacífico, Santiago (1956). Contiene 9 cuentos: *Tierra del Fuego; En el caballo de la aurora; De cómo murió el chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del Faro*.

Antártico, Editorial Alfaguara, Santiago (2008). Edición Póstuma, Contiene 15 cuentos: *La campana navegante; En un caballo llamado Patria; El lobo de Cabo Domingo; El cormorán; Alfaguara; Un veterano del cabo de Hornos; El fantasma del elefante marino; Tripulantes del Caleuche; El inglés de Lockroy; Albatros errantes; La loca de Rolecha; El lamparero alucinado; El perro de a bordo; Regreso a esa Patagonia; Realidad y embrujo de las islas Chauquis*.

Cuentos Escogidos, Editorial Alfaguara, Santiago (2020). Recopilación, Contiene 25 cuentos: *Cabo de Hornos; La voz del viento; El témpano de Kanasaka; El Flamenco; El Australiano; El Vellonero; La venganza del Mar; La gallina de los huevos de luz; Golfo de Penas; Paso del abismo; Madera seca; Cazadores de focas; Don Oscar y el fantasma; Pedro soldado; Balleneros de Quintay; Tierra del Fuego; De cómo murió el Chilote Otey; Cinco marineros y un ataúd verde; Rumbo a Puerto Edén; Tierra de olvido; Témpano sumergido; La botella de caña; El constructor del faro; El inglés de Lockroy; Galope en la Patagonia*.

TEATRO: *La Tierra del Fuego se apaga*, Cultura, Santiago (1945).

CRÓNICAS: *Viaje al Este* (1958); *Crónicas de la India*, Nascimento, Santiago (1983); *Velero anclado* (1995); *Naufragios y Rescates*,

Andrés Bello (2002); *Papeles recortados* (escritos sobre su vida en China) LOM (2004), con prólogo de Armando Uribe; *Galápagos*, Navegación e Ideas, (2010)

MEMORIAS: *Los pasos del hombre*, Mondadori, Barcelona (2000); *Última carta*, Editorial Universidad de Santiago, (2005).